Douglas Adams

Informe sobre la Tierra: fundamentalmente inofensiva





¿Fue Elvis Presley secuestrado por los alienígenas? ¿Cómo se consigue que un robot esté perpetuamente al borde del orgasmo? ¿Qué hace el terrícola Arthur Dent convertido en Hacedor de Bocadillos en un remoto planeta cuyos moradores rinden culto a Bob Todopoderoso? ¿Cómo ha podido Trillian tener una hija con el terrícola antes mentado sin el previo concurso de un ayuntamiento carnal?

Todos estos inquietantes y trascendentales enigmas tienen su respuesta en esta novela, quinta parte de la trilogía *Guía del autoestopista galáctico* (y es que Douglas Adams, el escritor británico de mayor proyección interplanetaria, además de inventar la ciencia ficción cósmica y cómica, está empeñado en forzar una ya ineludible redefinición del concepto de la trilogía).



Douglas Adams

Informe sobre la Tierra: Fundamentalmente inofensiva

Guía del autoestopista galáctico - 5

ePub r1.1

Titivillus 02.09.17

Título original: *Mostly Harmless*
Douglas Adams, 1992
Traducción: Benito Gómez Ibáñez
Diseño de cubierta: Julio Vivas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Ron

Con sincero agradecimiento a Sue Freestone y Michael Bywater por su apoyo, ayuda e insultos constructivos.

Todo lo que ocurre, ocurre.

Todo lo que al ocurrir, origina otra cosa, hace que ocurra algo más.

Todo lo que al ocurrir, vuelve a originarse, ocurre de nuevo.

Aunque todo ello no ocurre necesariamente en orden cronológico.

1

La historia de la Galaxia se ha vuelto un poco confusa por una serie de motivos. En parte porque los que intentan seguirle la pista andan un poco perplejos, pero también porque de todos modos han ocurrido cosas muy desconcertantes.

Una de las complicaciones se refiere a la velocidad de la luz y a los consiguientes obstáculos para rebasarla. Es imposible. Nada viaja más deprisa que la velocidad de la luz con la posible excepción de las malas noticias, que obedecen a sus propias leyes particulares. Los habitantes de Hingefreel, de Arkintoofle Menor, trataron de construir naves impulsadas por malas noticias, pero no les salió muy bien y, cuando llegaban a algún sitio donde realmente no tenían nada que hacer, solían dispensarles un recibimiento de lo más desagradable.

De manera que, en general, los pueblos de la Galaxia acabaron empantanados en sus propias confusiones locales y, durante mucho tiempo, la historia de la Galaxia tuvo un carácter marcadamente cosmológico.

Ello no quiere decir que no fuesen emprendedores. Intentaron enviar naves a lugares remotos, con fines guerreros o comerciales, pero normalmente tardaban miles de años en llegar. Y cuando finalmente alcanzaban su destino, va se habían descubierto otros medios de viajar que sorteaban la velocidad de la luz a través del hiperespacio, de modo que las batallas a las que habían enviado las flotas menos veloces que la luz ya estaban dirimidas desde hacía siglos.

Eso no impedía, desde luego, que sus tripulaciones quisieran librarlas a toda costa. Estaban entrenadas y dispuestas, habían dormido un par de milenios, venían desde muy lejos a cumplir una dura misión, y por Zarquon que la cumplirían.

Entonces fue cuando se produjeron las primeras confusiones

importantes de la historia de la Galaxia, con guerras que volvían a estallar siglos después de que las cuestiones por las que al parecer se habían suscitado ya estuvieran arregladas. No obstante, tales confusiones no eran nada comparadas con las que los esforzados historiadores tenían que resolver una vez descubiertos los viajes a través del tiempo, cuando empezaron a pre-estallar guerras cientos de años antes de que se produjeran siquiera los contenciosos. Cuando apareció la Propulsión de la Improbabilidad Infinita y planetas enteros empezaron inesperadamente a volverse completamente majaras, la gran Facultad de Historia de la Universidad de MaximégaIon acabó por tirar la toalla, cerrando sus puertas y cediendo sus edificios a la Facultad conjunta de Teología y Waterpolo, que experimentaba un rápido crecimiento y desde hacía años andaba tras ellos.

Eso está muy bien, desde luego, pero casi con toda seguridad significa que nadie sabrá exactamente, por ejemplo, de dónde procedían los grebulones ni qué pretendían. Y es una pena, porque si nadie hubiera sabido nada de ellos es posible que se hubiera evitado una catástrofe de lo más terrible; o al menos hubiera ocurrido de un modo diferente.

Clic, hum.

La enorme nave gris de reconocimiento de los grebulones viajaba en silencio por el negro vacío. Iba a una velocidad fabulosa, de vértigo, pero frente al destellante marco de billones de estrellas remotas parecía no moverse en absoluto. No era más que una mota oscura, fija sobre una noche infinita de brillantes granulaciones.

A bordo de la nave, todo seguía como desde hacía milenios: profundamente oscuro y silencioso.

Clic, hum.

Bueno, casi todo.

Clic, clic, hum.

Clic, hum, clic, hum, clic, hum.

Clic, clic, clic, clic, clic, hum.

Hummm.

Un programa de control de nivel bajo despertó a un programa de control de nivel ligeramente superior en las profundidades del semisoñoliento cibercerebro de la nave y le informó de que siempre que emitía un clic lo único que recibía era un hum.

El programa de control de nivel superior preguntó qué tenía que recibir, y el programa de control de nivel bajo contestó que no lo recordaba exactamente, pero probablemente una especie de suspiro lejano y satisfecho, ¿no? Ignoraba qué era ese hum. Clic, hum, clic, hum. Eso era lo único que recibía.

El programa de control de nivel superior consideró la respuesta y no le gustó. Preguntó al programa de control bajo qué era lo que estaba supervisando, y el programa de control de nivel bajo contestó que tampoco se acordaba, sólo que era algo que debía hacer clic y suspirar cada diez años o así, lo que normalmente ocurría sin falta. Había intentado consultar su tabla de comprobación de errores pero no la encontró, por lo que comunicó el problema al programa de control de nivel superior.

El programa de control de nivel superior fue a consultar una de sus tablas de comprobación de errores para averiguar qué debía supervisar el programa de control de nivel bajo.

No la encontró.

Qué raro.

Volvió a mirar. Sólo recibió un mensaje de error. Intentó comprobar el mensaje de error en su tabla de comprobación de mensajes de error pero tampoco la encontró. Volvió a repetir la operación, dejando pasar unos nanosegundos. Luego despertó a su control funcional de sector.

El control funcional de sector detectó problemas evidentes. Llamó a su agente supervisor, que también tropezó con dificultades. Al cabo de unas cuantas millonésimas de segundo, circuitos virtuales que habían estado inactivos, unos durante años, otros siglos, empezaron a dar señales de vida por toda la nave. En alguna parte había algo que iba horriblemente mal, pero ninguno de los programas de control sabía de qué se trataba. En todos los niveles faltaban las instrucciones fundamentales, pero las directrices sobre qué hacer en caso de descubrir que faltaran instrucciones fundamentales también faltaban.

Pequeños módulos de soporte magnético —agentes— aparecieron en todas las pistas lógicas, agrupándose, celebrando consultas, volviendo a agruparse. Rápidamente establecieron que toda la memoria de la nave, hasta el mismo módulo de misión central, estaba hecha un pingajo. Por muchas indagaciones que se

hicieron, no pudo determinarse lo que había sucedido. Incluso el módulo de misión central parecía averiado.

Lo que hizo que el problema pudiera abordarse de la forma más sencilla: cambiando el módulo de misión central. Había otro, una copia de seguridad, duplicado exacto del original. Debía sustituirse físicamente porque, por motivos de seguridad, no podía realizarse interconexión alguna entre el original y la copia. Una vez sustituido, el módulo de misión central se encargaría de supervisar la reconstrucción del resto del sistema hasta el último detalle, y todo marcharía bien.

Los robots recibieron órdenes de sacar de la cámara acorazada, donde se guardaba, la copia de seguridad del módulo de misión central para instalarla en la cámara lógica de la nave.

Ello supuso un largo intercambio de códigos y protocolos de emergencia mientras los robots interrogaban a los agentes sobre la autenticidad de las instrucciones. Los robots quedaron al fin satisfechos, todos los procedimientos eran correctos. Desembalaron el módulo de misión central, lo sacaron de la cámara de almacenamiento, se cayeron de la nave y se precipitaron vertiginosamente en el vacío.

Lo que dio la primera pista importante de lo que andaba mal.

Nuevas investigaciones dejaron pronto aclarado lo que había sucedido. Un meteorito había chocado con la nave, produciendo un enorme agujero. La nave no lo había detectado antes porque el meteorito se estrelló precisamente en la parte que contenía el equipo de proceso de datos que debía detectar si algún meteorito entraba en colisión con la nave.

Lo primero que había que hacer era tratar de cerrar el agujero. Resultó imposible, porque los sensores de la nave fueron incapaces de localizarlo y los controles que debían indicar cualquier fallo en los sensores no funcionaban como era debido y repetían que los sensores marchaban perfectamente. La nave sólo podía deducir la existencia de una cavidad por el hecho evidente de que los robots se habían caído por un agujero, llevándose con ellos el cerebro de repuesto que hubiera permitido detectarlo.

La nave trató de pensar lógicamente, fracasó y se quedó un rato completamente en blanco. No se dio cuenta de que se había quedado en blanco, claro está, porque se había quedado en blanco.

Sólo se sorprendió al ver brincar las estrellas. Al tercer salto de estrellas, la nave comprendió al fin que debía haberse quedado en blanco, y que ya era hora de tomar alguna decisión seria.

Se tranquilizó.

Entonces se dio cuenta de que aún no había tomado ninguna decisión seria y le entró pánico. Volvió a quedarse en blanco otro rato. Cuando volvió a activarse, cerró todos los mamparos en torno a la zona donde suponía que estaba el agujero.

Evidentemente aún no había llegado a su destino, pensó con vacilación, pero como ya no tenía la menor idea del sitio adonde se dirigía ni de cómo llegar, le pareció que no tenía mucho sentido seguir. Consultó los pocos fragmentos de instrucciones que pudo reconstruir del pingajo de su módulo de misión central.

Su misión anual es aterrizar a distancia prudencial y vigilar.

Lo demás era una auténtica basura.

Antes de quedarse en blanco permanentemente, la nave debía transmitir dichas instrucciones, tal como estaban, a sus sistemas auxiliares más primitivos.

Además, tenía que revivir a toda la tripulación.

Había otro problema. Mientras la tripulación estaba en hibernación, la mente de todos sus miembros, sus recuerdos, identidades y comprensión de lo que habían ido a hacer, se había trasladado al módulo de misión central de la nave para que todo ello se mantuviera en las debidas condiciones de seguridad. Los miembros de la tripulación no iban a tener la menor idea de quiénes eran ni de qué estaban haciendo allí. Vaya, hombre.

Poco antes de quedarse definitivamente en blanco, la nave se percató de que los motores también estaban cediendo.

La nave y su revivida y confusa tripulación siguieron navegando bajo el control de los sistemas automáticos auxiliares, que simplemente tendían a aterrizar siempre que encontraban tierra y a vigilar todo lo que estuviese a su alcance.

En cuanto a lo de encontrar algún sitio donde aterrizar, no se les dio muy bien. El planeta que encontraron era frío, desolado, tan dolorosamente lejos del sol que debía calentarlo que, para hacerlo parcialmente habitable, fueron necesarios todos los mecanismos Ambient-O-Forma y los sistemas Sustent-O-Vida de que disponían. En las proximidades había planetas mejores, pero como el Estrateg-

O-Mat estaba en modo Latente se decidieron por el planeta más lejano y discreto y, además, nadie podía oponerse salvo el Primer Oficial Estratégico de a bordo. Como en la nave todo el mundo había perdido la cabeza, nadie sabía quién era el Primer Oficial Estratégico ni, en caso de que hubieran podido identificarlo, cómo debía proceder para oponerse al Estrateg-O-Mat de la nave.

Pero en cuanto a lo de encontrar algo que vigilar, dieron con una verdadera mina.

2

Una de las cosas extraordinarias de la vida es la clase de sitios donde está dispuesta a prosperar. En cualquier lugar donde pueda encontrar cierta especie de asidero. Ya sea en los embriagadores mares de Santraginus V, donde parece que a los peces les importa un bledo saber en qué dirección nadan, o en las tormentas de fuego de Frastra, donde, según dicen, la vida empieza a los 40 000 grados, o bien ahondando en el intestino delgado de una rata simplemente por puro placer, la vida siempre encuentra un medio de aferrarse a alguna parte.

Y existirá vida incluso en Nueva York, aunque es difícil saber por qué. En invierno la temperatura cae bastante por debajo del mínimo legal o, mejor dicho, así sería si alguien tuviera el sentido común de establecer un mínimo legal. La última vez que elaboraron una lista de las cien cualidades más destacadas del carácter de los neoyorquinos, el sentido común ocupaba el puesto setenta y nueve.

En verano hace demasiado calor. Una cosa es pertenecer a una forma de vida que prospera con el calor y considera, como los frastrianos, que una fluctuación entre 40 000 y 40 004 representa una temperatura estable, y otra muy distinta ser la especie de animal que tiene que envolverse en montones de otros animales en un punto de su órbita planetario, para luego encontrarse, media órbita después, con que la piel se le está llenando de ampollas.

La primavera está sobrevalorada. Muchos habitantes de Nueva York parlotean exageradamente sobre los placeres de la primavera, pero si conocieran realmente los mínimos placeres de esa estación sabrían por lo menos de cinco mil novecientos ochenta y tres sitios mejores que Nueva York para pasar la primavera, y sólo en la misma latitud.

El otoño, sin embargo, es lo peor. Pocas cosas son peores que el otoño en Nueva York. Algunas de las formas de vida que habitan en

los intestinos delgados de las ratas no estarían de acuerdo, pero como en cualquier caso la mayoría de las cosas que viven en el intestino delgado de las ratas son desagradables, su opinión puede y debe descontarse. En otoño, en Nueva York el aire huele a fritanga de cabra, y si se es muy aficionado a respirar, lo mejor es abrir una ventana y meter la cabeza dentro de un edificio.

A Tricia McMillan le encantaba Nueva York. No dejaba de repetírselo. La parte alta del West Side. Sí. El centro. Vaya, menudas tiendas. Soho. East Village. Ropa. Libros. *Sushi*. Comida italiana. Comestibles finos. ¡Ah!

Cine. ¡Ah!, otra vez. Tricia acababa de ver la última película de Woody Allen, que trataba de la angustia de ser neurótico en Nueva York. Ya había hecho un par de ellas que exploraban el mismo tema y Tricia se preguntaba si alguna vez se le había ocurrido marcharse a vivir a otro sitio, pero le dijeron que era totalmente contrario a la idea. Así que, más películas, pensó ella.

A Tricia le encantaba Nueva York porque el hecho de que a uno le gustara esa ciudad suponía una buena oportunidad de ascenso profesional. Buena oportunidad para comprar y comer bien, no tan buena para coger un taxi ni disfrutar de aceras de gran calidad, pero indudablemente era una buena baza profesional que se contaba entre las mejores y de primer orden. Tricia era un personaje central de la televisión, una presentadora, y Nueva York era donde se centraba la mayor parte de la televisión mundial. Hasta entonces, Tricia había desarrollado su actividad de presentadora principalmente en Gran Bretaña: noticias regionales, luego el telediario del desayuno y después el primero de la noche. Si el lenguaje lo permitiera podría habérsela denominado un personaje central en rápida ascensión, pero…, bueno, hablamos de televisión, así que no importa. Era un personaje en rápida ascensión. Tenía lo necesario: una cabellera espléndida, profundo conocimiento estratégico del jarabe de pico, inteligencia para comprender el mundo y una leve y secreta indiferencia interior que revelaba un total desapego. A todo el mundo le llega el momento de la gran oportunidad de su vida. Si se deja perder la que de verdad interesa, todo lo demás resulta misteriosamente fácil.

Tricia sólo había perdido una oportunidad. Por entonces, al pensar en ello ya no se ponía a temblar tanto como antes. Suponía

que esa pequeña parte de ella era lo que se había apagado.

La NBS necesitaba una nueva presentadora. Mo Minetti iba a tener un hijo y dejaba el programa matinal USIAM. Le habían ofrecido una cantidad de dinero capaz de volver tarumba a cualquiera para que diese a luz durante el programa pero, contra todo pronóstico, se negó por motivos de buen gusto e intimidad personal. Equipos de abogados de la NBS pasaron su contrato por un tamiz para ver si dichos motivos eran legítimos, pero al final, de mala gana, tuvieron que dejarla marchar. Eso les resultó especialmente mortificante, porque «dejar marchar a alguien de mala gana» era una expresión que fácilmente podían aplicarles a ellos.

Se decía que, a lo mejor, quizá no viniera mal un acento inglés. El pelo, el tono de piel y la ortodoncia tenían que estar a la altura de una cadena de televisión norteamericana, pero había un montón de acentos británicos dando gracias a sus madres por los Oscar o cantando en Broadway, y cierto público insólitamente numeroso prendido de acentos británicos con peluca en el Masterpiece Theatre. Acentos británicos contaban chistes sobre David Letterman y Jay Leno. Nadie entendía los chistes pero todos respondían muy bien al acento, así que, a lo mejor, quizá fuese el momento. Un acento británico en USIAM. Bueno, venga.

Por eso estaba allí Tricia. Por eso el hecho de que le encantase Nueva York era una espléndida oportunidad profesional.

Ésa no era, desde luego, la razón oficial. Su emisora de televisión en el Reino Unido no se habría hecho cargo del billete de avión ni de la factura del hotel para que ella fuese a buscar trabajo a Manhattan. Y como quería un salario diez veces superior al que ahora recibía, quizá hubiesen considerado que era ella quien debía correr con sus propios gastos. Pero Tricia inventó una historia, encontró un pretexto, tuvo muy callado todo lo demás y la emisora se hizo cargo del viaje. Billete de clase turista, claro está, pero era una cara conocida y, sonriendo, logró un asiento en preferente. Las gestiones adecuadas le consiguieron una estupenda habitación en el Brentwood y allí estaba, pensando qué debía hacer a continuación.

Una cosa eran los rumores y otra establecer contacto. Tenía un par de nombres, un par de números, pero la hicieron esperar indefinidamente un par de veces y ya estaba de nuevo en el punto

de partida. Hizo sondeos, dejó recados, pero hasta el momento no había recibido contestación. El trabajo que había venido a hacer lo despachó en una mañana; el trabajo imaginario que buscaba sólo brillaba tentadoramente en un horizonte inalcanzable.

Mierda.

Tomó un taxi a la salida del cine para volver al Brentwood. El taxi no pudo arrimarse a la acera porque una enorme limusina ocupaba todo el espacio disponible y Tricia tuvo que apretarse contra ella para pasar. Dejó atrás el aire fétido a cabra frita y entró en el vestíbulo, fresco y agradable. El fino algodón de la blusa se le pegaba como mugre a la piel. Tenía el pelo como si lo hubiera comprado en una verbena pegado a un palito. En recepción preguntó si tenía algún recado, con la sombría impresión de que no habría ninguno. Pero sí había.

Vaya…

Bien.

Había dado resultado. Tenía que haber ido al cine sólo para que sonara el teléfono. No podía quedarse sentada en la habitación de un hotel, esperando.

Se preguntó si debía abrir el recado allí mismo. Le picaba la ropa y ansiaba quitársela y tumbarse en la cama. Había puesto el aire acondicionado en la posición más baja de temperatura y en la más alta de ventilador. En aquel momento, lo que más le apetecía en el mundo era tener carne de gallina. Una ducha caliente, luego una ducha fría y después tumbarse sobre una toalla de nuevo en la cama, para secarse con el aire acondicionado. Luego leería el recado. Quizá más piel de gallina. A lo mejor, toda clase de cosas.

No. Su mayor deseo era un trabajo en la televisión norteamericana con un sueldo diez veces superior al que ahora tenía. Lo que más deseaba en el mundo ya no era una cuestión vital.

Se sentó en una butaca del vestíbulo, bajo una kentia, y abrió el sobre con ventana de celofán.

«Llama, por favor», decía el recado. «No estoy satisfecha» y daba un número. El nombre era Gail Andrews.

Gail Andrews.

No era el nombre que esperaba. La cogió desprevenida. Lo reconoció, pero de momento no supo por qué. ¿Era la secretaria de Andy Martin? ¿La ayudante de Hilary Bass? Martin y Bass eran las

dos Llamadas de contacto principales que había hecho, o intentado hacer, a la NBS. ¿Y qué significaba aquello de «No estoy satisfecha»?

¿«No estoy satisfecha»?

Estaba absolutamente perpleja. ¿Era Woody Allen, que trataba de ponerse en contacto con ella con un nombre supuesto? El número llevaba el prefijo 212. Así que era una mujer que vivía en Nueva York. Y no estaba satisfecha. Bueno, eso reducía un poco las posibilidades, ¿no?

Volvió a dirigirse al recepcionista.

—No entiendo este recado que acaba de entregarme —le dijo—. Una persona que no conozco ha intentado llamarme y asegura que no está satisfecha.

El recepcionista examinó la nota con el ceño fruncido.

—¿Conoce a esta persona? —inquirió.

—No —contestó Tricia.

—Hummm —repuso el recepcionista—. Parece que no está satisfecha por algo.

—Sí.

—Aquí hay un nombre. Gail Andrews. ¿Conoce a alguien que se llame así?

—No.

—¿Tiene alguna idea de por qué no está satisfecha?

—No —contestó Tricia.

—¿Ha llamado a ese número? Aquí hay un número.

—No. Acaba usted de darme la nota. Solo intento recabar más información antes de llamar. Quizá podría hablar con la persona que cogió la llamada.

—Hummm —dijo el recepcionista, estudiando la nota atentamente. Me parece que no tenemos a nadie que se llame Gail Andrews.

—No, me parece muy bien —repuso Tricia—. Pero…

—Yo soy Gail Andrews.

La voz sonó a espaldas de Tricia. Se volvió.

—¿Cómo dice?

—Soy Gail Andrews. Me ha entrevistado usted esta mañana.

—Ya. Pues claro, santo cielo —dijo Tricia, un tanto aturdida.

—Hace horas que le dejé el recado. Como no me ha llamado, he

venido. No quería que se me escapase.

—Ah, no. Desde luego —repuso Tricia, intentando zanjar el asunto cuanto antes.

—De eso no sé nada —anunció el recepcionista, para quien arreglar las cosas cuanto antes no era una cuestión decisiva—. ¿Quiere que le marque ahora este número?

—No, está bien, gracias —le contestó Tricia—. Ya me ocupo yo.

—Puedo llamar a esta habitación, si le sirve de ayuda —sugirió el recepcionista, mirando la nota de nuevo.

—No, no es necesario, gracias. Ése es el número de mi habitación. El recado era para mí. Creo que ya está arreglado.

—Pues que usted lo pase bien —concluyó el recepcionista.

Tricia no quería especialmente pasarlo bien. Estaba ocupada.

Tampoco quería hablar con Gail Andrews. Era muy estricta en lo que se refería a fraternizar con los cristianos. Sus colegas llamaban cristianos a los sujetos de sus entrevistas, y a veces se santiguaban cuando los veían entrar inocentemente en el estudio para enfrentarse con Tricia, sobre todo si sonreía afectuosamente enseñando los dientes.

Se volvió con una sonrisa petrificada, preguntándose qué hacer.

Gail Andrews era una mujer bien arreglada de unos cuarenta y cinco años. Llevaba ropa cara que, si bien dentro de los cánones permitidos por el buen gusto, se situaba claramente en el extremo más fluctuante de sus límites. Era astróloga, famosa y, si los rumores eran ciertos, bastante influyente; según decían, no era ajena a una serie de decisiones tomadas por el difunto presidente Hudson que iban desde qué sabor de nata montada tomar en qué día de la semana hasta si bombardear o no Damasco.

Tricia se había excedido un poco al atacarla. No en la cuestión de si las historias sobre el presidente eran ciertas, eso era agua pasada. En aquella época, Ms. Andrews negó rotundamente que hubiese aconsejado al presidente en asuntos que no fuesen personales, espirituales o dietéticos, lo que evidentemente no incluía el bombardeo de Damasco. («¡Damasco no, nada personal!», clamó entonces la prensa sensacionalista).

No, Tricia utilizó hábilmente un enfoque centrado en el tema general de la astrología. Ms. Andrews no había estado completamente preparada para eso. Por otro lado, Tricia no estaba

enteramente preparada para un nuevo encuentro en el vestíbulo del hotel. ¿Qué hacer?

—Si necesita unos minutos, puedo esperarla en el bar —dijo Gail Andrews—. Pero me gustaría hablar con usted, y esta noche salgo de viaje.

Más que ofendida o furiosa, parecía un tanto inquieta por algo.

—Muy bien —contestó Tricia—. Deme diez minutos.

Subió a su habitación. Aparte de todo lo demás, confiaba tan poco en que el empleado de la recepción tuviese capacidad para ocuparse de algo tan complicado como dar un recado, que quiso asegurarse doblemente de que no tenía una nota debajo de la puerta. No sería la primera vez que los mensajes dados en recepción y los recibidos por debajo de la puerta fuesen completamente distintos.

No había ninguno.

Pero la señal luminosa del teléfono destellaba, indicando que tenía un recado.

Pulsó la tecla correspondiente y le contestó la telefonista del hotel, que le anunció:

—Tiene usted un recado de Gary Andress.

—¿Sí? —contestó Tricia. Era un nombre desconocido—. ¿Qué dice?

—Que no es *hippy*.

—¿No es qué?

—*Hippy*. Eso dice. Ese individuo dice que no es *hippy*. Supongo que quería hacérselo saber. ¿Quiere su número?

Cuando empezó a dictarle el número, Tricia comprendió de pronto que el recado no era sino un versión confusa del que acababan de darle.

—Muy bien, ya está —dijo—. ¿Hay más recados para mí?

—¿Número de habitación?

Tricia no comprendía por qué la telefonista le había preguntado el número de su habitación a aquellas alturas de la conversación, pero se lo dio de todas formas.

—¿Nombre?

—McMillan, Tricia McMillan.

Se lo deletreó, pacientemente.

—¿No míster MacManus?

—No.

—No hay más mensajes para usted.

Clic.

Tricia suspiró y volvió a marcar.

Esta vez le dio de entrada su nombre y el número de habitación. La telefonista no dio la menor señal de acordarse de que habían hablado menos de diez segundos antes.

—Estaré en el bar —explicó Tricia—. En el bar. Si tengo alguna llamada, ¿querría pasármela al bar, por favor?

—¿Nombre?

Lo repitieron un par de veces más hasta que Tricia tuvo la seguridad de que todo lo que podía estar claro lo estaba dentro de lo posible.

Se duchó, se cambió de ropa, se retocó el maquillaje con rapidez profesional y, mirando a la cama con un suspiro, volvió a salir de la habitación.

A punto estuvo de escabullirse y esconderse en algún sitio.

No. En realidad, no.

Mientras esperaba el ascensor, se miró en el espejo del pasillo. Tenía aspecto tranquilo y seguro, y si era capaz de engañarse a sí misma, podría engañar a cualquiera.

Para zanjar la cuestión, no tenía más remedio que ponerse desagradable con Gail Andrews. De acuerdo, se lo había hecho pasar mal. Lo siento, pero todos estamos en ese juego: esa clase de cosas. Ms. Andrews había aceptado la entrevista porque acababa de publicar un libro, y salir en televisión era publicidad gratis. Pero no había lanzamientos gratuitos. No, desechó esa argumentación.

Esto es lo que había pasado:

La semana anterior los astrónomos anunciaron que al fin habían descubierto un décimo planeta, más allá de la órbita de Plutón. Hacía años que lo buscaban, guiándose por determinadas anomalías orbitales de los planetas más lejanos, y ahora que lo habían encontrado estaban tremendamente satisfechos y todo el mundo se alegraba mucho, y así sucesivamente. El planeta recibió el nombre de Perséfone, pero en seguida le llamaron Ruperto, mote derivado del loro de un astrónomo —en torno a esto había una historia aburrida y sensiblera—, y todo era maravilloso y encantador.

Por diversas razones, Tricia había seguido la historia con sumo

interés.

Entonces, cuando intentaba encontrar una buena justificación para viajar a Nueva York a expensas de su compañía de televisión, leyó por casualidad una reseña periodística sobre Gail Andrews y su nuevo libro, tú y tus planetas.

Gail Andrews no era exactamente un nombre conocido, pero en cuanto se mencionaba el presidente Hudson, nata montada y la amputación de Damasco (el mundo había avanzado desde los ataques quirúrgicos; en realidad, el nombre oficial había sido «Damascectomía», que significaba «extirpación» de Damasco), todo el mundo recordaba quién era.

Tricia vio en ello una idea interesante y se apresuró a convencer a su productor.

Desde luego, la idea de que unos peñascos gigantescos que giraban en el espacio estuvieran al corriente de algún aspecto desconocido del destino personal debía quedar bastante en entredicho por el hecho de que repente apareciese por ahí un nuevo montón de piedras cuya existencia se ignoraba hasta entonces.

Debía invalidar algunos cálculos, ¿no?

¿Qué pasaba con todas aquellas cartas astrales, movimientos planetarios y demás? Todos sabíamos (claro está) qué ocurría cuando Neptuno estaba en Virgo y esas cosas, pero ¿qué ocurría cuando el ascendiente estaba en Ruperto? ¿Tendría que reconsiderarse toda la astrología? ¿No sería una buena ocasión para reconocer que no era sino un montón de bazofia para cerdos y dedicarse en cambio a la cría de esos animales, cuyos principios tenían cierta especie de fundamento racional? Si se hubiera conocido tres años antes la existencia de Ruperto, ¿habría degustado el presidente Hudson el sabor a moras los jueves en lugar de los viernes? ¿Seguiría Damasco en pie? Esa clase de cosas.

Gail Andrews se lo había tomado relativamente bien. Empezó a recuperarse del asalto inicial cuando cometió un error bastante grave: intentó librarse de Tricia hablando alegremente de arcos diurnos, de ascensiones completas y de los aspectos más abstrusos de la trigonometría tridimensional.

Descubrió pasmada que todo lo que le había largado a Tricia le venía de vuelta a mayor velocidad de la que ella era capaz de asimilar. Nadie había advertido a Gail que, para Tricia, ser una

estrella de televisión constituía su segunda actividad en la vida. Tras el carmín Chanel, la coupe sauvage y las lentes de contacto azul claro había un cerebro que había logrado por sí solo, en una fase anterior y abandonada de su vida, una licenciatura *cum laude* en matemáticas y un doctorado en astrofísica.

Al entrar en el ascensor, Tricia, con cierta aprensión, se dio cuenta de que se había dejado el bolso en la habitación y dudó en volver por él. No. Probablemente estaba más seguro allí y no necesitaba nada en especial. Dejó qué la puerta se cerrase tras ella.

Además, pensó con un profundo suspiro, si algo había aprendido en la vida era esto: Nunca vuelvas por el bolso.

Al iniciar el descenso, contempló con atención el techo del ascensor. Quien no conociese bien a Tricia McMillan habría pensado que ésa era exactamente la manera como a veces se levantan los ojos cuando se intenta contener las lágrimas. Pero estaba observando la minúscula cámara de seguridad montada en una esquina.

Un momento después salió del ascensor y, a paso bastante vivo, se dirigió de nuevo al mostrador de recepción.

—Bueno, voy a escribirlo —anunció— porque no quiero que haya ninguna confusión.

Escribió su nombre con letras mayúsculas, su número de habitación y «EN EL BAR», y tendió el papel al recepcionista, que lo examinó.

—Por si acaso hay algún mensaje para mí. ¿De acuerdo? El recepcionista siguió mirando la nota.

—¿Quiere que vea si está en su habitación? —preguntó.

Dos minutos después cruzó la puerta giratoria del bar y se sentó junto a Gail Andrews, que estaba en la barra frente a una copa de vino blanco.

—Tenía la impresión de que era usted de las personas que prefieren sentarse en la barra en vez de discretamente a una mesa —le dijo.

Era cierto, y pilló a Tricia un poco de sorpresa.

—¿Vodka? —sugirió Gail.

—Sí —convino Tricia, recelosa. Apenas pudo reprimir la pregunta: «¿Cómo lo sabe?».

Pero Gail se lo dijo de todos modos.

—He preguntado al barman —le explicó con una amable sonrisa.

El barman ya le tenía preparado el vodka y, con un elegante movimiento, lo deslizó por la reluciente caoba.

—Gracias —dijo Tricia, removiendo bruscamente la copa.

No sabía cómo interpretar aquella repentina amabilidad, y decidió no dejarse confundir por ella. En Nueva York, la gente no era amable sin razón.

—Ms. Andrews —dijo en tono firme—. Lamento que no esté satisfecha. Probablemente pensará que esta mañana he sido un poco dura con usted, pero al fin y al cabo la astrología no es más que un pasatiempo popular, lo que está muy bien. Forma parte de la industria del espectáculo, le ha reportado a usted buenos beneficios, y eso es todo. Es divertido. Pero no es una ciencia, y no debemos confundir las cosas. Creo que eso es lo que hemos demostrado perfectamente esta mañana, al tiempo que entreteníamos al público, cosa con la que ambas nos ganamos la vida. Siento que no le haya parecido bien.

—Yo estoy completamente satisfecha —aseguró Gail Andrews.

—Ah —repuso Tricia, no del todo segura de cómo interpretar aquello—. En su recado decía que no estaba satisfecha.

—No. En mi mensaje decía que, en mi opinión, usted no estaba satisfecha y me preguntaba por qué.

Tricia tuvo la impresión de que le daban una patada en la nuca. Parpadeó.

—¿Cómo? —inquirió con voz queda.

—Tenía algo que ver con los astros. En nuestra discusión parecía usted muy enfadada e insatisfecha por algo relacionado con los astros y los planetas, y me quedé preocupada. Por eso he venido a ver si se encontraba bien.

—Ms. Andrews —empezó a decir Tricia, sin apartar los ojos de ella, pero se dio cuenta de que, por el tono que acababa de emplear, parecía precisamente enfadada e insatisfecha y eso debilitaba bastante la protesta que trataba de manifestar.

—Llámeme Gail, por favor, si le parece bien.

Tricia se quedó perpleja.

—Ya sé que la astrología no es una ciencia —prosiguió Gail—.

Claro que no. No es más que un conjunto arbitrario de normas como el ajedrez, el tenis o ¿cómo se llama ese extraño juego que practican ustedes en Gran Bretaña?

—Humm… ¿El críquet? ¿El desprecio de sí mismo?

—La democracia parlamentaria. Las normas por las que se rige, más o menos. No tienen sentido alguno salvo por sí mismas. Pero cuando esas normas se aplican, se desencadena toda clase de procesos y se empieza a descubrir toda clase de cosas sobre la gente. Resulta que en la astrología las normas se aplican a los astros y los planetas, pero las consecuencias serían las mismas si se refiriesen a los patos y los ánades. No es más que una forma de meditar que permite poner al descubierto la estructura de un problema. Cuanto más normas haya, cuanto más reducidas y arbitrarias sean, mejor. Es como arrojar un puñado de polvo de grafito sobre un papel para ver dónde están las marcas del lápiz. Permite ver las palabras escritas en el papel que estaba encima. El grafito no tiene importancia. Sólo es el medio de revelar las marcas. Así que ya ve, la astrología no tiene nada que ver con la astronomía. Sólo con personas que meditan sobre otras personas.

»De modo que, cuando esta mañana enfocó usted de forma tan emocional el tema de los astros y los planetas, empecé a pensar: en realidad no le molesta la astrología, está furiosa e insatisfecha precisamente con los astros y los planetas. Normalmente, las personas sólo se sienten tan furiosas e insatisfechas cuando han perdido algo. Eso es lo único que se me ocurrió, y no pude encontrar otra explicación. Así que vine a ver si se encontraba bien.

Tricia se quedó pasmada.

Una parte de su mente ya había empezado a elaborar toda clase de argumentos. Preparaba todas las refutaciones posibles sobre la ridiculez de los horóscopos publicados en la prensa y los trucos estadísticos que presentaban a los lectores. Pero esa actividad se fue apagando paulatinamente al comprender que el resto de su mente no le hacía caso. Estaba absolutamente perpleja.

Acababa de escuchar, por boca de una completa desconocida, algo que había mantenido en secreto durante diecisiete años.

Se volvió a mirar a Gail.

—Yo…

Se interrumpió.

Detrás de la barra, una diminuta cámara de seguridad se había desplazado para seguir sus movimientos. Eso la despistó completamente. La mayoría de la gente no habría reparado en ello. No estaba pensado para que lo notaran. No se pretendía dar a entender que, hoy día, ni siquiera un hotel caro y elegante de Nueva York podía estar seguro de que sus clientes no iban a sacar de pronto una pistola o no llevar corbata. Pero por cuidadosamente oculta que estuviera tras la botella de vodka, no podía engañar al finísimo instinto de una presentadora de televisión, acostumbrado a saber exactamente en qué momento se movía la cámara para enfocarla.

—¿Ocurre algo? —preguntó Gail.

—No, yo… tengo que confesar que me ha dejado bastante perpleja —contestó Tricia. Decidió no hacer caso de la cámara de seguridad. No eran más que imaginaciones suyas, debido a que aquel día ya tenía demasiada televisión en la cabeza. No era la primera vez que le pasaba. Estaba convencida de que una cámara de control de tráfico se volvió para seguirla cuando pasó frente a ella, y en los almacenes Bloomingdale una cámara de seguridad pareció tener especial interés en vigilarla mientras se probaba unos sombreros. Era evidente que se estaba volviendo chalada. Incluso llegó a imaginar que un pájaro la observaba con particular atención en Central Park.

Decidió quitárselo de la cabeza y dio un sorbo al vodka.

Alguien recorría el bar preguntando por míster MacManus.

—Muy bien —dijo Tricia, soltándolo de pronto—. No sé cómo lo ha descubierto, pero yo…

—No lo he descubierto, como usted dice. Me he limitado a escucharla.

—Me parece que me he perdido una vida completamente distinta.

—Eso le pasa a todo el mundo. A cada momento del día. Cada decisión, cada aliento que tomamos, abre unas puertas y cierra otras muchas. La mayoría de las veces no lo notamos. Pero otras sí. Parece que usted ha caído en la cuenta.

—Sí, claro que sí. Perfectamente. Se lo voy a contar. Es muy sencillo. Hace muchos años conocí a un chico en una fiesta. Dijo que era de otro planeta y me invitó a irme con él. Le contesté que

muy bien, de acuerdo. Era esa clase de fiesta. Le dije que me esperase mientras iba por el bolso y que me gustaría marcharme con él a otro planeta. Me aseguró que no necesitaría el bolso. Repuse que estaba claro que venía de un planeta muy atrasado, pues de otro modo sabría que una mujer siempre necesita llevar consigo el bolso. Se impacientó un poco, pero yo no estaba dispuesta a ser presa fácil sólo porque dijese que era de otro planeta.

»Subí al primer piso. Tardé un rato en encontrar el bolso y luego estaba ocupado el cuarto de baño. Cuando bajé, él ya no estaba.

Hizo una pausa.

—¿Y…? —dijo Gail.

—La puerta del jardín estaba abierta. Salí a la calle. Había luces. Un objeto destellante. Llegué justo a tiempo de ver cómo se elevaba en el aire para luego desaparecer a toda velocidad entre las nubes. Eso fue todo. Fin de la historia. Fin de una vida y comienzo de otra. Pero apenas pasa un momento de esta vida sin que me pregunte por mi otro yo. Un yo que no hubiese vuelto por el bolso. Tengo la impresión de que ese otro yo anda por ahí, en alguna parte, y yo soy su sombra.

Un miembro del personal del hotel recorría ahora el bar preguntando por míster Miller. Nadie se llamaba así.

—¿Cree verdaderamente que esa… persona era de otro planeta? —preguntó Gail.

—Sí, desde luego. Estaba la nave espacial. Ah, y además tenía dos cabezas.

—¿Dos? ¿Y nadie más se dio cuenta?

—Era uña fiesta de disfraces.

—Ya entiendo…

—Llevaba encima una jaula de pájaro, claro está. Cubierta con un paño. Decía que tenía un loro. Daba golpecitos en la jaula y salían graznidos y un montón de estúpidos «Lorito bonito» y esas cosas. Luego retiró el paño un momento y soltó una estruendoso carcajada. Había otra cabeza que reía al tiempo que él. Le aseguro que fue un momento preocupante.

—Creo que quizá hizo usted lo que debía, ¿no le parece, querida?

—No —aseguró Tricia—. No hice lo que debía. Ni tampoco pude

seguir haciendo lo que hacía. Era astrofísica, sabe usted. No se puede ser una buena astrofísica si no se conoce realmente a alguien de otro planeta con dos cabezas y una de ellas finge que es un loro. Simplemente, no se puede. Al menos yo no pude.

—Comprendo que le resultara duro. Y probablemente es por eso por lo que usted tiende a ser un poco dura con otras personas que hablan de cosas que parecen completamente absurdas.

—Sí —convino Tricia—. Supongo que tiene razón. Lo siento.

—No tiene importancia.

—A propósito, es usted la primera persona a quien cuento esto.

—Me pregunto si es usted casada.

—Pues no. Hoy resulta difícil adivinarlo, ¿verdad? Pero hace bien en preguntar, porque ésa fue probablemente la razón. He estado a punto más de una vez, sobre todo porque quería tener un niño. Pero todos los chicos acababan preguntando por qué no les quitaba la vista del hombro. ¿Qué podía decirles? Una vez hasta pensé en dirigirme a un banco de esperma y conformarme con lo que viniese. Tener un hijo de un desconocido, al azar.

—¿En serio? No sería capaz de hacer eso, ¿verdad?

—Probablemente no —dijo Tricia, riendo—. No llegué a ir, así que no lo averigüé. No lo hice. La historia de mi vida. Jamás he llegado a hacer nada en serio. Por eso trabajo en televisión, supongo. Ahí no hay nada serio.

—Disculpe, señora. ¿Es usted Tricia McMillan?

Tricia se volvió, sorprendida. Era un hombre con gorra de chófer.

—Sí —contestó, volviéndose a tranquilizar de inmediato.

—Hace una hora que la estoy buscando, señora. En el hotel me dijeron que no conocían a nadie con ese nombre, pero lo comprobé otra vez con la oficina de míster Martin y, sin ningún género de duda, me aseguraron que era aquí donde se alojaba usted. De modo que volví a preguntar, y cuando me repitieron que no la conocían hice que la buscara un botones de todos modos, pero no la encontraron. Así que pedí a la oficina que me enviaran por el FAX del coche una fotografía suya para echar un vistazo personalmente.

Miró su reloj.

—Quizá ya sea un poco tarde, pero ¿quiere venir de todos modos?

Tricia se quedó pasmada.

—¿Míster Martin? ¿Se refiere a Andy Martin, de la NBS?

—Exactamente, señora. Prueba de pantalla para USIAM.

Tricia bajó disparada del asiento. Ni quería pensar en todos los recados que había oído para míster MacManus y míster Miller.

—Pero tenemos que apresurarnos —advirtió el chófer—. He oído que míster Martin es partidario de probar un acento británico. En la emisora, su jefe está absolutamente en contra de la idea. Es míster Zwingler, y resulta que sé que toma el avión para la costa esta tarde, porque yo soy el que tiene que recogerlo para llevarlo al aeropuerto.

—Muy bien —dijo Tricia—. Estoy lista. Vamos.

—Perfectamente, señora. Es la gran limusina estacionada frente a la entrada.

—Lo siento —dijo Tricia, volviéndose a Gail.

—¡Vaya! ¡Vaya usted! —repuso la astrólogo—. Y buena suerte. Me alegro de haberla conocido.

Tricia hizo ademán de coger el bolso para sacar dinero.

—Maldita sea —exclamó. Se lo había dejado arriba.

—Yo pago las copas —insistió Gail—. De veras. Ha sido muy interesante.

Tricia suspiró.

—Mire, siento de verdad lo de esta mañana y…

—No diga una palabra más. No es más que astrología. Es inofensiva. No se acaba el mundo por eso.

—Gracias —dijo Tricia, abrazándola en un impulso.

—¿Lo lleva todo? —inquirió el chofer—. ¿No quiere recoger el bolso ni nada?

—Si hay algo que he aprendido en la vida —repuso Tricia—, es a no volver por el bolso.

Poco más de una hora después, Tricia se sentó en una de las camas gemelas de la habitación del hotel. Estuvo unos minutos sin moverse, mirando fijamente el bolso, que reposaba inocentemente encima de la otra cama.

En la mano tenía una nota de Gail Andrews, que decía: «No se sienta demasiado decepcionada. Llámeme si quiere hablar de ello. Yo que usted, no saldría de la habitación hasta mañana por la noche. Descanse un poco. Pero no me tome en serio y no se

preocupe. No es más que astrología. No el fin del mundo. Gail».

El chófer había estado completamente en lo cierto. En realidad parecía saber más de lo que ocurría en el interior de la NBS que cualquier otra persona con quien hubiese hablado en la organización. Martin se había mostrado favorable. Zwingler, no, le hicieron una toma para demostrar que Martin tenía razón y echó a perder la oportunidad.

Qué lástima. Qué lástima, qué lástima, qué lástima.

Hora de volver a casa. Hora de llamar a las líneas aéreas y ver si aún podía coger el avión de la noche para Heathrow. Cogió la enorme guía telefónica.

Bueno, lo primero es lo primero.

Volvió a dejar la guía, cogió el bolso y se dirigió al baño. Sacó del bolso la cajita de plástico en que guardaba las lentes de contacto, sin las cuales había sido incapaz siquiera de leer debidamente el guión ni de saber cuándo tenía que empezar a hablar.

Mientras se aplicaba en los ojos las diminutas concavidades de plástico, pensó que si había aprendido una cosa en la vida era que hay veces que no se debe volver por el bolso y otras que sí conviene. Sólo le quedaba aprender a distinguir ambas situaciones.

3

En eso que en broma llamamos el pasado, La Guía del autoestopista galáctico tenía mucho que decir sobre el tema de los universos paralelos. No obstante, muy pocos aspectos de la cuestión resultan comprensibles para quien esté por debajo del nivel de Dios Avanzado, y como ya está perfectamente demostrado que todos los dioses conocidos cobraron existencia unas tres millonésimas de segundo después del inicio del universo y no la semana anterior, como ellos mismos solían afirmar, ahora, tal como están las cosas, tienen mucho que explicar y, por consiguiente, de momento no están en condiciones de comentar asuntos de física profunda.

Una cosa alentadora que la Guía tiene que decir con respecto a los universos paralelos es que no hay ni la más remota posibilidad de comprenderlos. En consecuencia, puede decirse «¿Qué?» y «¿Eh?», incluso quedarse bizco y ponerse a hablar por los codos sin temor a quedar en ridículo.

Lo primero que hay que entender de los universos paralelos, dice la Guía, es que no son paralelos.

También es importante comprender que, estrictamente hablando, tampoco son universos, pero eso resulta más fácil si se trata de entenderlo un poco después, cuando se haya comprendido que todo lo que se ha entendido hasta ese momento no es cierto.

Y no son universos debido a que todo universo dado no es realmente una cosa en sí, sino una forma de enfocar lo que técnicamente se conoce como TCRG, o Toda Clase de Revoltijo General, que tampoco existe realmente, sino que es la suma total de todas las diversas formas de enfocarlo en caso de que tuviese una existencia real.

Y no son paralelos por la misma razón por la que el mar no es paralelo. No significa nada. Puede dividirse el Toda Clase de Revoltijo General en las partes que se quiera y, en general, se

obtendrá algo que alguien llamará hogar.

Por favor, no tenga reparos en ponerse a hablar por los codos ahora mismo.

La Tierra que ahora nos ocupa, a causa de su particular orientación en el Toda Clase de Revoltijo General, fue alcanzada por un neutrino del que se salvaron las demás Tierras.

Ser alcanzado por un neutrino no significa gran cosa.

En realidad, resulta difícil pensar en nada más pequeño con lo que pueda justificarse la esperanza de ser alcanzado. Y no es que el ser alcanzado por neutrinos fuese un acontecimiento especialmente insólito en algo del tamaño de la Tierra. Todo lo contrario. No pasaría un insólito nanosegundo sin que la Tierra fuese alcanzada por varios billones de neutrinos de paso.

Todo depende del sentido que se dé a «alcanzado», claro está, puesto que como materia equivale prácticamente a nada. Las posibilidades de que un neutrino llegue a alcanzar algo en su recorrido por todo el bostezante vacío son aproximadamente semejantes a la de arrojar un cojinete de bolas al azar desde un 747 en pleno vuelo y acertar, pongamos, a un sandwich de huevo.

Sea como fuere, aquel neutrino alcanzó algo. Nada tremendamente importante en la escala de las cosas, podría decirse. Pero el problema de afirmar algo así es que hay que ponerse bizco y hablar escupiendo a la gente. Siempre que llega a ocurrir verdaderamente algo en alguna parte de algo tan complicado como el Universo, Kevin sabe en qué acabará todo, en donde «Kevin» es cualquier sujeto aleatorio que no sabe nada de nada.

Aquel neutrino chocó con un átomo.

El átomo formaba parte de una molécula. La molécula formaba parte de un ácido nucleico. El ácido nucleico formaba parte de un gen. El gen formaba parte de una receta genética para crecer…, y así sucesivamente. El resultado fue que a una planta le acabó creciendo una hoja de más. En Essex. O lo que, tras un montón de absurdas discusiones y problemas de carácter geológico, llegaría a ser Essex.

Esa planta era un trébol. Extendió su influencia o, mejor dicho, su semilla, alrededor de forma sumamente rápida y eficaz y se convirtió en el tipo de trébol predominante en el mundo. La exacta relación causal entre ese minúsculo azar biológico y otras cuantas

variaciones menores que existen en esa parte del Toda Clase de Revoltijo General —como la de que Tricia McMillan no se marchara con Zaphod Beeblebrox, las ventas anormalmente bajas de helado con sabor a nuez tropical y el hecho de que la Tierra en que ocurría todo esto no fuese demolida por los vogones para construir en su lugar una nueva desviación hiperespacial— está actualmente clasificada con el número 4 763 984 132 en la lista de prioridades del programa de investigación de lo que antiguamente fue la Sección de Historia de la Universidad de Maximégalon, y ahora parece que ninguno de los que se congregan para la oración al borde de la piscina considera urgente el problema.

4

Tricia empezó a creer que el mundo conspiraba contra ella. Comprendía que era una forma de pensar absolutamente normal después de un vuelo nocturno en dirección Este, cuando de pronto uno se encuentra ante otra jornada entera, plagada de oscuras amenazas, para la cual no se está preparado en lo más mínimo. Pero aun así.

Había marcas en su jardín.

En realidad no le importaban mucho las marcas en el jardín. En lo que a ella se refería, podían largarse a hacer gárgaras. Era sábado por la mañana. Acababa de volver de Nueva York y estaba cansada, de mal humor y paranoica, y lo único que quería era irse a la cama con la radio encendida y el volumen bajo para irse quedando dormida mientras Ned Sherrin decía cosas tremendamente inteligentes sobre cualquier tema.

Pero Eric Bartlett no iba a consentir que se quedara sin hacer una completa inspección de las marcas. Eric era el viejo jardinero que venía del pueblo todos los sábados por la mañana para hurgar con un palo por el jardín. No creía en la gente que venía de Nueva York a primera hora de la mañana. No lo aprobaba. Era algo contra natura. Pero creía prácticamente en todo lo demás.

—Seres del espacio, probablemente —sentenció inclinándose para tantear con el palo los bordes de las pequeñas hendiduras—. Estos días se habla muchos de alienígenas. Serán ellos, supongo.

—Ah, ¿sí? —repuso Tricia, mirando furtivamente su reloj. Diez minutos, calculó. Sería capaz de seguir en pie diez minutos. Luego se desplomaría, simplemente, ya estuviera en su cuarto o allí, en el jardín. Y eso si sólo tenía que estar de pie. Si además debía asentir con aire inteligente y decir «Ah, ¿sí?» de cuando en cuando, el plazo podía reducirse a cinco.

—Pues claro —continuó Eric—. Bajan por aquí, aterrizan en tu

jardín y luego se largan, a veces con tu gato. El gato de *mistress* Williams, la de la oficina de correos, ya sabe, esa pelirroja, fue secuestrado por extraterrestres. Claro que al día siguiente lo trajeron de vuelta, pero estaba de un humor muy raro. Por la mañana no hacía más que dar vueltas por ahí y luego se pasaba la tarde durmiendo. Lo curioso es que antes era al revés. Dormía por la mañana y zancadilleaba por la tarde. Iba atrasado, ¿comprende?, por el viaje en una nave interplanetaria.

—Comprendo.

—Lo tiñeron de atigrado, dice ella. Éstas son exactamente la clase de marcas que probablemente dejarían las patas articuladas de su tren de aterrizaje.

—¿Y no pueden ser de la cortacésped? —insinuó Tricia.

—Si fuesen más redondas, diría que sí, pero éstas se abren hacia fuera, ¿no ve? Una forma absolutamente más espacial.

—Es que usted mencionó que la cortacésped estaba dando la lata y había que arreglarla o empezaría a hacer hoyos en la hierba.

—Sí que lo dije, *miss* Tricia, y lo mantengo. No descarto totalmente la cortacésped, sólo digo lo que me parece más probable, vista la forma de los agujeros. Vienen por encima de esos árboles, ¿comprende?, con las patas articuladas del tren de aterrizaje…

—Eric… —dijo Tricia, pacientemente.

—Pero le diré lo que voy a hacer, *miss* Tricia —anunció Eric—. Echaré un vistazo a la cortacésped, tal como tuve intención de hacer la semana pasada, y la dejaré tranquila para que haga lo que guste.

—Gracias, Eric. En realidad me voy a acostar. Sírvase lo que quiera en la cocina.

—Gracias, *miss* Tricia, y buena suerte.

Eric se agachó y cogió algo del césped.

—Mire —dijo—. Un trébol de tres hojas. Da buena suerte, ¿ve?

Lo examinó con atención para asegurarse de que efectivamente se trataba de un trébol de tres hojas y no uno ordinario de cuatro al que se le hubiese caído una.

—Pero en su lugar, yo estaría atento a ver si hay señales de alienígenas por esta zona —prosiguió Eric, escudriñando sagazmente el horizonte—. Sobre todo por ahí, en la dirección de Henley.

—Gracias, Eric —repitió Tricia—. Lo haré.

Se acostó y soñó a intervalos con loros y otras aves. Por la tarde se levantó y se puso a dar vueltas por la casa, inquieta, insegura sobre qué hacer el resto del día, o incluso el resto de su vida. Presa de incertidumbre, tardó al menos una hora en decidir si iba al pueblo a pasar la velada en Stravro's, que por entonces era el local de moda de los profesionales más encopetados de los medios de comunicación y ver a algunos amigos que la ayudasen a recuperar la normalidad. Al fin decidió ir. No estaba mal. Era divertido. Apreciaba mucho a Stavro, un griego de padre alemán, combinación bastante extraña. Un par de noches antes Tricia había estado en el Alpha, que era el club original de Stavro en Nueva York y que ahora llevaba su hermano Karl, quien se consideraba alemán de madre griega. Stavro se pondría muy contento al saber que su hermano no daba una dirigiendo el club de Nueva York, así que Tricia le daría una alegría… Entre Stavro y Karl Mueller la antipatía era mutua.

Luego pasó otra hora de incertidumbre, sin saber qué ponerse. Finalmente se decidió por un elegante vestidito negro que había comprado en Nueva York. Telefoneó a un amigo para saber con quién podría encontrarse en el club, y se enteró de que aquella noche estaba cerrado al público porque se celebraba un festejo de bodas.

Pensó que el tratar de vivir con arreglo a un plan trazado de antemano era como ir al supermercado a comprar los ingredientes justos para una receta de cocina. Se coge uno de esos carritos que no avanzan en la dirección en que se les empuja y se acaba adquiriendo cosas completamente diferentes. ¿Qué hacer con ellas? ¿Qué hacer con la receta? Ni idea.

De todas formas, aquella noche aterrizó en su jardín una nave espacial.

5

La vio venir por la dirección de Henley, al principio con leve curiosidad, preguntándose qué eran aquellas luces. Como no vivía a un millón de kilómetros de Heathrow, estaba acostumbrada a ver luces en el cielo. Normalmente no a hora tan avanzada de la noche, ni tan bajo, y eso le extrañó un poco.

Cuando lo que fuese empezó a acercarse cada vez más, su curiosidad se tornó en estupefacción.

«Hummm», pensó, y en eso consistió más o menos todo su razonamiento. Aún estaba aletargada y con la sensación del desfase horario, por lo que los mensajes que una parte de su cerebro se dedicaba a enviar a la otra no llegaban necesariamente en el momento justo ni en la forma adecuada. Salió de la cocina, donde se había preparado un café, y fue a abrir la puerta trasera que daba al jardín. Aspiró profundamente el fresco aire de la noche y alzó la cabeza.

A unos treinta metros por encima del césped había un objeto aproximadamente del tamaño de una amplia furgoneta de recreo.

Era de verdad. Estaba allí, suspendido. Casi sin ruido.

Algo se removió en el fuero interno de Tricia.

Dejó caer los brazos a los costados, despacio. Apenas notó el café candente que se le derramaba en el pie. Casi no respiraba mientras la nave descendía poco a poco, centímetro a centímetro. Sus luces se desplazaban suavemente por el suelo, como tanteándolo, sintiéndolo. Se detuvieron en él.

No podía esperar que se le volviera a presentar otra oportunidad. ¿Es que él la estaba buscando? ¿Había vuelto? La nave siguió descendiendo hasta posarse finalmente en el césped. No era como la que tantos años antes había visto despegar, pensó, pero en el cielo nocturno era difícil que unas luces destellantes cobraran formas bien definidas.

Silencio.

Luego, un clic y un hum.

Después, otro clic y otro hum. Clic, hum; clic, hum.

Se abrió una puerta suavemente, derramando luz por el césped, hacia ella.

Esperó, temblando.

Apareció una silueta recortada en la luz, luego otra, y otra.

Ojos grandes que la miraban parpadeando, despacio. Manos que se elevaban lentamente, saludándola.

—¿McMillan? —dijo al fin una extraña y tenue voz, articulando las sílabas con dificultad—. ¿Tricia McMillan? ¿Ms Tricia McMillan?

—Sí —contestó Tricia, casi sin voz.

—La hemos estado vigilando.

—¿V…, vigilando? ¿A mí?

—Sí.

La miraron de arriba abajo durante unos momentos, moviendo muy despacio los grandes ojos.

—Parece más baja al natural —dijo al fin uno de ellos.

—¿Cómo? —inquirió Tricia.

—Sí.

—No… no entiendo —confesó Tricia. No lo esperaba, claro está, pero, en primer lugar, incluso para ser algo inesperado no iba de la forma que podía esperarse—. ¿Vienen…, es de parte… de Zaphod?

La pregunta pareció causar cierta consternación entre las tres siluetas. Conferenciaron en una especie de lenguaje saltarín propio de ellos y luego se dirigieron de nuevo a ella.

—Creemos que no —dijo uno—. Al menos que nosotros sepamos.

—¿Dónde está Zaphod? —preguntó otro, alzando la cabeza al oscuro cielo.

—Pues… no sé —contestó Tricia con aire de impotencia.

—¿Está lejos de aquí? ¿En qué dirección? No lo conocemos.

Con el corazón encogido, Tricia comprendió que no tenían ni idea de a quién se refería. Ni siquiera de lo que estaba hablando. Y ella no tenía ni idea de lo que hablaban ellos. Puso resueltamente a un lado sus esperanzas al tiempo que volvía a poner en marcha las ideas. Decepcionarse no tenía sentido. Había que despabilarse, porque tenía delante la primicia periodística del siglo. ¿Qué debía

hacer? ¿Entrar en casa y coger la cámara de vídeo? ¿Y si se habían marchado cuando volviera? Se encontraba absolutamente perpleja sobre la estrategia que debía adoptar. Hacer que sigan hablando, pensó. Ya se me ocurrirá algo.

—¿Me han estado vigilando… a mí?

—A todos. Todo el planeta. Televisión. Radio. Telecomunicaciones. Ordenadores. Circuitos de vídeo. Almacenes.

—¿Qué?

—Estacionamientos. Todo. Lo vigilamos todo.

Tricia los miró de hito en hito.

—Eso debe ser muy aburrido, ¿no? —dijo bruscamente.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué…?

—Menos…

—¿Sí? ¿Menos qué?

—Menos los concursos de televisión. Nos gustan mucho.

Hubo un silencio tremendamente largo mientras Tricia observaba a los extraterrestres y ellos le devolvían la mirada.

—Quisiera entrar en casa a coger algo —dijo Tricia con mucha parsimonia—. Les propongo una cosa. ¿A alguno de ustedes le gustaría pasar a echar una mirada?

—¡Muchísimo! —contestaron todos, entusiasmados.

Se quedaron los tres en el salón, un tanto cohibidos, mientras ella se apresuraba a coger una cámara de vídeo, una cámara de treinta y cinco milímetros, un magnetófono, cualquier aparato grabador al que pudo echar mano. Los seres del espacio eran delgados y, expuestos a la luz casera, de un apagado color verde púrpura.

—Sólo tardaré un momentito, en serio, chicos —dijo Tricia mientras hurgaba en los cajones en busca de cintas y películas de repuesto.

Los seres del espacio miraban las estanterías donde guardaba sus CD y sus viejos discos. Uno de ellos dio a otro un ligero codazo.

—Mira —dijo—. Elvis.

Tricia se inmovilizó y volvió a mirarlos con fijeza.

—¿Les gusta Elvis? —preguntó.

—Sí.

—¿Elvis Presley?

—Sí.

Pasmada, sacudió la cabeza mientras trataba de poner una cinta nueva en la cámara de vídeo.

—Algunos de ustedes —comentó sin mucha decisión uno de los visitantes— creen que Elvis fue secuestrado por seres del espacio.

—¿Cómo? —inquirió Tricia.

—¿Y es verdad?

—Puede ser.

—¿Quieren decir que ustedes han secuestrado a Elvis? —jadeó Tricia. Trataba de mantenerse lo más tranquila posible para no hacerse un lío con los aparatos, pero aquello casi era demasiado para ella.

—No. Nosotros no —dijeron sus invitados—. Seres del espacio. Es una posibilidad muy interesante. A menudo hablamos de ello.

—No tengo que alzarla —murmuró Tricia para sí. Comprobó la cámara de vídeo: estaba convenientemente cargada y funcionando. Los enfocó. No se la llevó a la cara porque no quería asustarlos. Pero tenía la experiencia suficiente para no fallar desde la cadera.

—Muy bien. Ahora díganme tranquilamente y despacito quiénes son. Usted primero —dijo al de la izquierda—. ¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—No lo sabe.

—No.

—Bueno. ¿Y ustedes dos?

—No sabemos.

—Bien. Vale. A lo mejor pueden decirme de dónde son.

Sacudieron la cabeza.

—¿Que no saben de dónde son?

Volvieron a negar con la cabeza.

—Entonces, ¿qué hacen… humm…?

Estaba perdiendo el hilo, pero como era una profesional, mientras lo perdía no dejaba de mantener firme la cámara.

—Estamos en una misión —dijo uno de los seres del espacio.

—¿Una misión? ¿Qué clase de misión?

—No lo sabemos.

Siguió sujetando la cámara con firmeza.

—Entonces, ¿qué están haciendo en la Tierra?

—Hemos venido a buscarla.

Firme, firme como una roca. Igual podía estar sobre un trípode, en realidad, se preguntó si debía utilizarlo. Se lo preguntó porque tardó unos momentos en digerir lo que acababan de decirle. No, pensó, dirigiéndola con la mano tenía más flexibilidad. También pensó: «Socorro, ¿qué voy a hacer?».

—¿Por qué han venido a buscarme? —preguntó con calma.

—Porque hemos perdido la cabeza.

—Discúlpenme —dijo Tricia—. Tengo que ir por un trípode.

Parecían bastante complacidos de quedarse allí sin hacer nada mientras Tricia buscaba rápidamente un trípode y montaba la cámara. No cambiaba en absoluto de expresión, pero no tenía la menor idea de qué pasaba y no sabía qué pensar.

—Muy bien —prosiguió cuando lo tuvo todo preparado—. ¿Por qué…?

—Nos gustó su entrevista con la astrólogo.

—¿La vieron?

—Lo vemos todo. La astrología nos interesa mucho. Nos gusta. Es muy interesante. No todo lo es. La astrología, sí. Lo que nos dicen los astros. Lo que predicen. Nos convendría cierta información al respecto.

—Pero…

Tricia no sabía por dónde empezar.

«Reconócelo», pensó, «no tiene sentido buscarle las vueltas a esto».

Así que dijo:

—Pero yo no sé nada de astrología.

—Nosotros sí.

—¿De verdad?

—Sí. Leemos los horóscopos. Los devoramos. Miramos todos sus periódicos y revistas, con verdadera ansia. Pero nuestro jefe dice que tenemos un problema.

—¿Tienen un jefe?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—No sabemos.

—¿Cómo dice él que se llama, por amor de Dios? Lo siento, tengo que corregir esto. ¿Cómo dice él que se llama?

—No lo sabe.

—Entonces, ¿cómo saben ustedes que es el jefe?

—Tomó el mando. Dijo que alguien tenía que poner orden por allí.

—¡Ah! —exclamó Tricia, aprovechando la indicación—. ¿Dónde es «allí»?

—Ruperto.

—¿Qué?

—Ustedes lo llaman Ruperto. El décimo planeta de su sol. Hace muchos años que nos instalamos allí. Hace muchísimo frío y no hay nada interesante. Pero está bien para vigilar.

—¿Por qué nos están vigilando?

—Es lo único que sabemos hacer.

—Muy bien —concluyó Tricia—. De acuerdo. ¿Qué problema dice su jefe que tienen ustedes?

—Triangulación.

—¿Cómo ha dicho?

—La astrología es una ciencia muy precisa. Eso sí lo sabemos.

—Pues… —repuso Tricia, dejándolo en eso.

—Pero sólo para ustedes, aquí, en la Tierra.

—S… s… í —tuvo la horrible sensación de percibir un vago destello de algo.

—Porque cuando Venus ingresa en Capricornio, por ejemplo, eso es visto desde la Tierra. ¿Cómo nos vale eso a nosotros si estamos en Ruperto? ¿Qué ocurre cuando la Tierra pasa sobre Capricornio? No lo sabemos. Entre las cosas que hemos olvidado, que suponemos numerosas y profundas, está la trigonometría.

—A ver si entiendo bien esto —dijo Tricia—. ¿Quieren que vaya con ustedes a… Ruperto…?

—Sí.

—¿Para volver a calcular sus horóscopos de modo que puedan tener en cuenta las posiciones relativas de la Tierra y Ruperto?

—Sí.

—¿Me conceden la exclusiva?

—Sí.

—Soy su chica —aseguró Tricia, pensando que como mínimo podría venderla al National Enquirer.

Al abordar la nave que la llevaría a los más alejados confines del sistema solar, lo primero que le saltó a la vista fue una serie de

pantallas de vídeo en las que se sucedían millares de imágenes. Un cuarto extraterrestre las observaba sentado, aunque centraba especialmente la atención en una pantalla donde se veía una secuencia completa. Era la proyección de la improvisada entrevista que Tricia acababa de hacer a sus tres compañeros. Al verla entrar con aire temeroso, el ser del espacio alzó la cabeza.

—Buenas noches, Ms McMillan —la saludó—. Ha hecho un buen trabajo con la cámara.

6

Al caer al suelo, Ford Prefect iba ya corriendo. El suelo estaba veinte centímetros más lejos del conducto de ventilación de lo que recordaba, de modo que no calculó bien el momento en que tocaría terreno firme, empezó a correr antes de tiempo, tropezó de mala manera y se torció un tobillo. ¡Maldita sea! De todos modos siguió corriendo por el pasillo, cojeando ligeramente.

Por todo el edificio, las alarmas se dispararon con su habitual conmoción y frenesí. Se puso a cubierto tras los familiares armarios, echó una mirada para comprobar si le habían visto y empezó a hurgar precipitadamente en la mochila en busca de las cosas que habitualmente necesitaba.

El tobillo, de manera inhabitual, le dolía muchísimo.

El suelo no sólo se encontraba veinte centímetros más lejos del conducto de ventilación de lo que recordaba, sino que además estaba en un planeta diferente; sin embargo, lo que le pilló de sorpresa fueron los veinte centímetros. Las oficinas de la Guía del Autoestopista Galáctico solían trasladarse con bastante frecuencia a otro planeta sin previo aviso, en razón del clima o la hostilidad local, el recibo de la luz o los impuestos, pero siempre volvían a construirlas exactamente de la misma forma, casi hasta la misma molécula. Para muchos empleados de la compañía, la disposición de las oficinas representaba la única constante en un universo personal gravemente distorsionado.

Pero había algo raro.

Lo que por sí solo no era sorprendente, pensó Ford, sacando su toalla arrojadiza, poco pesada. En mayor o menor grado, en su vida todo era extraño. Sólo que esto era raro de un modo ligeramente distinto de las cosas raras a que estaba acostumbrado, que eran, bueno, extrañas. De momento no lograba situarlo.

Sacó la llave del tres.

Las alarmas sonaban de la misma forma que siempre, que él conocía bien. Tenían una especie de música que casi podía tararear. Todo era muy familiar. Aunque el mundo en que se encontraba había sido una novedad. Nunca había estado en Saquo-Pila Hensha, y le gustó. Tenía un ambiente como de carnaval.

Sacó de la mochila un arco y una flecha de juguete que había comprado en un mercadillo.

Había descubierto que el ambiente carnavalero de Saquo-Pila Hensha se debía a que la población celebraba la fiesta anual de la Asunción de San Antwelmo. En vida, San Antwelmo fue un monarca noble y famoso que enunció una hipótesis grandiosa y popular. La asunción del Rey Antwelmo consistió en postular que, prescindiendo de todo lo demás, lo que ansiaba la gente era ser feliz, pasarlo bien y divertirse juntos lo más posible. A su muerte legó toda su fortuna personal para financiar unos festejos anuales que recordaran su asunción a todo el mundo, con montañas de buena comida, bailes y juegos muy tontos, como la Busca del Wocket. Su Asunción fue tan espléndida y luminosa que le hicieron santo. Y no sólo eso, sino que todos los que anteriormente alcanzaron la santidad por hechos como morir lapidados de forma absolutamente cruel o vivir boca abajo en barriles de estiércol, fueron inmediatamente degradados y pasaron a considerarse como gente bastante molesta.

El familiar edificio en forma de H de las oficinas de la Guía del Autoestopista Galáctico se elevaba en las afueras de la ciudad, y Ford Prefect se había introducido en él con su método habitual. Siempre entraba por el sistema de ventilación en vez de por la puerta principal, porque en el vestíbulo patrullaban robots encargados de interrogar a los empleados que pasaban a presentar su cuenta de gastos. Las facturas de gastos de Ford Prefect eran asuntos notoriamente complejos y difíciles, y en general había comprobado que los robots del vestíbulo no estaban bien dotados para comprender los argumentos que él deseaba exponer en relación con el tema. Por consiguiente, prefería entrar por otro lado.

Lo que suponía disparar todas las alarmas del edificio menos la del departamento de contabilidad, y eso le venía perfectamente a Ford.

Se acurrucó tras el armario, chupó la ventosa de la flecha de

juguete y la aplicó a la cuerda del arco.

Al cabo de unos treinta segundos apareció por el pasillo un robot de seguridad del tamaño de una sandía pequeña, volando más o menos a la altura de la cadera de una persona y dirigiendo los sensores a izquierda y derecha para detectar cualquier anormalidad.

Con impecable precisión, Ford lanzó la flecha de juguete al paso del robot. El dardo cruzó el pasillo y se pegó, tembloroso, en la pared de enfrente. El robot, captándolo inmediatamente con los sensores, dio un giro de noventa grados para seguir su trayectoria y ver de qué demonios se trataba y adónde se dirigía.

Mientras el robot miraba en dirección contraria, Ford dispuso de un precioso segundo. Le lanzó la toalla y lo alcanzó en pleno vuelo.

Debido a las diversas protuberancias sensoriales con que iba festoneado, el robot no podía maniobrar bajo la toalla y se sacudía de un lado para otro, incapaz de volverse y enfrentarse a su captor.

Ford lo atrajo rápidamente hacia sí y lo inmovilizó contra el suelo. Empezó a gimotear con voz lastimera. Con un movimiento rápido y preciso, Ford metió la mano bajo la toalla con la llave del tres y destapó el pequeño panel de plástico que daba acceso a sus circuitos lógicos.

La lógica es algo maravilloso, aunque, tal como han puesto de manifiesto los procesos evolutivos, tiene ciertos inconvenientes.

Cualquier cosa que piense con lógica puede ser engañada por otra que piense con la misma lógica. La forma más fácil de engañar a un robot enteramente lógico consiste en suministrarle la misma secuencia de estímulos una y otra vez hasta dejarlo encerrado en un círculo vicioso. Eso lo demostraron los famosos experimentos de las islas Sandwich de Arenque, que se llevaron a cabo hace milenios en el INDELPSOM (Instituto para el Descubrimiento Lento y Penoso de lo Sorprendentemente Obvio de Maximégalon).

Programaron a un robot para que le gustaran los emparedados de arenque. En realidad, esa parte fue la más difícil de todo el experimento. Una vez que el robot fue programado para que le gustaran los emparedados de arenque, le pusieron delante un emparedado de arenque. Ante lo cual el robot dijo para sus adentros: «¡Ah! ¡Un emparedado de arenque! Me gustan los emparedados de arenque».

Entonces se inclinaba, cogía el emparedado de arenque con su

cuchara para comer emparedados de arenque y se incorporaba de nuevo. Lamentablemente, el robot estaba ajustado de tal modo que la acción de erguirse hacía que el emparedado de arenque se le escurriera de la cuchara de emparedado de arenque y cayera al suelo delante de él. Ante lo cual, el robot decía para sí: «¡Ah! Un emparedado de arenque…», etc., y repetía la misma operación una y otra vez. Lo único que impedía al emparedado de arenque aburrirse de todo el puñetero asunto y largarse a rastras en busca de otra forma de pasar el tiempo, era el hecho de que, al tratarse simplemente de un trozo de pescado metido entre dos rebanadas de pan, estaba algo menos alerta que el robot a lo que sucedía a su alrededor.

Los científicos del Instituto descubrieron así la fuerza impulsora de todo cambio, desarrollo e innovación en la vida, que era la siguiente: emparedados de arenque. Publicaron un informe al respecto, que fue muy criticado por su extrema estupidez. Repasaron los cálculos y se dieron cuenta de que lo que en realidad habían descubierto era el «aburrimiento» o, mejor dicho, la función práctica del aburrimiento. En una excitación febril continuaron descubriendo otras emociones, como «irritabilidad», «depresión», «desgana», «repulsión», etc. El siguiente descubrimiento importante se produjo cuando dejaron de utilizar emparedados de arenque, después de lo cual se encontraron de pronto ante una verdadera avalancha de nuevas emociones que podían estudiar, como «alivio», «alegría», «vivacidad», «apetito», «satisfacción» y, la más importante, el deseo de «felicidad».

Ése fue el mayor descubrimiento de todos.

Ya podían sustituirse con la mayor facilidad bloques enteros de complejos códigos informáticos reguladores del comportamiento de los robots en todas las situaciones posibles. Lo único que necesitaban los robots era la capacidad de aburrirse o ser felices, aparte de algunas condiciones que debían cumplirse para suscitar tales estados. Luego solucionarían el resto por sí solos.

El que Ford tenía inmovilizado bajo la toalla no era, de momento, un robot feliz. Era feliz en movimiento, cuando podía ver otras cosas. Y lo era especialmente cuando las veía moverse, en particular si esas otras cosas se desplazaban haciendo cosas que no debían, porque entonces, con enorme placer, él las comunicaba.

Ford arreglaría eso en un momento.

Se agachó sobre el robot y lo sujetó entre las rodillas. La toalla seguía cubriendo todos sus mecanismos sensores, pero Ford ya le había destapado los circuitos lógicos. El robot empezó a girar inquieto y excitado, pero sólo lograba agitarse, en realidad era incapaz de moverse. Utilizando la llave inglesa Ford sacó un pequeño chip de su alvéolo. En cuanto estuvo fuera, el robot se inmovilizó por completo y cayó en coma.

El chip que había sacado Ford era el que contenía las órdenes para el cumplimiento de todas las instrucciones que harían sentirse feliz al robot. El robot sería feliz cuando una insignificante descarga eléctrica lanzada desde un punto justo a la izquierda del chip llegara a otro punto justo a la derecha del chip. El chip determinaba si la descarga llegaba o no a su destino.

Ford quitó un trocito de alambre prendido en la toalla. Introdujo un extremo en el agujero superior izquierdo del alvéolo del chip, y el otro en el izquierdo.

Eso era todo lo que se necesitaba. Ahora, el robot sería feliz pasara lo que pasase.

Ford se incorporó rápidamente y retiró la toalla de un tirón. El robot se elevó extasiado en el aire, describiendo una especie de sinuosa trayectoria.

Se volvió y vio a Ford.

—¡Míster Prefect! ¡Cuánto me alegro de verlo!

—Yo también me alegro, amiguito —repuso Ford.

El robot se apresuró a informar a su control central de que ahora todo iba bien en el mejor de los mundos posibles, las alarmas se calmaron de inmediato y la vida volvió a la normalidad.

Bueno, casi a la normalidad.

Había algo raro en el ambiente.

El pequeño robot gorgoteaba de placer eléctrico. Ford echó a andar deprisa por el pasillo, dejando que el objeto lo siguiese con breves sacudidas y le dijera lo delicioso que era todo y lo que le alegraba poder decírselo.

Ford, sin embargo, no estaba contento.

Se había cruzado con personas que no conocía. No le gustaba su aspecto. Demasiado bien arreglados. Ojos demasiado apagados. Cada vez que pensaba reconocer a alguien a lo lejos y se apresuraba

a saludarlo, resultaba ser otro, con un peinado más elegante y aire mucho más dinámico y resuelto que, bueno, que ningún conocido suyo.

Había una escalera desplazada unos centímetros a la izquierda. Un techo ligeramente más bajo. Un vestíbulo renovado. Todo eso no era preocupante en sí mismo, aunque desorientaba un poco. Lo inquietante era la decoración. Antes solía ser ostentosa y reluciente. Cara, sí —porque la Guía se vendía muy bien en toda la Galaxia civilizada y poscivilizada—, pero divertida. Había máquinas de fantásticos juegos alineadas por los pasillos. De los techos colgaban pianos de cola demencialmente pintados, malignas criaturas marinas del planeta Viv surgían de las fuentes en patios llenos de árboles, camareros robot con absurdas camisas correteaban por los pasillos en busca de manos donde depositar bebidas espumantes. En los despachos, la gente solía tener vastodragones cogidos con correas y pterospondios encaramados en perchas. La gente sabía cómo divertirse y, si no, había cursos en los que podían matricularse para remediarlo.

Ahora no había nada de eso.

Alguien había estado por allí haciendo un trabajo de malísimo gusto.

Ford torció bruscamente, se introdujo en una pequeña cavidad, abarcó al robot volador con la mano y lo arrastró con él. Se puso en cuclillas y miró al gozoso cibernauta.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió.

—Pues sólo cosas estupendas, señor, lo mejor que podía pasar. ¿Me puedo sentar en sus rodillas, por favor?

—No —dijo Ford, apartándolo con desdén. Al robot le gustó tanto que lo rechazaran de aquel modo que empezó a desfallecer, contoneándose de gozo. Ford volvió a cogerlo y lo mantuvo firmemente en el aire, a unos treinta centímetros de su cara. El robot intentó permanecer donde lo habían puesto, pero no pudo evitar unos ligeros temblores.

—Algo ha cambiado, ¿verdad? —dijo Ford, entre dientes.

—Ah, sí —chilló el pequeño robot—. De la manera más increíble y maravillosa. Y me parece muy bien.

—Y entonces, ¿cómo estaba antes?

—De rechupete.

—Pero ¿te gusta cómo lo han cambiado?

—Me gusta todo —gimió el robot—. En especial que me grite así. Hágalo otra vez, por favor.

—¡Dime solamente qué ha pasado!

—¡Oh! ¡Gracias, gracias!

Ford suspiró.

—Vale, de acuerdo —jadeó el robot—. Otra empresa ha absorbido la Guía. Hay una nueva dirección. Es tan magnífica que me derrito. La antigua dirección también era fabulosa, desde luego, aunque no estoy seguro de que pensara lo mismo entonces.

—Eso era antes de que te metieran en la cabeza un trozo de alambre.

—Qué cierto es eso. Qué maravillosamente cierto. Qué rebosante, burbujeante, espumeante, maravillosamente cierto. Qué observación tan correcta y verdaderamente inductora de éxtasis.

—¿Qué ha pasado? —insistió Ford—. ¿Quién es esa nueva dirección? ¿Cuándo se produjo la absorción? Yo…, bueno, no importa —añadió cuando el pequeño robot empezó a farfullar de incontrolable alegría frotándose contra su rodilla—. Voy a averiguarlo yo mismo.

Ford se arrojó contra la puerta del despacho del redactor jefe, se encogió hasta hacerse una bola mientras el marco cedía y se astillaba, rodó velozmente por el suelo hacia donde solía estar el carrito de las bebidas, cargado con los brebajes más fuertes y caros de la Galaxia, lo cogió y, utilizándolo como protección, lo empujó por la amplia zona sin amueblar del despacho hasta donde se erguían las valiosas y sumamente groseras estatuas de Leda y el Pulpo, refugiándose tras ellas. Mientras, el pequeño robot de seguridad, que había entrado a la altura del pecho de una persona, se dedicaba encantado a recibir de forma suicida los disparos destinados a Ford.

Ése, al menos, era el plan. Y resultaba esencial, porque el actual redactor jefe, Estagiar Zil Dogo, era un hombre peligroso y desequilibrado que consideraba con intenciones homicidas a los colaboradores que se presentaban en su despacho sin artículos nuevos debidamente corregidos, y tenía una batería de armas guiadas por láser y conectadas a unos dispositivos de exploración colocados en el marco de la puerta para disuadir a todo aquel que

se limitara a llevarle razones sumamente buenas de por qué no había escrito nada. Así se propiciaba un alto grado de producción.

Lamentablemente, el carrito de las bebidas no estaba.

Ford se lanzó desesperadamente de costado, dando un salto mortal hacia la estatua de Leda y el Pulpo, que también había desaparecido. En una especie de azaroso pánico, rodó y tropezó por la estancia, dio traspiés, giró, se golpeó contra la ventana, que afortunadamente estaba construida a prueba de cohetes, rebotó y, magullado y sin aliento, cayó hecho un ovillo tras un elegante y deteriorado sofá de cuero gris que nunca había estado allí.

Al cabo de unos segundos alzó despacio la cabeza y atisbó por encima del sofá. Igual que la falta del carrito de las bebidas y la estatua de Leda y el Pulpo, también había notado una alarmante ausencia de disparos. Frunció el entrecejo. Aquello era pero que muy raro.

—Míster Prefect, supongo —dijo una voz.

La voz pertenecía a un individuo de rostro lampiño que estaba tras un amplio escritorio de verdadera ceramoteca. Estagiar Zil Dogo quizá fuese un individuo de cuidado, pero por toda una serie de razones nadie le habría calificado de lampiño. Aquél no era Estagiar Zil Dogo.

—Por su forma de entrar, imagino que de momento no tiene usted ningún artículo nuevo para la… humm, Guía —dijo el individuo lampiño. Estaba sentado con los codos sobre la mesa y las puntas de los dedos juntas en una actitud que, inexplicablemente, nunca se ha considerado como un delito punible con la pena capital.

—He estado ocupado —repuso Ford sin mucha firmeza. Se puso en pie tambaleante y se sacudió el polvo. Entonces pensó que por qué demonios tenía que decir las cosas sin mucha firmeza. Tenía que dominar la situación. Tenía que saber quién coño era aquel tipo, y de pronto se le ocurrió un medio de averiguarlo.

—¿Quién coño es usted? —inquirió.

—Soy su nuevo redactor jefe. Esto es, si no decidimos prescindir de sus servicios. Me llamo Vann Harl. —No le tendió la mano. Sólo añadió—: ¿Qué le ha hecho a ese robot de seguridad?

El pequeño robot daba vueltas muy despacito por el techo, gimiendo suavemente.

—Le he hecho muy feliz —contestó Ford en tono brusco—. Es una especie de misión que tengo. ¿Dónde está Estagiar? Mejor dicho, ¿dónde está el carrito de las bebidas?

—Míster Zil Dogo ya no forma parte de esta organización. El carrito de las bebidas, supongo, le ayuda a consolarse.

—¿Organización? —gritó Ford—. ¿Organización? ¡Qué palabra tan gilipollesca para un tinglado como éste!

—Ésa es precisamente nuestra impresión. Falta de estructura, exceso de recursos, gestión insuficiente y demasiadas copas. Y sólo me refiero —añadió Harl— al redactor jefe.

—De los chistes me encargo yo —rezongó Ford.

—No —repuso Harl—. Usted se encargará de la columna gastronómica.

Lanzó una ficha de plástico sobre el escritorio. Ford no hizo ademán de recogerla.

—¿Que usted se encargará de qué?

—No. Yo, Harl. Usted, Prefect. Usted hará la columna gastronómica. Yo, redactor jefe. Yo, aquí sentado, le encargo la columna gastronómica. ¿Entendido?

—¿Columna gastronómica? —repitió Ford, demasiado perplejo todavía para enfadarse de veras.

—Siéntese, Prefect —ordenó Harl. Dio la vuelta en su sillón giratorio, se puso en pie y miró por la ventana las diminutas manchas que festejaban el carnaval veintitrés pisos más abajo.

—Es hora de levantar este negocio, Prefect —anunció bruscamente—. En empresas Dimensinfín somos…

—¿Empresas qué?

—Empresas Dimensinfín. Hemos adquirido todas las acciones de la Guía.

—¿Dimensinfín?

—Ese nombre nos ha costado millones, Prefect. Si no le gusta, ya puede ir recogiendo sus cosas.

Ford se encogió de hombros. No tenía nada que recoger.

—La Galaxia está cambiando —explicó Harl—. Hay que acomodarse a los cambios. Ir de acuerdo con el mercado, que está en ascenso. Nuevas aspiraciones. Nuevas técnicas. El futuro es…

—No me hable del futuro —le interrumpió Ford—. Yo he andado por todo el futuro. He pasado en él la mitad de mi vida. Es

lo mismo que en cualquier otra parte. Que en cualquier otro tiempo. Lo que sea. Lo mismo de siempre, sólo que con coches más rápidos y el aire más emponzoñado.

—Ése es un futuro —arguyó Harl—. Su futuro, si es que lo acepta. Tiene que aprender a pensar bajo un punto de vista multidimensional. Existe una infinidad de futuros que se extienden en todas direcciones a partir de este instante; desde aquí, desde ahora mismo. ¡Billones de futuros que se bifurcan a cada instante! ¡En toda posición que pueda adoptar cada posible electrón surgen billones de probabilidades! ¡Billones y billones de luminosos y radiantes futuros! ¿Sabe lo que significa eso?

—Se le cae la baba por la barbilla.

—¡Billones y billones de mercados!

—Entiendo —repuso Ford—. Así que venden billones y billones de Guías.

—No —repuso Harl, buscando el pañuelo sin encontrarlo—. Discúlpeme, pero este asunto me excita mucho.

Ford le tendió su toalla.

—No vendemos billones y billones de Guías —prosiguió Harl tras limpiarse la boca debido a los gastos—. Lo que hacemos es vender una Guía billones y billones de veces. Explotamos el carácter multidimensional del universo para reducir los costes de producción. Y no vendemos a esos autoestopistas sin un céntimo. ¡Qué idea tan absurda era ésa! Dirigirse al segmento del mercado que, más o menos por definición, no tiene dinero, y tratar de venderle el producto. No. Vendemos al viajante de comercio acomodado y a su ociosa mujer en un billón de futuros diferentes. Es la empresa más radical, dinámica y emprendedora de todo el infinito multidimensional del espacio tiempo probabilidad que haya existido jamás.

—Y usted pretende que yo sea su crítico gastronómico.

—Tendremos en cuenta sus prestaciones.

—¡Mata! —gritó Ford. Se dirigía a la toalla.

La toalla saltó de las manos de Harl.

No porque tuviera fuerza motriz propia, sino porque Harl se sobresaltó ante la idea de que pudiera tenerla. Volvió a sobresaltarse al ver que Ford Prefect se abalanzaba sobre él por encima del escritorio esgrimiendo los puños. En realidad, Ford sólo

pretendía apoderarse de la tarjeta de crédito, pero nadie ocupa un puesto como el de Harl sin desarrollar un sano sentido paranoide de la vida. Tomó la sensata precaución de lanzarse hacia atrás, se dio un fuerte golpe en la cabeza contra el cristal a prueba de cohetes y se sumió en unos sueños inquietantes y muy personales.

Ford, de bruces sobre el escritorio, se sorprendió de lo espléndidamente que había salido todo. Lanzó una rápida mirada al trozo de plástico que ahora tenía en la mano —era una tarjeta de crédito Nutr-O-Cuenta, con su nombre ya grabado y fecha de expiración a dos años vista, y posiblemente se trataba del objeto más emocionante que Ford hubiese visto jamás—, y luego trepó por el escritorio para examinar a Harl.

Respiraba acompasadamente. A Ford se le ocurrió que respiraría aun mejor sin el peso de la cartera oprimiéndole el pecho, de modo que se la sacó del bolsillo interior y le echó un vistazo. Una buena cantidad de dinero. Bonos de crédito. Tarjeta de socio del club Ultragolf. Tarjetas de otros clubs. Fotografías de la mujer y la familia de alguien, probablemente de Harl, pero en estos tiempos es difícil estar seguro. Con frecuencia, los atareados directivos carecen de tiempo para tener esposa y familia a tiempo completo y se contentan con alquilarlas para los fines de semana.

¡Ja!

No podía creer lo que acababa de encontrar.

De la cartera sacó despacio un trozo de plástico locamente excitante cobijado entre un puñado de recibos.

Su aspecto no era locamente excitante. En realidad era bastante soso, traslúcido, más pequeño y un poco más grueso que una tarjeta de crédito. Al ponerlo a contraluz se veía una holografía con información en clave y unas imágenes ocultas a unos pseudocentímetros bajo la superficie.

Era un Ident-i-Klar, y llevarlo en la cartera era algo temerario y estúpido por parte de Harl, aunque perfectamente comprensible. En aquellos días se estaba obligado a dar pruebas concluyentes de la propia identidad de tantísimas maneras distintas, que la vida podía resultar sumamente pesada únicamente por ese factor, sin contar los problemas profundamente existenciales de tratar de asumir una conciencia coherente en un universo físico epistemológicamente ambiguo. No hay más que fijarse en los cajeros automáticos, por

ejemplo. Colas de gente que esperaban la comprobación de las huellas dactilares, la exploración de la retina, el raspado de piel de la nuca y el análisis genético inmediato (o casi inmediato, unos buenos seis o siete segundos de tediosa realidad), para luego tener que contestar preguntas capciosas acerca de la familia que ya ni recordaban tener y de sus consignadas preferencias sobre el color de los manteles. Y eso sólo para conseguir un poco de dinero para los gastos del fin de semana. Si se pretendía pedir un préstamo para un coche a reacción, firmar un tratado sobre misiles o pagar toda la cuenta del restaurante, las cosas podían ser verdaderamente penosas.

De ahí el Ident-i-Klar, que codificaba todas las informaciones relativas al físico y la vida de una persona en una tarjeta de utilidad general que cualquier máquina podía leer y se llevaba cómodamente en la cartera, por lo que hasta la fecha representaba el mayor triunfo de la técnica tanto sobre sí misma como sobre el sentido común.

Ford se la guardó en el bolsillo. Acababa de ocurrírsele una idea extraordinaria. Se preguntó cuánto tiempo permanecería inconsciente Harl.

—¡Oye! —gritó al robot del tamaño de una sandía pequeña que continuaba baboseando de euforia por el techo—. ¿Quieres seguir siendo feliz?

El robot, gorgoteando, dijo que sí.

—Entonces ven conmigo y haz todo lo que yo te diga, sin falta.

El robot repuso que ya era bastante feliz donde estaba, en el techo, y que muchas gracias. Nunca se había imaginado cuánta excitación pura podía hallarse en un buen techo, y quería explorar más profundamente sus impresiones sobre los techos.

—Tú quédate ahí, que pronto volverán a capturarte —le advirtió Ford— y a ponerte otra vez tu chip condicionante. Si quieres seguir siendo feliz, ven conmigo.

El robot dejó escapar un largo y hondo suspiro de apasionada melancolía y se dejó caer a regañadientes del techo.

—Oye —le dijo Ford—. ¿Puedes hacer que el resto del sistema de seguridad siga contento unos minutos?

—Una de las alegrías de la verdadera felicidad —sentenció gorgojeando el robot— es compartirla. Desbordo, espumeo, reboso

de…

—Vale —le cortó Ford—. Sólo esparce un poco de felicidad por la red de seguridad. No comuniques información alguna. Sólo haz que se sientan bien para que no tengan necesidad de pedir datos.

Recogió la toalla y, alegremente, se dirigió corriendo hacia la puerta. La vida había sido un poco aburrida últimamente. Ahora tenía todos los indicios de volverse sumamente interesante.

7

Arthur Dent había estado en algunos sitios infectos a lo largo de su vida, pero jamás había visto un puerto espacial con un letrero que dijera: «Incluso viajar sin esperanza es mejor que venir aquí». Para dar la bienvenida a los visitantes, en el vestíbulo de llegadas se exhibía una foto del presidente de Ahoraqué, que sonreía. Era la única fotografía que podía encontrarse de él, y la habían tomado poco después de que se pegara un tiro, de modo que aun retocada lo mejor posible la sonrisa era más bien aterradora. Un lado de la cabeza estaba dibujado a lápiz. Y no habían cambiado de fotografía porque no se había encontrado sustituto para el presidente. Los habitantes habían tenido desde siempre una sola ambición, que era marcharse del planeta.

Arthur se registró en un pequeño motel de las afueras de la ciudad y se sentó abatido en la cama, que estaba húmeda, y hojeó el pequeño folleto informativo, que también estaba húmedo. Decía que el planeta Ahoraqué recibió el nombre de las primeras palabras pronunciadas por los primeros colonos que llegaron allí después de años luz de vagar por el espacio en un esfuerzo por alcanzar los más remotos e inexplorados confines de la Galaxia. La ciudad principal se llamaba

Pues-vaya.

No había más ciudades propiamente dichas. La colonización de Ahoraqué no había sido un éxito, y la clase de gente que verdaderamente quería vivir en aquel planeta no era muy recomendable para hacer vida en común.

El folleto mencionaba el comercio. La principal actividad económica era el comercio de pieles de puercos de las marismas, pero no estaba muy desarrollada porque nadie en su sano juicio quería comprar una piel de puerco de las marismas ahoraqueño. Dicho comercio sólo se mantenía a duras penas porque en la

Galaxia había un considerable número de gente que no estaba en su sano juicio. Arthur se había sentido muy incómodo observando a ciertos ocupantes de la pequeña cabina de pasajeros de la nave.

El folleto describía una parte de la historia del planeta. Era evidente que la intención de su autor había sido suscitar cierto entusiasmo por el lugar poniendo primero de relieve que no era frío y húmedo todo el tiempo, pero, al no poder añadir muchos rasgos positivos, el tono del artículo degeneraba rápidamente en cruel ironía.

Hablaba de los primeros años de colonización. Decía que las principales actividades llevadas a cabo en Ahoraqué consistían en la captura, desuello e ingestión de puercos de las marismas ahoraqueños, únicas formas de vida animal supervivientes en Ahoraqué, pues todas las demás habían muerto o desaparecido mucho tiempo atrás. Los puercos de las marismas eran criaturas pequeñas y maliciosas, y el escaso margen que les faltaba para ser completamente incomestibles era el motivo por el que aún quedaba vida en el planeta. Entonces, ¿qué ventajas había, por pequeñas que fuesen, para que mereciese la pena vivir en Ahoraqué? Bueno, pues ninguna. Ni una sola. Incluso el hacerse ropa de abrigo con pieles de puercos de las marismas era un esfuerzo inútil y decepcionante, ya que las pieles eran inexplicablemente tenues y permeables.

Eso provocó un montón de confusas conjeturas en los colonos. ¿Tenía el puerco de las marismas algún secreto para dar calor? Si alguien hubiera aprendido alguna vez el lenguaje que hablaban los puercos de las marismas, habría descubierto que no había ningún truco. Los puercos de las marismas eran tan fríos y húmedos como cualquier otra cosa del planeta. Nadie tuvo jamás el menor deseo de aprender el lenguaje de los puercos de las marismas por la sencilla razón de que dichas criaturas se comunicaban mediante fortísimos mordiscos en el muslo. Y en vista de cómo era la vida en Ahoraqué, la mayoría de las opiniones que un puerco de las marismas tuviese sobre la existencia podía expresarse fácilmente por ese medio.

Arthur hojeó el folleto hasta encontrar lo que buscaba. Al final había unos mapas del planeta. Eran bastante toscos y chapuceros, pues probablemente no tenían mucho interés para nadie, pero le revelaron lo que quería saber.

Al principio no se dio cuenta porque los mapas estaban puestos

en sentido contrario al que cabía esperar, y por tanto resultaban enteramente confusos. No cabe duda de que arriba y abajo, norte y sur, son denominaciones absolutamente arbitrarias, pero estamos acostumbrados a mirar las cosas de la forma en que estamos habituados a verlas, y Arthur tuvo que volver los mapas del revés para poder entenderlos.

En el extremo superior izquierdo de la página había una enorme masa de tierra que se estrechaba en una cintura diminuta y luego volvía a henchirse como una enorme coma. En la parte derecha había una amalgama de amplias formas que le resultaba familiar. Los contornos no eran exactamente los mismos, y Arthur ignoraba si se debía a la tosquedad del mapa, a que el nivel del mar era más alto. O, bueno, a que las cosas eran diferentes en aquel planeta. Pero los indicios eran concluyentes.

No cabía duda de que era la Tierra.

O, mejor dicho, no cabía duda de que no era la Tierra.

Simplemente se parecía mucho y ocupaba las mismas coordenadas del espacio temporales. Cualquiera sabía las coordenadas que ocupaba en la Probabilidad.

Suspiró.

Comprendió que, probablemente, aquello era lo más cerca de casa que iba a llegar. Lo que significaba que se encontraba lo más lejos posible de casa. Abatido, cerró de golpe el folleto y se preguntó qué demonios iba a hacer en aquella tierra.

Se permitió una sorda carcajada ante aquella ocurrencia. Consultó su viejo reloj y lo sacudió un poco para darle cuerda. Según su propia escala temporal, llegar allí le había costado un año de penosos viajes. Un año desde el accidente en el hiperespacio en el que Fenchurch había desaparecido como por ensalmo. En un momento dado estaba sentada junto a él en el Desplomjet; al momento siguiente la nave había dado un salto perfectamente normal en el hiperespacio y, cuando volvió a mirar, Fenchurch ya no estaba. Su asiento ni siquiera estaba caliente. Su nombre ni siquiera figuraba en la lista de pasajeros.

Cuando presentó la reclamación, la compañía mostró cierta inquietud. En los viajes espaciales ocurren muchas cosas extrañas, que suelen reportar un montón de dinero a los abogados. Pero cuando le preguntaron de qué sector galáctico procedían Fenchurch

y él contestó que de ZZ9 Plural Z Alfa, los de la compañía adoptaron una actitud de absoluta tranquilidad que no acabó de gustar a Arthur. Hasta se rieron un poco, aunque con simpatía, claro está. En el contrato del billete le indicaron una cláusula que recomendaba no viajar por el hiperespacio a los seres cuyo ciclo vital se hubiese originado en algunas de las zonas Plural, advirtiendo de que, si lo hacían, sería por su propia cuenta y riesgo. Todo el mundo lo sabía, le aseguraron. Se rieron un poco entre dientes y sacudieron la cabeza.

Al salir de las oficinas de la compañía, Arthur temblaba ligeramente. No sólo había perdido a Fenchurch de la forma más completa y absoluta posible, sino que le daba la impresión de que cuanto más tiempo pasaba en la Galaxia más parecía aumentar la cantidad de cosas de las que no tenía la menor idea.

Justo en el momento que más absorto estaba en aquellos vagos recuerdos, llamaron a la puerta de la habitación. Abrieron inmediatamente y apareció un individuo gordo y desgreñado con la única maleta de Arthur.

—¿Dónde le dejo…? —preguntó el recién llegado.

No llegó a decir más porque de pronto se produjo una violenta conmoción y se derrumbó pesadamente contra la puerta, tratando de desprenderse de un pequeña y asquerosa criatura que había surgido con un grito de la húmeda noche para clavarle los dientes en el muslo, traspasándole incluso la gruesa protección de cuero que llevaba en aquella parte. Hubo un breve y horrible barullo de insultos y golpes. El hombre gritó frenéticamente señalando algo con el dedo. Arthur cogió un pesado garrote colocado junto a la puerta expresamente para esas circunstancias y dio un trancazo al puerco de las marismas.

El animal se apartó súbitamente y retrocedió cojeando, aturdido y calamitoso. Se volvió con aire anhelante al extremo de la habitación, con la cola metida entre las patas traseras, y se quedó mirando nerviosamente a Arthur, sacudiendo la cabeza hacia un lado de forma incongruente y repetida. Parecía tener la mandíbula dislocada. Lloraba un poco y barría el suelo con la cola húmeda. Sentado en el umbral, el individuo gordo que traía la maleta de Arthur estaba soltando maldiciones, intentando contener la hemorragia del muslo. Tenía la ropa empapada de lluvia.

Arthur observó al puerco de las marismas sin saber qué hacer. El animal lo miraba con aire interrogativo. Trató de acercarse a él, haciendo ruiditos lastimeros y quejosos. Movía penosamente la mandíbula. De pronto saltó al muslo de Arthur, pero no tenía fuerza para apretar con la mandíbula dislocada y cayó al suelo, gimiendo tristemente. El individuo gordo se puso en pie de un salto, empuñó el garrote, golpeó al puerco de las marismas hasta dejarle los sesos hechos una pulpa pegajosa en la tenue alfombra, y permaneció inmóvil, jadeante, como desafiando al animal a que hiciese el más mínimo movimiento.

Entre los restos de la cabeza hecha puré, el globo de un ojo del puerco de las marismas miraba a Arthur con aire de reproche.

—¿Sabe usted qué quería decir? —preguntó Arthur con voz queda.

—Pues, nada de particular —contestó el hombre—. Sólo pretendía ser amable. Y ésta es nuestra manera de ser amables —añadió, blandiendo el garrote.

—¿Cuándo sale el próximo vuelo? —preguntó Arthur.

—Creía que acababa de llegar.

—Sí. No era más que una breve visita. Sólo quería ver si éste era el sitio indicado. Lo siento.

—¿Quiere decir que se ha equivocado de planeta? —preguntó el hombre en tono sombrío—. Es curioso, la cantidad de gente que dice eso. Sobre todo los que viven aquí.

Miró los restos del puerco de las marismas con un resentimiento profundo y ancestral.

—Oh, no. Es el planeta adecuado, ya lo creo —repuso Arthur, recogiendo el folleto húmedo que estaba sobre la cama y guardándoselo en el bolsillo—. Está bien, gracias. Me llevaré esto —añadió, cogiendo la maleta. Se dirigió a la puerta y miró afuera, hacia la noche fría y lluviosa.

—Sí, es el planeta adecuado, desde luego —repitió—. El planeta correcto y el universo equivocado.

Un pájaro describió círculos sobre su cabeza mientras él se ponía de nuevo en marcha hacia el puerto espacial.

8

Ford tenía su propio código ético. No es que fuese gran cosa, pero era suyo y, más o menos, se atenía a él. Una de sus normas consistía en no pagar jamás sus propias consumiciones alcohólicas. No estaba seguro de si eso era ético, pero uno ha de conformarse con lo que tiene. Era, asimismo, firme y absolutamente contrario a cualquier tipo de crueldad con los animales, con todos menos con las ocas. Y además nunca robaría a sus jefes.

Bueno, no exactamente robar.

Si el supervisor de sus facturas no empezaba a respirar demasiado fuerte ni lanzaba una alerta de seguridad para cerrar todas las salidas cuando le entregaba la relación de gastos, Ford tenía la impresión de que no estaba haciendo adecuadamente su trabajo. Pero robar era otra cosa. Morder la mano que te alimenta. Chupar de ella lo más posible, incluso darle algún mordisquito cariñoso estaba muy bien, pero nunca morderla de verdad. Sobre todo si la mano pertenecía a la Guía, que era algo sagrado y especial.

Pero eso, pensó Ford mientras avanzaba por el edificio agachándose y dando virajes, estaba cambiando. Y la culpa sólo la tenían ellos. No había más que mirar alrededor. Filas de pulcros cubículos grises para los oficinistas y lujosos estudios informatizados para los directivos. Todas las dependencias estaban inundadas del monótono murmullo de informes y actas que revoloteaban por las redes electrónicas. En la calle se jugaba a la Busca del Wocket por amor a Zark, pero allí, en el núcleo de las oficinas de la Guía no había nadie que, ni siquiera por descuido, diera patadas a un balón por los pasillos ni llevara ropa de playa de colores chocantes.

—Empresas Dimensinfín —rezongó Ford para sus adentros mientras pasaba airosamente de un corredor a otro. Las puertas se

abrían mágicamente a su paso sin pregunta alguna. Los ascensores le llevaban satisfechos adonde no debían. Ford se dirigía a la parte baja del edificio, siguiendo en general el camino más enrevesado y complejo posible. Su pequeño y feliz robot se encargaba de todo, esparciendo ondas de aquiescente alegría por todos los circuitos de seguridad que encontraba.

Ford pensó que necesitaba un nombre y decidió llamarlo Emily Sanders, como una chica de la que guardaba recuerdos muy cariñosos. Luego se le ocurrió que Emily era un nombre absurdo para un robot de seguridad y en cambio lo llamó Colin, como el perro de Emily.

Ahora circulaba por las más profundas entrañas del edificio, en zonas donde jamás había entrado, protegidas por una seguridad cada vez mayor. Empezaba a notar miradas perplejas en los agentes que encontraba. A aquel nivel de seguridad ya no se les consideraba personas. Y probablemente se ocupaban únicamente de las tareas propias de los agentes. Cuando llegaban a casa por la noche se volvían personas otra vez, y cuando sus hijos pequeños levantaban la vista hacia ellos y les preguntaban: «¿Qué has hecho hoy en el trabajo, papi?», se limitaban a contestar: «He desempeñado mis tareas de agente», sin dar más explicaciones.

Lo cierto era que ocurrían muchas cosas turbias tras la desenfadada y alegre fachada que a la Guía le gustaba adoptar, o que solía gustarle antes de que apareciese esa pandilla de Empresas Dimensinfín y empezase con sus oscuros tejemanejes. Había toda clase de fraudes fiscales, estafas, chanchullos y tratos dudosos sosteniendo el reluciente edificio, y abajo, en los inviolables niveles de investigación y proceso de datos, era donde se tramaba todo.

Cada pocos años la empresa instalaba sus actividades, junto con sus dependencias, en un mundo nuevo, y durante un tiempo todo eran risas y alegría mientras la Guía echaba raíces en la cultura y la economía locales, facilitando empleo, sentido de la fascinación y la aventura y, en el fondo, menos ingresos de lo que esperaban los habitantes del lugar.

Cuando la Guía se mudaba, llevándose el edificio consigo, se marchaba por la noche, casi como un ladrón. En realidad, exactamente igual que un ladrón. Solía largarse de madrugada y al día siguiente siempre se echaba en falta un montón de cosas. En su

estela se derrumbaban culturas y economías, con frecuencia al cabo de una semana, dejando a planetas que antes eran prósperos sumidos en la desolación y la neurosis de guerra, pero todavía con la sensación de haber participado en una gran aventura.

Los «agentes» que lanzaban miradas perplejas a Ford mientras seguía adentrándose en las profundidades de las zonas más secretas del edificio se tranquilizaban por la presencia de Colin, que volaba a su lado con un zumbido de plenitud emotiva facilitándole el paso a lo largo de las diversas etapas. Empezaban a sonar alarmas en otras partes del edificio. Quizá porque ya habían encontrado a Van Harl, lo que supondría un problema. Ford confiaba en volver a guardarle en el bolsillo el Ident-i-Klar antes de que volviese en sí. Bueno, ése era un problema que tendría que resolver después, y ahora no tenía ni idea de cómo hacerlo. De momento no había de qué preocuparse. Dondequiera que iba con el pequeño Colin, se veía rodeado por una capa de luz y dulzura y, cosa más importante, de ascensores dispuestos y condescendientes y de puertas extremadamente obsequiosas.

Ford incluso empezó a silbar, lo que probablemente fue un error.

A nadie le gustan las personas que silban, sobre todo a la divinidad que configura nuestro destino.

La siguiente puerta no se abrió.

Y fue una lástima, porque era precisamente a la que Ford se dirigía. Allí estaba, gris y cerrada a cal y canto, con un letrero que decía:

PROHIBIDA LA ENTRADA
INCLUSO AL PERSONAL AUTORIZADO.
ESTÁ PERDIENDO EL TIEMPO.
MÁRCHESE.

Colin informó de que, en general, las puertas era mucho más severas en aquellas zonas profundas del edificio.

Ahora se encontraban a unos diez niveles por debajo de la entrada. Había aire acondicionado y las elegantes paredes tapizadas de arpillera habían dado paso a toscos muros de acero remachados con tornillos. La exuberante euforia de Colin se había difuminado en una especie de voluntariosa animación. Dijo que se empezaba a cansar un poco. Le hacía falta toda su energía para inocular la menor afabilidad en aquella puerta.

Ford le dio una patada. La puerta se abrió.

—Una mezcla de placer y dolor —murmuró—. Siempre da resultado.

Cruzó el umbral y Colin entró volando tras él. Incluso con el cable conectado directamente en el electrodo del placer, su felicidad tenía cierto cariz nervioso. Hizo un pequeño reconocimiento, subiendo y bajando rápidamente.

La estancia era pequeña y gris. Había un murmullo.

Era el centro neurálgico de la empresa.

Los terminales informáticos alineados en las paredes grises eran ventanas abiertas a todos los aspectos de las actividades de la Guía. Allí, en la parte izquierda de la sala, se compilaban en la red Sub-Etha los informes enviados por los investigadores de campo desde todos los rincones de la Galaxia, y se transmitían a los despachos de los subredactores jefe, cuyas secretarias suprimían todos los pasajes interesantes porque ellos habían salido a comer. El artículo que quedaba se enviaba entonces a la otra mitad del edificio —la otra pata de la «H»—, que era el servicio jurídico. Ese departamento suprimía todos los pasajes restantes que aún parecían remotamente buenos y lo enviaban a los despachos de los redactores jefe, que también habían salido a comer. Entonces, las secretarias de los redactores jefe lo leían, afirmaban que era una estupidez y suprimían la mayor parte de lo que quedaba.

Por último, cuando alguno de los redactores jefe volvía dando tumbos de comer, exclamaba:

—¿Qué es toda esta mierda que X —donde «equis» representa el nombre del investigador de turno— nos ha enviado desde el otro extremo de la puñetera Galaxia? ¿Qué sentido tiene enviar a alguien a pasar tres ciclos orbitales completos en las malditas Zonas Mentales de Gagrakacka, con todo lo que está pasando por allí, si lo mejor que se molesta en mandarnos es este montón de intragable basura? ¡Que no le admitan los gastos!

—¿Qué hago con el artículo? —preguntaba la secretaria.

—Pues póngalo en la red. Algo tiene que circular por ahí. Me duele la cabeza, me voy a casa.

De modo que el artículo corregido pasaba por última vez por la censura y la hoguera del servicio jurídico y luego era enviado a

aquella sala, donde se transmitía a la red
Sub-Etha
para que pudiera recuperarse inmediatamente en cualquier punto de la Galaxia. De eso se encargaba la instalación que inspeccionaba y comprobaba los terminales de la parte derecha de la sala.

Mientras, la orden de denegación de la nota de gastos se transmitía al terminal del rincón derecho, que era hacia donde Ford se dirigía rápidamente en aquel momento.

Si está leyendo esto en el planeta Tierra, entonces:

a) Buena suerte. Hay un montón de cosas que usted ignora por completo, pero no es el único. Sólo que en su caso, las consecuencias de su ignorancia son especialmente horribles, pero bueno, oiga, así es como están ahora las cosas y no hay remedio.

b) En cuanto a saber qué es un terminal informático, ni lo sueñe.

(Un terminal informático no es ningún absurdo y anticuado aparato de televisión con una máquina de escribir delante. Sino una interfaz donde la mente y el cuerpo pueden conectar con el universo y mover de acá para allá algunas de sus partes).

Ford se apresuró hacia el terminal, se sentó frente a él y se sumergió rápidamente en el universo que le ofrecía.

No era el universo normal a que estaba acostumbrado. Era un universo de mundos tupidos, pliegues, topografías agrestes, picos escarpados, barrancos que cortaban la respiración, lunas que brincaban sobre hipocampos, grietas bruscas y malignas, océanos que se henchían en silencio, abismos que se precipitaban en círculos hacia un fondo insondable.

Permaneció quieto para tratar de orientarse. Controló la respiración, cerró los ojos y volvió a mirar.

Así que en eso era en lo que los contables empleaban el tiempo. Aquello tenía más miga de lo que parecía a primera vista. Miró bien, cuidando de que aquello no se dilatara ante sus ojos, ni se desdibujara ni le abrumara.

Estaba despistado en aquel universo. Ni siquiera conocía las leyes físicas que determinaban sus dimensiones o sus hábitos, pero el instinto le decía que buscase el rasgo más destacado y se lanzase hacia él.

A lo lejos, a una distancia incalculable —¿era uno o un millón de kilómetros, o acaso tenía una mota en el ojo?—, había una

pasmosa cumbre que se erguía en el cielo, sobresaliendo, ascendiendo y esparciéndose en floridos penachos[1], amalgamas[2] y archimandritas[3].

Se lanzó hacia ella, tumultuoso y agitadamente, y al fin la alcanzó en un abrir y cerrar de ojos absurdamente largo.

Se aferró a ella con los brazos extendidos, agarrándose fuertemente a su superficie llena de hoyos y ásperos relieves. Una vez convencido de que estaba bien asegurado, cometió el error de mirar hacia abajo.

Mientras se lanzaba hacia la cumbre, tumultuoso y agitadamente, la distancia que se abría a sus pies no le había inquietado excesivamente, pero ahora que se encontraba suspendido el abismo le encogía el corazón y le paralizaba la mente. Tenía los dedos blancos del dolor y la tensión. Hacía rechinar los dientes, que se golpeaban de forma incontrolada. Los ojos le giraban en las órbitas con oleadas procedentes de los más cimbreantes extremos del vértigo.

Con un enorme esfuerzo de voluntad y fe, simplemente se dejó caer y se dio un impulso hacia arriba.

Se sintió flotar. Y alejarse. Y luego, en contra de toda intuición, subir. Y subir.

Echó los hombros atrás, bajó los brazos, miró hacia arriba y se dejó arrastrar tranquilamente, cada vez más alto.

Al cabo de poco, en la medida en que tales términos tuviesen algún sentido en aquel universo virtual, salió a su encuentro un saliente al que podía agarrarse y trepar.

Alzó los brazos, se agarró, trepó.

Jadeó ligeramente. Aquello requería cierto esfuerzo.

Se sentó en el saliente, sujetándose bien. No estaba seguro de si para no caerse o para no elevarse, pero necesitaba aferrarse a algo mientras inspeccionaba el mundo en que se encontraba.

La altura, que se movía y giraba, le hizo rodar y le volvió la mente del revés hasta que, con los ojos cerrados y gimoteando, se encontró abrazado a la espeluznante pared de la gigantesca montaña.

Poco a poco fue recobrando la respiración. Se repitió que sólo estaba en una representación gráfica del mundo. En un universo virtual. En una realidad simulada. Podía salir de ella en seguida, en

cualquier momento.

Salió de ella.

Se encontraba sentado frente a un terminal informática en una silla giratoria de color azul, imitación de cuero, rellena de gomaespuma.

Se tranquilizó.

Estaba pegado a la pared de una cumbre increíblemente alta, colgado en un angosto saliente sobre un abismo de tales dimensiones que la cabeza le daba vueltas.

No era sólo que el paisaje se extendiese a tanta distancia de sus pies: deseó que dejara de girar y oscilar.

Le hacía falta un asidero. No en la pared de la roca, que era una ilusión. Tenía que encontrar algo a lo que agarrarse para dominar la situación, para ser capaz de mirar al mundo físico en que se encontraba al tiempo que se desprendía emocionalmente de él.

Se agarró bien mentalmente y entonces, igual que había salido de la pared de la cumbre, desechó la idea de altura y se encontró allí sentado, sano y salvo. Miró al mundo. Respiraba bien. Estaba tranquilo. De nuevo dominaba la situación.

Se hallaba en un modelo topológico cuadridimensional de los sistemas financieros de la Guía, y muy pronto alguien o algo querría saber por qué.

Y allí lo tenía.

A través del espacio virtual, se acercó en picado una pequeña bandada de malignas criaturas de ojos acerados, cabecitas puntiagudas y bigotes finos, que le preguntaron con displicencia quién era, qué hacía allí, qué autorización tenía, qué autorización tenía su agente de autorización, qué medidas tenía de pernera interior del pantalón y así sucesivamente. Rayos láser se desplazaban por todo su cuerpo como si fuese un paquete de galletas en la caja de un supermercado. Las pistolas láser de combate se mantenían, de momento, en la reserva. Daba igual que todo aquello ocurriese en el espacio virtual. El hecho de que un láser virtual lo matase virtualmente a uno en el espacio virtual era tan eficaz como en la propia realidad, porque se estaba igual de muerto.

Los lectores láser se excitaban cada vez más a medida que le recorrían las huellas dactilares, la retina y el contorno folicular por

donde su cuero cabelludo iba quedándose desnudo. Sus averiguaciones no les gustaban nada. El parloteo y los gritos con que formulaban preguntas insolentes y muy personales iban subiendo de tono. Un pequeño raspador quirúrgico se le aproximaba a la piel de la nuca cuando Ford, conteniendo el aliento y rezando muy poquito, sacó del bolsillo el Ident-i-Klar de Van Harl y lo agitó delante de las criaturas.

Al momento, todos los láser se concentraron en la pequeña tarjeta y, retrocediendo, acercándose y penetrando en su interior, estudiaron y leyeron hasta la última molécula.

Entonces, con la misma brusquedad, se detuvieron.

Toda la bandada de pequeños inspectores virtuales se puso en posición de firmes.

—Nos alegramos de verlo, míster Harl —dijeron al unísono—. ¿Podemos servirle en algo?

Ford esbozó una lenta y maliciosa sonrisa.

—¿Sabéis que me parece que sí?

Cinco minutos después había salido de allí.

Unos treinta segundos para hacer el trabajo y tres minutos con treinta segundos para borrar las pistas. Podía haber hecho lo que hubiese querido en la estructura virtual, o casi. Podía haber traspasado a su nombre la propiedad de toda la compañía, pero dudaba de que la operación hubiera pasado inadvertida. De todas formas, no le apetecía. Habría supuesto responsabilidades, pasarse las noches trabajando en el despacho, sin mencionar pesadas y largas investigaciones para descubrir fraudes ni una buena cantidad de tiempo en la cárcel. Quería algo que nadie notara salvo el ordenador: ésa era la parte que le llevó treinta segundos.

Lo que le llevó tres minutos y treinta segundos fue programar el ordenador para que no notase que había notado algo.

Debía negarse a saber lo que Ford se traía entre manos, y entonces él le dejaría racionalizar tranquilamente sus propias defensas contra la información que alguna vez surgiese. Era una técnica de programación diseñada a partir de esos bloqueos mentales un tanto psicóticos que, según se ha observado, se manifiestan invariablemente en algunas personas completamente normales cuando las eligen para un cargo político de importancia.

El otro minuto lo consumió en descubrir que el sistema del

ordenador ya tenía un bloqueo mental. Enorme.

No lo habría descubierto si no se hubiese dedicado a crear su propio bloqueo mental. Se encontró con un verdadero montón de lógicos y refinados procedimientos de rechazo, así como métodos secundarios de distracción, justo donde pensaba instalar el suyo. El ordenador rechazó todo conocimiento de ellos, claro está, y luego se negó rotundamente a aceptar que incluso hubiese algo cuyo conocimiento debiera rechazarse, y era tan convincente en todos los aspectos que Ford hasta llegó a pensar que debía de haber cometido un error.

Era impresionante.

Estaba tan impresionado, en realidad, que no se molestó en instalar sus propios procedimientos de bloqueo mental, limitándose a establecer llamadas entre los que ya existían, que luego se conectaban entre sí al ser interrogados, y así sucesivamente.

Se dispuso entonces a quitar los pocos códigos que había instalado y, para su sorpresa, descubrió que no estaban. Maldiciendo, los buscó por todas partes pero no encontró ni rastro de ellos.

Estaba a punto de empezar a instalarlos de nuevo cuando comprendió que no los encontraba porque ya estaban funcionando.

Esbozó una sonrisa de satisfacción.

Intentó descubrir cómo funcionaba el otro bloqueo mental del ordenador, pero naturalmente debía de estar protegido por un bloqueo mental. En realidad, era tan bueno que no pudo encontrar ni rastro de él. Se preguntó si no serían figuraciones suyas. Si no habría imaginado que tenía relación con algo del edificio, algo que ver con el número trece. Hizo unas cuantas pruebas. Sí, evidentemente se lo había imaginado.

Ya no había tiempo para rutas caprichosas, estaba claro que se había desencadenado una importante alerta de seguridad. Ford subió a la planta baja para tomar un ascensor directo desde allí. Tenía que arreglárselas para devolver el Ident-i-Klar al bolsillo de Harl antes de que lo echaran en falta. Pero no sabía cómo.

Al abrirse las puertas, apareció una numerosa cuadrilla de guardias y robots de seguridad que esperaban el ascensor esgrimiendo armas de peligroso aspecto.

Le ordenaron que saliese.

Encogiéndose de hombros, Ford dio un paso al frente. Empujándole groseramente, entraron en el ascensor para bajar a los niveles inferiores y seguir buscándolo.

Qué divertido, pensó Ford, dando a Colin una palmadita amistosa. Era el primer robot verdaderamente útil que había encontrado jamás. Colin iba delante de él, flotando en un estado de éxtasis gozoso. Ford se alegró de haberle puesto nombre de perro.

Estuvo muy tentado de marcharse en aquel preciso momento y confiar en que todo saliese bien, pero pensó que habría más posibilidades de éxito si Harl no descubría la falta de su Ident-i-Klar. Tenía que devolverla sin que se enterasen, como fuese.

Se dirigieron a los ascensores directos.

—¡Hola! —saludó el ascensor al que subieron.

—¡Hola! —contestó Ford.

—¿Adónde puedo llevaros hoy, amigos? —preguntó el ascensor.

—Al piso veintitrés.

—Parece un piso bastante solicitado —comentó el ascensor.

—Humm —murmuró Ford, sin gustarle el cariz que tenía aquello.

El ascensor iluminó el número veintitrés en el panel de los pisos y salió zumbando hacia arriba. A Ford le extrañó algo del panel, pero no logró determinarlo y lo olvidó. Le preocupaba más la idea de que el piso a que se dirigía estaba muy solicitado. No había pensado verdaderamente en cómo enfrentarse a lo que estuviera pasando allí porque ignoraba con qué iba a encontrarse. Pero tenía que estar preparado.

Ya habían llegado.

Las puertas se abrieron.

Calma siniestra.

Pasillo vacío.

La puerta del despacho de Harl estaba envuelta en una ligera capa de polvo. Ford sabía que aquel polvo consistía en billones de minúsculos robots moleculares que habían salido de la madera para ensamblarse entre sí, reconstruir la puerta, desmontarse y volver a penetrar en la madera, donde esperarían a que se produjeran nuevos desperfectos. Ford se preguntó qué clase de vida era aquélla, pero no por mucho tiempo, porque en aquel momento le preocupaba mucho más su propia vida.

Respiró hondo y echó a correr.

9

Arthur se encontró un poco perdido. Tenía ante sí toda una Galaxia, y se preguntó si no sería ruin de su parte el quejarse de que le faltaban dos cosas: el mundo en que había nacido y la mujer que amaba.

Había que fastidiarse, pensó, y sintió necesidad de orientación y consejo. Consultó la Guía del autoestopista galáctico. Buscó «orientación» y encontró: «Véase CONSEJO». Miró «consejo» y la Guía dijo: «Véase ORIENTACIÓN». Últimamente hacía muchas cosas por el estilo, y se preguntó si no le tendría más locuras reservadas.

Se dirigía al extremo confín oriental de la Galaxia donde, decían, se hallaba la verdad y la sabiduría, sobre todo en el planeta Hawalius, tierra de oráculos, profetas y adivinos, pero también de *pizzas* para llevar, porque la mayoría de los místicos eran absolutamente incapaces de prepararse la comida.

Parecía, sin embargo, que sobre aquel planeta había caído una especie de calamidad. Mientras Arthur paseaba por el pueblo donde vivía la mayor parte de los profetas, en las calles se respiraba cierto aire de desánimo. Se cruzó con un profeta que estaba cerrando su negocio con aire abatido y le preguntó qué ocurría.

—Ya no vienen a vernos —contestó el profeta en tono áspero mientras clavaba una tabla sobre la ventana de su cabaña.

—Ah. ¿Y por qué?

—Sujete el otro extremo de la tabla y se lo mostraré.

Arthur sostuvo el extremo sin clavar de la tabla y el viejo profeta se escabulló en las profundidades de la cabaña, de donde volvió a aparecer unos momentos después con una pequeña radio
Sub-Etha.
La encendió, movió un poco el dial y la colocó en un pequeño banco de madera donde solía sentarse a decir profecías. Luego volvió a sujetar la tabla y siguió dando martillazos.

Arthur se sentó a escuchar la radio.

… se confirmará —decía la radio—. Mañana, el Vicepresidente de Poffla Vigus, Roopy Ga Stip, anunciará su intención de presentarse a la Presidencia. En un discurso que mañana pronunciará en…

—Ponga otra emisora —le dijo el profeta. Arthur apretó el botón de preselección.

… se negó a hacer comentarios —dijo la radio—. La semana próxima, el número total de desempleados en el sector de Zabush será el peor desde que se empezó a llevar la cuenta. Un informe que se publicará el mes que viene dice que…

—Busque otra —gritó malhumorado el profeta. Arthur volvió a apretar el botón.

… lo negó categóricamente —dijo la radio—. El mes próximo, la boda real entre el príncipe Gid de la dinastía Soofling y la princesa Hooli de Raui Alfa será la ceremonia más espectacular que se haya visto jamás en los Territorios Bianyi. Nuestra enviada especial Trillian Astra nos envía su crónica desde allí.

Arthur pestañeó.

De la radio surgió el clamor de multitudes vitoreantes y el bullicio de una banda militar. Una voz muy familiar dijo:

—Pues bien, Krart, la escena que se desarrolla aquí, a mediados del mes que viene, es absolutamente increíble. La princesa Hooli está radiante, con un…

El profeta dio un manotazo a la radio, lanzándola del banco al polvoriento suelo, donde cacareó como un gallo desafinado.

—¿Ve con lo que tenemos que luchar? —gruñó el profeta—. Venga, sujete esto. Eso no, esto. No, así no. Con esto hacia arriba. Al contrario, estúpido.

—Estaba escuchando eso —se quejó Arthur, cogiendo torpemente el martillo del profeta.

—Igual que todo el mundo. Por eso este sitio parece un pueblo fantasma.

Escupió en el polvo.

—No, me refiero a que me parecía alguien conocido.

—¿La princesa Hooli? Si tuviera que ir por ahí saludando a todos los que conocen a la princesa Hooli, me harían falta unos pulmones nuevos.

—La princesa no —repuso Arthur—. La periodista. Se llama Trillian. No sé de dónde ha sacado el Astra. Es del mismo planeta que yo. Me pregunto por dónde andará.

—Pues últimamente anda por todo el continuo. Aquí no recibimos las emisoras de televisión tridimensional, desde luego, gracias al Gran Arkopoplético Verde, pero se la oye en la radio; va pindongueando de acá para allá por el espacio-tiempo. Esa joven quiere encontrar una era sin sobresaltos donde sentar la cabeza. Todo eso acabará en llanto. Probablemente ya habrá terminado así.

Blandió el martillo y se asestó un fuerte golpe en el pulgar. Empezó a hablar en varias lenguas.

El pueblo de los oráculos no era mucho mejor.

Le habían dicho que si buscaba un buen oráculo lo mejor era dirigirse al que consultaban los demás oráculos, pero estaba cerrado. A la entrada había un letrero que decía: «Ya no sé nada. Pruebe en la puerta de al lado, pero sólo es una sugerencia, no un consejo oficial del oráculo».

«La puerta de al lado» era una gruta a unos centenares de metros de distancia, y Arthur se puso en camino hacia ella.

Humo y vapor ascendían, respectivamente, de una fogata y de un puchero abollado suspendido sobre las llamas. Del puchero también salía un olor desagradable. Al menos, Arthur supuso que salía del puchero. Tendidas de una cuerda, se secaban al sol las vejigas infladas de una especie de cabra típica de la región y de ahí podía venir el olor. A una distancia inquietantemente escasa, había una pila de cadáveres de aquella especie de cabras y el tufillo también podía venir de allí.

Pero el olor podía proceder igualmente de la anciana ocupada en espantar las moscas de la pila de cadáveres. Era una tarea imposible porque cada mosca tenía más o menos el tamaño de un tapón y la anciana sólo utilizaba una raqueta de tenis de mesa. Además parecía cegata. De vez en cuando acertaba a una mosca con alguna de sus desenfrenadas paletadas y, tras un ruido sordo y sumamente gratificante, la mosca salía proyectada por los aires y acababa aplastada contra una roca a unos metros de la entrada de la cueva.

A juzgar por su semblante, daba la impresión de que la anciana vivía para esos momentos.

Arthur contempló durante un rato ese extraño ejercicio desde respetuosa distancia, y al fin tosió suavemente para tratar de llamar su atención. Pero, lamentablemente, la tos, suave y cortés, supuso la inhalación de atmósfera local en mayores cantidades que hasta entonces y, en consecuencia, Arthur sufrió un acceso de ronca expectoración que le derrumbó contra la roca, sofocado y anegado en lágrimas. Luchó por recobrar el aliento, pero cada nueva respiración empeoraba la cosas. Devolvió, medio ahogándose otra vez, se revolcó en el vómito, siguió rodando unos metros, logró al fin incorporarse con las manos y las rodillas y, jadeante, se arrastró en busca de aire más fresco.

—Disculpe —dijo, recobrando un poco el aliento—. De verdad que lo siento muchísimo. Me siento como un perfecto idiota y…

Hizo un gesto de impotencia hacia el pequeño montón de vómito esparcido ante la entrada de la cueva.

—¿Qué puedo decir? ¿Qué podría decir?

Al menos, eso llamó la atención de la anciana. Miró hacia él con aire receloso, pero como estaba medio ciega le resultaba difícil encontrarlo entre el paisaje velado y rocoso.

—¡Hola! —dijo Arthur, agitando la mano para ayudarla.

Al fin lo vio, gruñó para sus adentros y siguió matando moscas.

Por el modo en que se producían corrientes de aire cada vez que ella se movía, resultaba horrorosamente evidente que la principal fuente del mal olor procedía, en realidad, de la propia anciana. Las vejigas puestas a secar, los putrefactos cadáveres y la sopa malsana quizá aportasen violentas contribuciones a aquella atmósfera, pero la presencia olfativa más importante era la de la anciana.

Logró dar otro buen palmetazo a una mosca, que se estrelló contra la roca derramando sus entrañas de una forma que la anciana, si es que alcanzaba a ver a esa distancia, consideró claramente satisfactoria.

Tambaleándose, Arthur se puso en pie y se limpió con un puñado de hierba seca. No sabía qué más hacer para anunciar su presencia. Estuvo a punto de marcharse, pero le pareció vergonzoso dejar el vómito delante de la casa de aquella mujer. Se preguntó que podría hacer para limpiarlo. Recogió unos puñados de hierba seca y áspera que crecía aquí y allá.

Pero le dio por pensar que, si se acercaba al sitio donde había

devuelto, en vez de limpiarlo terminaría ensuciándolo más.

Justo cuando se debatía por decidir cuál era la mejor forma de proceder, empezó a darse cuenta de que la anciana finalmente le estaba diciendo algo.

—¿Cómo dice? —gritó Arthur.

—He dicho que si le puedo ayudar —dijo ella con una voz tenue y estridente que Arthur apenas alcanzó a oír.

—Pues, he venido a pedirle consejo —repuso él, sintiéndose un poco ridículo.

La anciana se volvió a mirarlo con expresión miope y luego le dio la espalda, dio un palmetazo a una mosca y falló.

—¿Sobre qué?

—¿Cómo dice? —repitió Arthur.

—He dicho sobre qué —casi gritó la anciana.

—Pues bueno, en realidad sólo quería una especie de consejo general. El folleto decía…

—¡Ja! ¡El folleto! —replicó la anciana con desprecio. Ahora parecía agitar la paleta más o menos al azar.

Arthur sacó el arrugado folleto del bolsillo. No sabía muy bien por qué. Ya lo había leído, y suponía que la anciana no querría leerlo. Lo abrió de todos modos para tener algo que mirar durante unos momentos, con el ceño fruncido y aire pensativo. El artículo del folleto seguía haciendo gala de ingenio sobre las antiguas artes místicas de los profetas y sabios de Hawalius, y exageraba disparatadamente sobre las plazas hoteleras del planeta. Arthur seguía llevando un ejemplar de la Guía del autoestopista galáctico pero, al consultarlo, comprobó que los artículos se volvían cada vez más confusos y paranoides, exhibiendo gran profusión de x, j, y… Algo no iba bien.

No sabía si se trataba de su aparato o de que en el núcleo mismo de la organización de la Guía algo o alguien andaba muy mal o simplemente sufría alucinaciones. Fuera lo que fuese, se sentía menos inclinado que de costumbre a confiar en ella, lo que significaba que no se fiaba ni un ápice, pues solía utilizarla para mirar algo mientras se comía el bocadillo sentado en una piedra.

La mujer se había vuelto y ahora se dirigía hacia él. Sin que se notara mucho, Arthur intentó calcular la dirección del viento, inclinándose a uno y otro lado mientras ella se acercaba.

—Consejo —dijo la anciana—. Consejo, ¿eh?

—Pues sí —repuso Arthur—. Sí, eso es…

Volvió a mirar el folleto con el ceño fruncido, como para asegurarse de que no había leído mal y había acabado estúpidamente en el planeta que no era o algo así. El folleto decía lo siguiente: «Los simpáticos habitantes de la zona se alegrarán de compartir con usted el conocimiento y la sabiduría de los antiguos. ¡Ahonde con ellos en los turbulentos misterios del pasado y el futuro!». También había unos cupones, pero Arthur estaba demasiado avergonzado para cortarlos o tratar de ofrecérselos a nadie.

—Conque consejo, ¿eh? —repitió la mujer—. Sólo una especie de consejo general, dice usted. ¿Sobre qué? ¿Sobre qué va a hacer en la vida, esas cosas?

—Sí —admitió Arthur—. Esa clase de cosas. Para serle absolutamente franco, es un problema con el que me encuentro a veces.

Con pequeños y rápidos movimientos, trataba desesperadamente de mantenerse contra el viento. Le sorprendió que la anciana le diera súbitamente la espalda y se dirigiese hacia la cueva.

—Entonces tendrá que ayudarme con la fotocopiadora.

—¿Con qué?

—Con la fotocopiadora —repitió la anciana, pacientemente—. Tendrá que ayudarme a sacarla fuera. Funciona con energía solar. Pero tengo que guardarla en la cueva, para que los pájaros no se caguen encima.

—Entiendo.

—Yo que usted respiraría hondo —murmuró la anciana al entrar con paso firme en la penumbra de la cueva.

Arthur siguió su consejo. En realidad, casi aspiró una cantidad excesiva de aire. Cuando pensó que tenía suficiente, contuvo el aliento y pasó al interior.

La fotocopiadora era un aparato viejo colocado sobre un carrito desvencijado. Estaba justo a la entrada del oscuro antro. Las ruedas estaban firmemente atascadas en direcciones opuestas, y el suelo era accidentado y pedregoso.

—Salga a respirar —le dijo la anciana. Arthur se estaba poniendo rojo al tratar de mover el aparato.

Asintió aliviado. Decidió que si a ella no le daba vergüenza, a él tampoco le daría. Salió, respiró unas cuantas veces y volvió a entrar para seguir levantando y empujando la maquina. Tuvo que repetir la operación varias veces hasta que al fin consiguieron sacarla.

El sol daba de plano. La anciana desapareció de nuevo en las profundidades de la cueva y volvió con unos paneles metálicos que conectó a la máquina para recoger la energía solar.

Miró al cielo con los ojos entornados. Brillaba el sol, pero había un poco de niebla y calma.

—Tardará un poco —anunció la mujer.

Arthur dijo que no le importaba esperar.

La anciana se encogió de hombros y, con paso resuelto, se acercó a la fogata. Sobre las llamas burbujeaba el contenido del puchero. La mujer lo removió con un palo.

—No querrá almorzar, ¿verdad? —preguntó a Arthur.

—Ya he comido, gracias —contestó Arthur—. No, de verdad. Ya he almorzado.

—No me cabe duda —confirmó la anciana. Siguió dando vueltas con el palo. Al cabo de unos minutos sacó un trozo de algo, lo sopló para que se enfriara un poco y se lo llevó a la boca.

Masticó con aire pensativo.

Luego se dirigió despacio al montón de cadáveres de los animales semejantes a cabras. Escupió sobre ellos el trozo que tenía en la boca y volvió renqueante al puchero. Intentó quitarlo del trípode del que colgaba.

—¿Puedo ayudarla? —se ofreció Arthur, poniéndose cortésmente en pie y apresurándose hacia ella.

Juntos descolgaron el puchero del trípode y lo bajaron por la pequeña cuesta que descendía desde la cueva hasta una hilera de pequeños y nudosos árboles que bordeaban una hondonada con mucha pendiente pero poco profunda, de la que emanaba toda una nueva gama de olores repulsivos.

—¿Preparado? —inquirió la anciana.

—Sí —dijo Arthur, aun sin saber para qué.

—A la una —dijo la anciana.

—A las dos —prosiguió la anciana.

—Y a las tres —concluyó la anciana.

Justo a tiempo, Arthur comprendió qué se proponía. Juntos

arrojaron el contenido del puchero a la hondonada.

Al cabo de un par de horas de incomunicativo silencio, la anciana decidió que los paneles solares habían absorbido la energía suficiente para que funcionase la máquina y desapareció en la cueva para buscar algo. Al fin salió con unos montones de papeles que fue pasando por la máquina.

Entregó las copias a Arthur.

—Entonces, éste es, humm, su consejo, ¿verdad? —dijo Arthur con aire de duda.

—No. Es la historia de mi vida. Mira, lo acertado de cualquier consejo que pueda dar una persona debe juzgarse con respecto a los aciertos que esa persona haya tenido en la vida. Ahora bien, si echas un vistazo a ese documento, verás que he subrayado todas las decisiones importantes que he tomado a lo largo de mi vida. Hay un índice, con referencias. ¿Lo ves? Lo único que te aconsejo es que tomes precisamente las decisiones contrarias de las que yo he tomado, y quizá no acabes al final… —hizo una pausa y se llenó los pulmones para proferir un buen grito—… ¡en una apestosa cueva como ésta!

Cogió la raqueta de pimpón, se remango, se dirigió con paso resuelto al montón de cadáveres de la especie de cabras y se lió a cazar moscas con un derroche de fuerza y vigor.

El último pueblo que visitó Arthur se componía únicamente de postes sumamente altos. Llegaban tan arriba que desde el suelo era imposible saber qué había al final, y Arthur tuvo que trepar a tres antes de encontrar uno en cuya cúspide hubiera algo más que una plataforma cubierta de excrementos de pájaros.

No era cosa fácil. Se subía escalando unos breves tacos de madera clavados al poste que ascendían en lentas espirales. Cualquier turista menos dispuesto que Arthur habría tomado un par de fotos para luego dirigirse inmediatamente al
Bar & Grill
más próximo, donde además podía comprar una variedad de tartas muy dulces y pegajosas para ir a comérselas delante de los ascetas. Pero la mayoría de los ascetas ya se habían marchado, sobre todo a consecuencia de eso. En realidad se habían marchado a establecer lucrativos centros de terapia en los mundos más prósperos del meandro noroccidental de la Galaxia, donde la vida resultaba unos

diecisiete millones de veces más fácil y el chocolate era simplemente fabuloso. Daba la casualidad de que los ascetas no conocían el chocolate antes de entregarse al ascetismo. La mayoría de los clientes que asistían a sus centros de terapia lo conocían demasiado bien.

En lo alto del tercer poste, Arthur se detuvo a tomar un respiro. Estaba sofocado y con mucho calor, porque cada poste medía unos quince o veinte metros. El mundo parecía girar vertiginosamente a su alrededor, pero eso no le inquietaba mucho. Sabía que, lógicamente, no moriría hasta que llegase a Stavrómula Beta, por lo que había adoptado una despreocupada actitud ante las situaciones de extremo peligro personal. Sentía cierto vértigo encaramado en lo alto de un poste a veinte metros de altura, pero lo combatió comiéndose un bocadillo. Estaba a punto de embarcarse en la lectura de las fotocopias que contaban la vida de la adivina, cuando sufrió un fuerte sobresalto al oír una tosecilla a su espalda.

Se volvió con tal brusquedad que soltó el bocadillo, y éste cayó dando vueltas por el aire y pareció bastante pequeño cuando aterrizó en el suelo.

A diez metros detrás de él había otro poste y, entre las tres docenas que formaban aquel bosque de postes dispersos, era el único cuya cima estaba ocupada. Por un anciano que, a su vez, parecía ocupado en profundos pensamientos que le hacían fruncir el entrecejo.

—Disculpe —dijo Arthur. El anciano no le hizo caso. Quizá no le oyó. Había un poco de brisa. Arthur había oído la tosecilla por pura casualidad.

—¿Oiga? —gritó Arthur—. ¡Oiga!

El anciano desvió al fin la vista hacia él. Pareció sorprendido de verlo. Arthur no sabía si estaba sorprendido y contento de verlo, o sólo sorprendido.

—¿Está abierto? —le preguntó Arthur.

El anciano arrugó el ceño sin comprender. Arthur no sabía si es que no le entendía o no le oía.

—Voy para allá. No se vaya.

Bajó a gatas de la estrecha plataforma y descendió rápidamente por los tacos en espiral. Al llegar al suelo estaba completamente mareado.

Se dirigió al poste en el que estaba sentado el anciano y de pronto se dio cuenta de que el descenso le había desorientado y ya no estaba seguro de cuál era.

Miró alrededor en busca de algún punto de referencia y lo encontró.

Trepó. No era aquél.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Disculpe! —repitió dirigiéndose al anciano, que ahora se encontraba justo delante de él, a unos doce metros de distancia—. Me he despistado. En un momento estoy con usted.

Volvió a bajar, molesto y con mucho sofoco.

Cuando llegó, sudando y jadeante, a lo alto del poste que con toda seguridad era el bueno, se dio cuenta de que, por lo que fuese, el anciano le estaba tomando el pelo.

—¿Qué quieres? —le gritó malhumorado el anciano, sentado ahora en lo alto del poste en el que, según reconoció Arthur, se había estado comiendo el bocadillo.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí? —le preguntó Arthur, pasmado.

—¿Crees que te voy a decir así, por las buenas, lo que me ha costado descubrir cuarenta primaveras, veranos y otoños de estar sentado en lo alto de un poste?

—¿Y los inviernos?

—¿Qué pasa con los inviernos?

—¿En invierno no se sienta en ningún poste?

—Sólo porque me pase sentado en un poste la mayor parte de la vida no significa que sea un imbécil. En el invierno me voy al Sur. Tengo una casa en la playa. Me siento en la chimenea.

—¿Puede dar un consejo a un viajero?

—Sí. Que se consiga una casa en la playa.

—Entiendo.

El anciano miró al cálido, seco y árido paisaje. Desde donde estaba, Arthur apenas alcanzaba a ver a la anciana, una mancha diminuta en la distancia, que brincaba de un lado para otro cazando moscas.

—¿La ves? —preguntó de pronto el anciano.

—Sí. En realidad, la he consultado.

—¡Mucho que sabe ésa! Me quedé con la casa de la playa porque ella la rechazó. ¿Qué consejo te dio?

—Que hiciese exactamente lo contrario de lo que ella había hecho.

—En otras palabras, que te busques una casa en la playa.

—Supongo que sí. Bueno, a lo mejor me compro una.

—Humm.

El horizonte estaba bañado en una fétida calma.

—¿Algún otro consejo? —preguntó Arthur—. ¿Que no tenga que ver con bienes raíces?

—Una casa en la playa es algo más que eso. Es un bien espiritual —aseguró el anciano, volviéndose para mirar a Arthur.

Extrañamente, el rostro de aquel hombre sólo estaba ahora a sesenta centímetros de distancia. En cierto modo, presentaba una forma enteramente normal, pero su cuerpo estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un poste a doce metros de distancia mientras que su rostro parecía estar a sesenta centímetros de la cara de Arthur. Sin mover la cabeza ni hacer nada raro, se puso en pie y pasó a la punta de otro poste. O sólo era efecto del calor, pensó Arthur, o el espacio era una dimensión diferente para él.

—Una casa en la playa no tiene por qué estar necesariamente en la playa. Aunque las mejores sí lo están —sentenció el anciano, que añadió—: A todos nos gusta emplazarnos en condiciones límite.

—¿De veras?

—Donde la tierra se une al agua. Donde la tierra se funde con el aire. Donde el cuerpo se disuelve en la mente. Donde el espacio se convierte en tiempo. Nos gusta estar en un lado y mirar al otro.

Arthur sintió una tremenda emoción. Eso era exactamente lo que prometía el folleto. Ahí tenía un hombre que parecía moverse a través de alguna suerte de espacio Escher y decía cosas verdaderamente profundas sobre toda clase de cosas.

Aunque le ponía nervioso. El anciano pasaba ahora del poste al suelo, del suelo a un poste, de poste a poste, de poste al horizonte y al revés: estaba dejando completamente en ridículo al universo espacial de Arthur.

—¡Deténgase, por favor! —gritó Arthur, de pronto.

—No lo puedes soportar, ¿eh? —contestó el anciano. Sin hacer el menor movimiento ya estaba allí otra vez, sentado con las piernas cruzadas en lo alto de un poste a unos 12 metros de Arthur —, has venido a pedirme consejo, pero no aguantas nada que no te

resulte familiar. Humm. Así que tendremos que decirte algo que ya sepas, pero de forma que te resulte una novedad, ¿no? Pues vuelta a la normalidad, supongo.

Suspiró, mirando a lo lejos con los ojos entornados y expresión sombría.

—¿De dónde eres, muchacho?

Arthur decidió comportarse de manera inteligente. Estaba harto de que todo el que se encontraba le tratase como a un perfecto imbécil.

—¿Sabe lo que vamos a hacer? —dijo Arthur—. Pues mire. Ya que es adivino, ¿por qué no me lo dice usted?

—Sólo estaba dándote conversación —repuso el anciano, suspirando de nuevo y pasándose la mano de un lado a otro de la nuca. Al llevarla de nuevo hacia adelante, tenía un globo terráqueo girando sobre su dedo índice. Era inconfundible. Lo hizo desaparecer. Arthur se quedó atónito.

—¿Cómo lo ha…?

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué no? Yo vengo de ahí.

—No puedes ver lo que yo veo porque ves lo que ves. No puedes saber lo que yo sé porque sabes lo que sabes. Lo que veo y lo que sé no puede añadirse a lo que ves y lo que sabes porque son cosas de distinta especie. Ni tampoco puede sustituir lo que ves y lo que sabes porque eso supondría sustituirte a ti mismo.

—Espere un momento, ¿lo puedo anotar? —preguntó Arthur, rebuscando entusiasmado en el bolsillo en busca de un lápiz.

—En el puerto espacial puedes coger un ejemplar —le sugirió el anciano—. Tienen estanterías llenas de estas cosas.

—Ah —dijo Arthur, decepcionado—. Bueno, ¿no hay nada más específico para mí?

—Todo lo que ves, oyes o sientes de la forma que sea, es específicamente tuyo. Tú creas un universo al percibirlo, de modo que todo lo que percibes en ese universo es específicamente tuyo.

Arthur lo miró con aire de duda.

—¿Eso también lo puedo encontrar en el puerto espacial?

—Compruébalo.

—El folleto dice —indicó Arthur, sacándolo del bolsillo y mirándolo de nuevo— que pueden darme una oración

especialmente hecha para mí y mis necesidades.

—Ah, muy bien. Ahí va una oración para ti. ¿Tienes un lápiz?

—Sí.

Dice así. Vamos a ver: «Líbrame de saber lo que no necesito saber. Líbrame hasta de saber que existen conocimientos que desconozco. Líbrame de saber que he decidido no saber nada de las cosas que he resuelto ignorar. Amén». Eso es todo. De todas formas, no es más que lo que repites en tu fuero interno sin abrir los labios, así que bien puedes decirlo abiertamente.

—Humm. Pues, gracias…

—Hay otra oración muy importante que acompaña a ésa —prosiguió el anciano—, así que será mejor que la anotes también.

—Muy bien.

Dice así: «Señor, Señor, Señor…». Es mejor añadir eso, por si acaso. Nunca se sabe. «Señor, Señor, Señor. Líbrame de las consecuencias de la oración anterior. Amén». Y ya está. La mayoría de los problemas con que la gente se topa en la vida vienen de que se olvida de esta última parte.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un sitio que se llama Stavrómula Beta?, —preguntó Arthur.

—No.

—Bueno, pues gracias por su ayuda —concluyó Arthur.

—De nada —repuso el anciano sentado en el poste, y desapareció.

10

Ford se arrojó contra la puerta del despacho del director, se hizo una bola cuando el marco crujió y cedió de nuevo, rodó rápidamente por el suelo hasta el elegante sofá gris de cuero arrugado e instaló tras él su base de operaciones estratégica.

Ése era el plan, al menos.

Lamentablemente, el elegante sofá gris de cuero arrugado no estaba.

¿Por qué tiene la gente —se preguntó Ford mientras giraba en el aire, daba una sacudida, se lanzaba en picado y se guarecía tras el escritorio de Harl— esa estúpida obsesión de cambiar los muebles del despacho cada cinco minutos?

¿Por qué sustituir, por ejemplo, un sofá gris de cuero arrugado que, si bien bastante descolorido, hacía buen servicio, por lo que tenía toda la apariencia de un pequeño carro blindado?

¿Y quién era aquel tío grande con un lanzacohetes al hombro? ¿Alguien de la oficina principal? Imposible. Aquélla era la oficina principal de la Guía. Al menos lo había sido. Sabía Zarquon de dónde serían aquellos tipos de Empresas Dimensinfín. De ningún sitio con mucho sol, a juzgar por el color y la textura de su piel de babosa. Todo aquello era un desatino, pensó Ford. La gente relacionada con la Guía debía ser de sitios soleados.

Había varios, en realidad, y todos parecían llevar más armas y blindaje de lo que suele esperarse en directivos de una empresa, incluso en el agitado y turbulento mundo de los negocios de hoy.

Pero era demasiado suponer, desde luego. Suponía que aquellos individuos altos, de cuello de toro y cara de babosa tenían algo que ver con Empresas Dimensinfín, pero era una suposición razonable y se alegró al ver que en el blindaje llevaban un logotipo que decía «Empresas Dimensinfín». Albergaba, sin embargo, la alarmante sospecha de que no se trataba de una reunión profesional. Tenía,

además, la inquietante impresión de que, en cierto modo, aquellas criaturas le resultaban conocidas. Familiares, sí, pero con un atuendo extraño.

Bueno, ya llevaba en la habitación más de dos segundos y medio y pensó que probablemente ya era hora de hacer algo constructivo. Podría tomar un rehén. Eso estaría bien.

Vann Harl estaba en su sillón giratorio con aire alarmado, pálido y tembloroso. Probablemente le habían dado alguna mala noticia, además de un mal golpe en la nuca. Ford se puso en pie de un salto y se lanzó hacia él.

Con el pretexto de atenazarlo por el cuello con una buena doble Nelson, Ford logró introducirle subrepticiamente la Ident-i-Klar en el bolsillo interior.

¡Hecho!

Lo que había venido a hacer ya estaba hecho. Ahora sólo tenía que largarse de allí soltando un discurso.

—Muy bien —dijo—. Yo…

El individuo grande del lanzacohetes se volvió hacia Ford Prefect para ponerlo en su punto de mira, cosa que Ford no pudo dejar de tachar de conducta irresponsable.

—Yo… —prosiguió. Pero entonces, en un impulso repentino, decidió agacharse.

Hubo un rugido ensordecedor mientras brotaban llamas de la parte posterior del arma y un cohete salía disparado por delante.

El proyectil pasó junto a Ford y dio en el ventanal, que por la fuerza de la explosión se hinchó como una vela entre una lluvia de un millón de fragmentos. El ruido y la presión del aire reverberaron por la habitación en una enorme onda expansivo, lanzando por la ventana un par de sillas, un archivador y a Colin, el robot de seguridad.

¡Ah! Así que después de todo no son totalmente a prueba de cohetes, pensó Ford. A alguien habría que decirle un par de cosas. Soltó a Harl y trató de decidir por qué lado echaría a correr.

Estaba rodeado.

El tipo alto del lanzacohetes estaba situándose en posición de efectuar otro disparo.

Ford no tenía ni idea de qué hacer.

—Oiga —dijo con voz firme. Pero no estaba seguro de cuántas

cosas como «Oiga» dichas con voz firme tendría que decir para contenerlo, y no le sobraba el tiempo. Qué coño, pensó, sólo se es joven una vez, y se lanzó por la ventana. Al menos, con eso mantendría el elemento sorpresa de su parte.

11

Lo primero que tenía que hacer, comprendió resignado Arthur Dent, era buscarse una vida. Lo que suponía encontrar un planeta en el que hubiese vida. Tenía que ser un planeta donde pudiese respirar, estar de pie y sentarse sin sentir molestias gravitatorias. Debía ser un sitio que tuviese bajos niveles de ácido y donde las plantas no fuesen realmente agresivas.

—No me gustaría parecer antrópico en esto —comentó a la extraña criatura sentada tras el mostrador del Centro Asesor de Nuevas Colonizaciones de Pintelton Alfa—, pero preferiría vivir en alguna parte donde la gente se pareciese vagamente a mí. Ya sabe. Seres humanos.

Detrás del mostrador, la extraña criatura movió las antenas, aún más extrañas, y pareció bastante sorprendida. Se escurrió del asiento y avanzó despacio arrastrándose por el suelo, ingirió el viejo archivador metálico y luego, con un gran eructo, excretó el cajón pertinente. Sacó de la oreja dos relucientes tentáculos, extrajo unas carpetas, se tragó de nuevo el cajón y vomitó el archivador. Volvió a rastras, se encaramó de nuevo al asiento dejando un rastro de baba y dio un palmetazo con las carpetas en el mostrador.

—¿Ve algo de su agrado? —preguntó.

Arthur hojeó nerviosamente unos papeles mugrientos y húmedos. Sin duda se encontraba en algún lugar remoto de la Galaxia, a la izquierda del universo que comprendía y reconocía. En el espacio donde debería estar su propia casa había ahora un planeta rústico y abominable, anegado de lluvia, poblado de malhechores y puercos de las marismas. Incluso la Guía del autoestopista galáctico sólo funcionaba de forma irregular en aquella parte, razón por la cual se veía obligado a hacer esa especie de indagaciones en aquellos sitios. Siempre preguntaba por Stavrómula Beta, pero nadie había oído hablar de ese planeta.

Los mundos existentes parecían bastante tétricos. Eran poco prometedores porque él no tenía mucho que ofrecer. Se sintió como una verdadera calamidad al comprender que, aunque procedía de un mundo con automóviles, ordenadores, *ballet* y armagnac, personalmente no sabía nada de esas cosas. No sabía hacerlas. Abandonado a sus propios recursos, era incapaz de fabricar un tostador. Podía hacerse un bocadillo, eso era todo. No había mucha demanda de sus servicios.

Se le cayó el alma a los pies. Y le sorprendió, porque pensaba que ya se le había caído lo más bajo posible. Cerró un momento los ojos. Tenía tantos deseos de estar en casa. Cómo deseaba que su mundo, la Tierra en la que había crecido, no hubiera sido demolido. Deseaba tanto que cuando volviera a abrir los ojos se encontrara a la puerta de su casita en la campiña occidental de Inglaterra, con el sol brillando sobre las verdes colinas, la furgoneta de correos subiendo por el sendero, los narcisos floreciendo en el jardín, mientras a lo lejos la taberna abría a la hora de comer. Tenía tantas ganas de llevarse el periódico a la taberna para leerlo mientras se bebía una pinta de cerveza. Cuánto le apetecía hacer el crucigrama. Sentía unos enormes deseos de quedarse atascado en el 17 vertical.

Abrió los ojos.

La extraña criatura emitía irritadas pulsaciones hacia él, tamborileando sobre el mostrador con una especie de pseudópodos.

Arthur sacudió la cabeza y miró el siguiente papel.

Siniestro, pensó. Y el siguiente.

Muy tétrico. Y el siguiente.

Ah… Aquél sí parecía mejor.

Era un mundo llamado Bartledán. Tenía oxígeno. Colinas verdes, incluso renombre, según parecía, por su cultura literaria. Pero lo que más despertó su interés fue la fotografía de un grupo de barteldanos en la plaza de un pueblo que sonreían agradablemente a la cámara.

—¡Ah! —exclamó, tendiendo la fotografía a la extraña criatura de detrás del mostrador.

Sus ojos se proyectaron hacia adelante sobre unos pedúnculos y recorrieron el papel de arriba abajo, untándolo todo con un rastro de baba.

—Sí —comentó con desprecio—. Tienen exactamente el mismo

aspecto que usted.

Arthur viajó a Barteldán y, con el dinero que le habían dado por la venta de saliva y recortes de uñas de los pies en un banco de ADN, compró una habitación en el pueblo retratado en la fotografía. Era muy agradable. El aire era suave. La gente tenía su mismo aspecto y no parecía importarle su presencia. No le atacaron con nada. Se compró ropa y un armario para guardarla.

Ya tenía una vida. Ahora tenía que encontrarle un sentido.

Al principio trató de sentarse a leer. Pero la literatura de Barteldán, aunque famosa en todo aquel sector de la Galaxia por su gracia y sutileza, no parecía capaz de mantener su interés. El problema era que no versaba efectivamente sobre los seres humanos. Ni sobre lo que querían los seres humanos. Los barteldanos se parecían considerablemente a los seres humanos, pero cuando se les decía «Buenas tardes» tendían a mirar alrededor con cierto aire de sorpresa, olfateaban el aire y contestaban que sí, seguramente hacía buena tarde, ahora que Arthur lo decía.

—No, lo que quiero es desearle que pase usted una buena tarde —decía Arthur o, mejor dicho, solía decir. Pronto empezó a evitar esas conversaciones. Y añadía: Quiero decir que espero que pase usted una buena tarde.

Más perplejidad.

—¿Desear? —preguntaba al fin el barteldano, desconcertado y cortés.

—Pues sí —decía entonces Arthur—. Sólo expreso la esperanza de que…

—¿Esperanza?

—Sí.

—¿Qué es esperanza?

Buena pregunta, pensaba Arthur, retirándose a su habitación a pensar sobre las cosas de la vida.

Por una parte, no tenía más remedio que reconocer y respetar lo que aprendía de la concepción del universo que tenían los bateldanos, que consistía en que el universo era lo que era. O lo tomas o lo dejas. Por otro lado no podía dejar de pensar que el no querer nada, ni siquiera desear o esperar, era simplemente antinatural.

Natural. Esa era un palabra engañosa.

Tiempo atrás había comprendido que muchas de las cosas que él consideraba naturales, como comprar regalos de Navidad, detenerse ante un semáforo en rojo o caer a razón de diez metros por segundo, no eran más que hábitos de su propio mundo y no significaban necesariamente lo mismo en cualquier otro sitio; pero no desear, eso no podía ser natural, ¿verdad? Sería igual que no respirar.

Respirar era otra cosa que tampoco hacían los barteldanos, pese al oxígeno de su atmósfera. Simplemente estaban ahí. De vez en cuando echaban alguna carrera y jugaban al tenis y a otras cosas (aunque sin deseo de ganar, claro; sólo jugaban y, quien ganara, había ganado), pero en realidad nunca respiraban. Por lo que fuese, era innecesario. Arthur aprendió en seguida que jugar al tenis con ellos resultaba demasiado inquietante. Aunque tenían aspecto humano, se movían y hablaban como personas, no respiraban y no experimentaban deseo alguno.

Por otro lado, respirar y desear era casi todo lo que Arthur hacía a lo largo del día. A veces deseaba cosas con tal intensidad que respiraba con agitación y tenía que tumbarse un rato. Solo. En su pequeña habitación. Tan lejos del mundo donde había nacido que su cerebro ni siquiera podía realizar las necesarias operaciones de cálculo sin quedarse completamente agotado.

Mejor no pensarlo. Prefería sentarse a leer; o lo hubiese preferido en caso de que hubiera habido algo que mereciese la pena leer. Pero en las historias barteldanas nadie quería nunca nada. Ni siquiera un vaso de agua. Si tenían sed iban a buscarlo, desde luego, pero si no estaba a su alcance no volvían a pensar en ello. Acababa de leer un libro entero donde el protagonista, tras realizar diversas actividades a lo largo de una semana, como trabajar en el jardín, jugar bastantes partidos de tenis, ayudar a reparar una carretera y hacer un hijo a su mujer, moría inesperadamente de sed justo antes del último capítulo. Irritado, había hojeado el libro hacia atrás y al final encontró una referencia de pasada a cierto problema de fontanería en el capítulo segundo. Eso era todo. Así que aquel tipo se moría. Suele pasar.

Eso ni siquiera era el punto culminante del libro, porque no lo había. El personaje moría hacia la tercera parte del penúltimo capítulo, y el resto de la narración versaba de nuevo sobre la

reparación de carreteras. La novela simplemente se caía muerta a la palabra número cien mil, porque ésa era la extensión de los libros en Bartledán.

Arthur arrojó el libro al otro extremo del cuarto, vendió la habitación y se marchó. Se puso a viajar con desordenado abandono, dedicándose cada vez más al trueque de saliva, uñas de pies y manos, sangre, pelo y cualquier otra cosa que le pidieran, por viajes. Descubrió que por semen podría viajar en primera clase. No se instalaba en parte alguna, sólo existía en el mundo hermético y crepuscular de las cabinas de naves hiperespaciales, comiendo, bebiendo, durmiendo, viendo películas, parando únicamente en los puertos a donar más ADN y tomar la siguiente nave de largo recorrido. Sin dejar de esperar que le ocurriese otro accidente.

Cuando se intenta que ocurra el accidente que conviene, el problema es que no sucede. Ése no es el sentido de «accidente». El que finalmente ocurrió no era el que Arthur andaba buscando. La nave en que viajaba empezó a emitir señales luminosas en el hiperespacio, fluctuó horriblemente entre noventa y siete puntos diferentes de la Galaxia al mismo tiempo, recibió el inesperado tirón del campo gravitatorio de uno de ellos, que correspondía a un planeta inexplorado, quedó atrapada en su atmósfera exterior y, con un silbido y a toda velocidad, empezó a precipitarse por ella.

Los sistemas de la nave protestaron durante toda la caída, anunciando que la normalidad era absoluta y todo marchaba perfectamente, pero cuando dio una última y turbulenta pirueta arrancando bárbaramente casi un kilómetro de árboles para acabar estallando en una desbordante bola de fuego, quedó claro que no era así.

Las llamas engulleron el bosque, se mantuvieron hasta bien entrada la noche y entonces, como obliga la ley a los fuegos imprevistos de determinado tamaño, se apagaron por completo. Otros fuegos pequeños siguieron estallando poco después cuando algunos restos de la nave explotaron calladamente en sitios desperdigados. Luego se apagaron a su vez.

Debido al puro aburrimiento de interminables viajes interplanetarios, Arthur Dent era el único de a bordo que conocía verdaderamente los procedimientos de seguridad de la nave en caso de aterrizajes inesperados, y en consecuencia fue el único

superviviente. Aturdido, herido y maltrecho, yacía en una envoltura esponjosa de plástico rosa enteramente estampada con la leyenda de «Usted lo pase bien» escrita en unas trescientas lenguas.

Negros y estrepitosos silencios le inundaban de náuseas la mente destrozada. Con una especie de resignada certidumbre sabía que no iba a morir, porque aún no había llegado a Stavrómula Beta.

Tras lo que pareció una eternidad de dolor y oscuridad, notó que unas figuras silenciosas se movían a su alrededor.

12

Ford se desplomó por el aire entre una nube de esquinas de cristal y trozos de silla. No había pensado bien las cosas, otra vez, limitándose a improvisar y ganar tiempo. En momentos de crisis importantes, con frecuencia le había resultado provechoso el pasar rápidamente revista a su vida. Le daba la oportunidad de reflexionar, de ver las cosas con cierta perspectiva, y a veces le brindaba una pista fundamental sobre qué hacer a continuación.

El suelo ascendía a su encuentro a una velocidad de diez metros por segundo, pero pensó abordar ese problema cuando llegara a él. Cada cosa a su tiempo.

Ah, ahí estaba. Su niñez. Era una parte monótona, ya la había repasado antes. Las imágenes se sucedieron con rapidez. Época aburrida en Betelgeuse Cinco. Zaphod Beeblebrox de niño. Sí, sabía todo aquello. Deseó tener un mando de rebobinado rápido en el cerebro. La fiesta de su séptimo cumpleaños, cuando le regalaron su primera toalla. Vamos, vamos.

Iba dando vueltas y retorciéndose al caer, y a aquella altura el aire le estremecía los pulmones de frío. Trató de no inhalar cristales.

Los primeros viajes a otros planetas. ¡Oh, por amor de Zark, aquello era como un documental antes de la película! Los primeros tiempos de su trabajo en la Guía.

¡Ah!

Aquéllos sí eran buenos tiempos. Trabajaban frente a una cabaña en el Atolón Bwenelli de Fanalla, antes de la invasión de riktanaralos y los danquedos. Media docena de tíos, unas toallas, un puñado de aparatos informáticos de gran complejidad y, lo más importante, muchos sueños. No, lo más importante era el ron fanallano. Para ser absolutamente precisos, el aguardiente OI Janx era lo más importante, luego el ron fanallano, y también algunas

playas del Atolón que frecuentaban las chicas de por allí, pero los sueños también eran importantes. ¿Qué había pasado con ellos?

En realidad no recordaba muy bien en qué consistían, pero entonces tenían una enorme importancia. Desde luego no incluían aquella gigantesca torre de oficinas por cuyo costado estaba cayendo ahora. Todo eso había empezado cuando algunos miembros del equipo original quisieron sentar la cabeza y se volvieron ambiciosos mientras él y otros se quedaban sobre el terreno, investigando, haciendo autoestop, alejándose cada vez más de la pesadilla empresarial en que inevitablemente se había convertido la Guía y de la monstruosidad arquitectónica que había terminado ocupando. ¿Qué pintaban los sueños en todo eso? Pensó en los abogados de la empresa, que ocupaban la mitad del edificio, los «agentes» de los niveles inferiores, los redactores jefe y sus secretarias, los abogados de sus secretarias, las secretarias de los abogados de sus secretarias y, lo peor de todo, los contables y el departamento comercial.

Casi deseó seguir cayendo. Y hacerles a todos el signo de la victoria.

Ahora pasaba por el piso decimoséptimo, donde estaba el departamento comercial. Un montón de borrachuzos que discutían sobre el color que debía darse a la Guía, haciendo gala de su talento infinitamente infalible para ver las cosas muy fáciles después de pasadas. Si alguno de ellos se hubiera asomado a la ventana en aquel momento, se habría alarmado al ver a Ford Prefect caer frente a ellos hacia una muerte segura mientras le hacía rápidamente el signo de la victoria.

Piso dieciséis. Subredactores jefe. Mamones. ¿Qué pasaba con el original que le habían cortado? Quince años de investigaciones que había acumulado yendo de un planeta a otro y se lo dejaban reducido a dos palabras: «Fundamentalmente inofensiva». Signos de la victoria para ellos también.

Piso quince. Administración logística, a saber qué sería eso. Todos tenían coches grandes. De eso se trataba, pensó.

Piso catorce. Personal. Tenía la muy astuta sospecha de que eran ellos quienes habían tramado sus quince años de exilio mientras la Guía se transformaba en aquel monolito empresarial (o mejor dicho, en un duolito, no había que olvidar a los abogados).

Piso trece. Investigación y desarrollo.

Un momento.

Piso trece.

Tenía que pensar bastante rápido, pues la situación se estaba volviendo un tanto apremiante.

De pronto recordó el panel de pisos del ascensor. No tenía piso trece. No le había dado importancia porque, después de pasar quince años en la Tierra, planeta bastante atrasado y supersticioso con el número trece, estaba acostumbrado a estar en edificios que no tenían piso trece. Pero ahí no había razón.

Las ventanas del piso trece, según observó en el instante en que pasó rápidamente frente a ellas, tenían cristales oscuros.

¿Qué estaba pasando allí? Empezó a recordar todo lo que había dicho Harl. Una sola Guía, nueva y multidimensional, difundida en un número infinito de universos. De la forma en que lo había explicado Harl, parecía un absoluto disparate ideado por el departamento comercial con el apoyo de los contables. Si consistía en algo más serio, entonces era una idea descabellada y muy peligrosa. Había algo de verdad en ello. ¿Qué ocurría tras las oscuras ventanas del clausurado piso trece?

Ford sintió una creciente punzada de curiosidad, seguida de una creciente punzada de pánico. Ésa era su lista completa de sensaciones ascendentes. En todos los demás aspectos, seguía cayendo a toda velocidad. Tendría que empezar realmente a pensar en cómo iba a salir vivo de aquella situación.

Miró hacia abajo. A unos cien metros de sus pies empezaba a congregarse gente. Algunos miraban expectantes hacia arriba. Dejándole sitio. Suspendían la maravillosa y enteramente necia Busca del Wocket.

Lamentaría decepcionarlos, pero no se había dado cuenta hasta entonces de que a unos setenta centímetros debajo de él tenía a Colin, que iba feliz y contento, meciéndose a la espera de que decidiese qué hacer.

—¡Colin! —gritó Ford.

Colin no respondió. Ford se quedó helado. Entonces recordó de pronto que no le había dicho que se llamaba Colin.

—¡Ven aquí!

Colin se puso a su altura con una breve sacudida. Disfrutaba

inmensamente del viaje en picado, y esperaba que a Ford también le gustase.

Su mundo se tornó inesperadamente negro cuando la toalla de Ford lo envolvió de pronto. Se sentía muchísimo más pesado. Le encantaba y emocionaba el desafío que Ford le había presentado. Sólo estaba un tanto inseguro de si podría afrontarlo, nada más.

La toalla formaba un cabestrillo sobre Colin. Ford iba colgando de la toalla, agarrado a las puntas. Otros autoestopistas consideraban conveniente modificar las toallas de extraña manera, entretejiéndolas de toda clase de herramientas y cosas prácticas, incluso equipos informáticos. Ford era un purista. Le gustaba que las cosas no perdieran la sencillez. Llevaba una toalla normal y corriente, de una de tantas tiendas de artículos domésticos. Incluso conservaba el dibujo de flores azul y rosa pese a sus repetidos intentos de decolorarla y lavarla a la piedra. Llevaba entretejidos un par de alambres, un lápiz flexible y ciertas sustancias nutritivas embebidas en una de las puntas del tejido para que le resultara fácil chupetearlas en caso de emergencia, pero por lo demás era una toalla sencilla con la que uno se podía secar la cara.

La única modificación real que un amigo le convenció de hacer fue reforzar las costuras.

Ford se agarraba a las costuras como un loco. Seguían bajando, pero a menos velocidad.

—¡Arriba, Colin! —gritó.

Nada.

—¡Te llamas Colin! ¡Así que cuando yo diga «Arriba, Colin», quiero que tú, Colin, empieces a subir! ¿De acuerdo? ¡Arriba, Colin!

Nada. O mejor dicho, una especie de amortiguado gruñido de Colin. Ford estaba muy inquieto. Ahora descendían muy despacio, pero a Ford le inquietaba mucho el tipo de gente que se estaba congregando en el suelo. Los simpáticos habitantes del lugar se estaban dispersando y, de lo que normalmente suele llamarse la nada, parecían surgir unos tipos fuertes, corpulentos, de cuello de toro y cara de babosa armados con lanzacohetes. La nada, como muy bien saben todos los viajeros galácticos experimentados, está en realidad sumamente cargada de problemas multidimensionales.

—¡Arriba! —volvió a gritar Ford—. ¡Arriba, Colin, arriba!

Colin hacía fuerza y gruñía. Se encontraban más o menos

parados en el aire. Ford sintió que se le rompían los dedos.

—¡Arriba!

Siguieron inmóviles.

—¡Arriba, arriba, arriba!

Una babosa se estaba preparando para lanzarle un cohete. Ford no podía creerlo. Estaba colgado de una toalla en el aire y una babosa se disponía a dispararle un cohete. No se le ocurrían más cosas que hacer y empezaba a preocuparse seriamente.

Era una de esas situaciones delicadas en que solía acudir a la Guía en busca de consejo, por fácil o exasperante que fuese, pero no era el momento de meter la mano en el bolsillo. Además, la Guía ya no parecía ser un amigo y aliado, sino una fuente de peligros. Estaba suspendido en el aire junto las oficinas de la Guía, por amor de Zark, a punto de perder la vida a manos de sus actuales propietarios. ¿Qué había pasado con los sueños que vagamente recordaba haber tenido en el Atolón Bwenelli? No debieron abandonarlos. Tenían que haberse quedado allí. En la playa. Amando a mujeres buenas. Viviendo de la pesca. En cuanto se pusieron a colgar pianos de cola sobre la piscina de monstruos marinos del patio interior, debió comprender que algo no iba bien. Empezó a sentirse completamente incapaz y desdichado. Los dedos agarrotados le ardían de dolor. Y el tobillo le seguía doliendo.

Ay, tobillo, gracias, pensó amargamente. Gracias por recordarme tus problemas en este momento. Espero que te des un buen baño de pies que te haga sentirte mucho mejor, ¿verdad? ¿O te conformarías con que me...?

Se le ocurrió una idea.

La babosa blindada se llevó el lanzacohetes al hombro. Presumiblemente, el cohete estaba concebido para acertar a cualquier cosa que se cruzase en su camino.

Ford trató de no sudar, notaba que se le escurrían los dedos de las costuras de la toalla. Con la punta del pie bueno golpeó el talón del otro zapato, empujándolo hacia fuera.

—¡Sube, maldita sea! —murmuró en tono desesperado a Colin, que se esforzaba alegremente por subir pero no lo conseguía. Ford siguió apalancando en el talón del zapato.

Intentó calcular el momento preciso, pero no tenía sentido. Había que hacerlo, y se acabó. Sólo tenía una oportunidad, nada

más. Ya se había sacado el talón del zapato. Sintió alivio en el tobillo torcido. Vaya, qué bien, ¿no?

Con el otro pie dio una patada al talón del zapato. Se le soltó del pie y cayó por el aire. Medio segundo después un cohete salió disparado por el cañón del lanzador, encontró el zapato en su camino, se dirigió derecho hacia él y estalló con la gran satisfacción del deber cumplido.

Eso ocurría a unos cinco metros del suelo.

La onda expansiva se dirigió hacia abajo. Donde medio segundo antes había estado una patrulla de directivos de Empresas Dimensinfín armados de lanzacohetes en medio de una elegante plaza con pulidas baldosas procedentes de las antiguas canteras de alabastro de Zentalquabula, ahora había un pequeño cráter lleno de repulsivos pedacitos.

Una gran oleada de aire caliente brotó del cráter, lanzando violentamente a Ford y Colin por los aires. Ford luchó desesperada y ciegamente por sujetarse, pero no lo consiguió. Giró inútilmente describiendo una parábola y, cuando llegó al punto más alto, hizo una pausa y empezó a caer de nuevo. Cayó y cayó y de pronto chocó malamente con Colin, que seguía subiendo.

Se aferró desesperadamente al pequeño robot esférico. Colin se desvió bruscamente hacia la fachada de la torre de oficinas, tratando encantado de dominarse y aminorar la marcha.

El mundo giró desagradablemente en torno a la cabeza de Ford mientras ambos daban vueltas y se retorcían el uno sobre el otro y entonces, de forma igualmente nauseabunda, todo se detuvo de pronto.

Ford, aturdido, se encontró depositado en el alféizar de una ventana.

Vio caer la toalla, extendió la mano y la cogió.

Colin se mecía en el aire a unos centímetros de distancia.

Aturdido, magullado, sangrando y sin aliento, Ford miró a su alrededor. El alféizar en donde estaba encaramado de forma precaria sólo tenía treinta centímetros de ancho, y estaba a trece pisos de altura.

Trece.

Sabía que estaban a trece pisos de altura porque las ventanas eran de cristales oscuros. Tenía un enfado tremendo. Había

comprado aquellos zapatos a un precio ridículo en una tienda del Lower West Side de Nueva York. A consecuencia de ello, había escrito un artículo entero sobre las alegrías que proporciona el buen calzado, todo lo cual se había ido al garete en el naufragio del «Fundamentalmente inofensiva». Todo a hacer puñetas.

Y ahora había perdido uno de esos zapatos. Echó atrás la cabeza y miró al cielo.

No habría sido una tragedia tan siniestra si aquel planeta no hubiese sido demolido, en cuyo caso podría haberse comprado otro par.

Claro que, dada la infinita extensión oblicua de la probabilidad, había una multiplicidad casi infinita de planetas Tierra. Pero, bien pensado, un buen par de zapatos no era al que se pudiese sustituir vagando a tontas y a locas por el espacio-tiempo multidimensional.

Suspiró.

Vaya, mejor sería que lo tomara por el lado bueno. Al menos le había salvado la vida. De momento.

Estaba encaramado a un alféizar de treinta centímetros de ancho en la fachada de un edificio, y no estaba del todo seguro de que eso valiese un buen zapato.

Miró aturdido por los oscuros cristales.

Estaba tan negro y silencioso como una tumba.

No. Qué idea tan ridícula. Había asistido a fiestas magnificas en algunas tumbas.

¿Percibía algún movimiento? No estaba seguro. Parecía distinguir una especie de extraña sombra aleteante. A lo mejor sólo era sangre que le corría por las pestañas. Se la limpió por si acaso. Vaya, cómo le encantaría tener una granja en alguna parte y criar ovejas. Volvió a atisbar por la ventana, tratando de distinguir la sombra, pero le daba la impresión, tan corriente en el universo de hoy, de que sufría una especie de ilusión óptica y de que sus ojos le estaban gastando auténticas putadas.

¿Había un pájaro allí dentro? ¿Era eso lo que escondían en un piso clausurado detrás de cristales oscuros a prueba de cohetes? ¿La pajarera de alguien? Desde luego, allí había algo que movía las alas, pero más que un pájaro parecía un agujero en forma de pájaro.

Cerró los ojos, cosa que quería hacer desde hacía rato. No sabía qué coño hacer. ¿Saltar? ¿Trepar? No creía que hubiese medio de

entrar por las buenas. De acuerdo, el cristal supuestamente a prueba de cohetes no había resistido como debía al recibir un impacto real, pero se trataba de un cohete disparado a corta distancia y desde dentro, cosa que probablemente no habían pensado los ingenieros que lo concibieron. Eso no suponía que pudiese romperlo envolviéndose la mano en la toalla y dando un puñetazo. Qué coño, lo intentó de todas formas y se hizo daño en la mano. Y gracias a que no pudo dar mucho impulso desde donde estaba, pues entonces podría haberse hecho mucho más daño. Al reconstruir el edificio de arriba abajo tras el ataque de Ranastro, le pusieron sólidos refuerzos y, aunque eran las oficinas mejor blindadas del mundo editorial, Ford pensaba que siempre habría algún fallo en cualquier sistema ideado por un comité empresarial. Ya había encontrado uno. Los ingenieros que proyectaron las ventanas no habían contado con que disparasen un cohete a corta distancia y desde dentro, de modo que los cristales habían fallado.

De manera que habría que pensar en algo que los ingenieros no esperasen de una persona sentada en el alféizar.

Se estrujó el cerebro un momento hasta que se le ocurrió.

Lo que no esperaban era que estuviese allí sentado. Sólo un completo imbécil haría eso, así que ya partía con ventaja. Un error corriente que suelen cometer los diseñadores de cualquier cosa a prueba de tontos, es subestimar el ingenio de un tonto de remate.

Sacó del bolsillo su tarjeta de crédito recién adquirida, la introdujo en una grieta entre el cristal y el marco, e hizo algo que un cohete no hubiera podido hacer. La removió un poco. Notó que se deslizaba un pestillo. Abrió la ventana corriéndola hacia un lado y, a causa de la carcajada que soltó, a punto estuvo de caerse del alféizar. Dio las gracias al sistema de la Gran Ventilación y Disturbios Telefónicos de SrDt 3454.

Al principio, la Gran Ventilación y Disturbios Telefónicos de SrDt 3454 era sólo un dispositivo lleno de aire caliente. Ése era precisamente el problema que la ventilación debía solventar, y en general lo había resuelto medianamente bien hasta que se inventó el aire acondicionado, que lo solucionaba con muchas más vibraciones.

Lo que estaba muy bien siempre que se aguantara el ruido y el goteo. Luego apareció otra cosa aún más atractiva y elegante que el

aire acondicionado, que se denominó Control Climático de Construcción.

Eso sí que era estupendo.

Las principales diferencias con el aire acondicionado corriente consistían en su precio asombrosamente inferior, y suponía una enorme cantidad de complejos cálculos y aparatos de regulación que, a cada momento, averiguaban mejor que nadie qué clase de aire quería respirar la gente.

También suponía que, para tener la seguridad de que nadie estropeara los complejos cálculos que el sistema hacía en su beneficio, todas las ventanas del edificio estaban cerradas a cal y canto desde el momento de la construcción. Eso es cierto.

Mientras se instalaban los sistemas, mucha gente que trabajaba en los edificios mantenía con los operarios del sistema Respir-O-Ingenio el siguiente tipo de conversaciones:

—Pero ¿qué pasa si queremos abrir las ventanas?

—Con el nuevo Respir-O-Ingenio no tendrán por qué abrirlas.

—Sí, pero supongan que simplemente queremos abrirlas un poquito.

—No tendrán por qué abrirlas ni siquiera un poco. El nuevo sistema Respir-O-Ingenio ya se encargará de eso.

—Hummm.

—¡Que disfruten del Respir-O-lngenio!

—Muy bien, ¿y si el Respir-O-Ingenio se estropea, funciona mal o algo así?

—¡Ah! Una de las características más ingeniosas del Respir-O-Ingenio consiste en que es imposible que funcione mal. Así que ninguna preocupación por ese lado. Disfruten de su respiración y que lo pasen bien.

(Por supuesto, a consecuencia de la Gran Ventilación y Disturbios Telefónicos de SrDt 3454, todos los instrumentos mecánicos, eléctricos, mecánico-cuánticos, hidráulicos, o incluso de aire, vapor o pistones, han de llevar ahora una leyenda grabada en alguna parte. Por pequeño que sea el objeto, los diseñadores han de encontrar el modo de comprimir la leyenda en algún sitio, porque no va destinada necesariamente a la atención del usuario, sino a la suya).

La leyenda dice lo siguiente:

«La principal diferencia entre un objeto que puede funcionar mal y un objeto que no puede estropearse, es que cuando un objeto que no puede funcionar mal se estropea, normalmente resulta imposible repararlo».

Fuertes oleadas de calor empezaron a coincidir, con una precisión casi mágica, con fallos importantes del sistema Respir-O-Ingenio. Al principio eso simplemente causó un acceso de rabia contenida y algunas muertes por asfixia.

El verdadero horror surgió el día que ocurrieron tres hechos a la vez. El primer acontecimiento fue una declaración formulada por el Respir-O-Ingenio en la que anunciaba que sus sistemas daban mejores resultados en climas templados.

El segundo, la paralización del sistema Respir-O-Ingenio en un día especialmente húmedo y caluroso, con la consiguiente evacuación de muchos centenares de miembros del personal, que al salir a la calle se encontraron con el tercer acontecimiento: una alborotada turba de operadores del servicio interurbano de teléfonos, tan hartos de repetir a todas las horas del día «Gracias por utilizar la BS&S» a cualquier imbécil que descolgaba un teléfono, que acabaron por salir a la calle con cubos de basura, megáfonos y rifles.

Durante las jornadas siguientes a la matanza, todas las ventanas de la ciudad, ya fuesen o no a prueba de cohetes, fueron destrozadas al grito de: «¡Cuelga, gilipollas! Me importa un pito el número que quieras. ¡Métete un cohete por el culo! ¡Yijáaa! ¡Ju, ju, ju! ¡Bluum! ¡Graj, graj!». Aparte de toda una variedad de ruidos animales que no tenían oportunidad de practicar en sus diarias actividades laborales.

El resultado fue que a los operadores se les concedió el derecho a decir «¡Utilice BS&S y muérase!» al menos una vez por hora cuando contestaban al teléfono, y todas las oficinas debían tener ventanas que pudiesen abrirse, aunque sólo fuese un poquito.

Otra consecuencia inesperada fue un descenso espectacular del índice de suicidios. Toda clase de directivos en ascenso o víctimas del estrés que durante los oscuros tiempos de la tiranía del Respir-O-Ingenio se veían obligados a tirarse al tren o darse una puñalada, ahora podían encaramarse simplemente a sus propias ventanas y saltar al vacío cuando les diera la gana. Pero solía pasar que en el

momento en que tenían que mirar alrededor y armarse de valor descubrían de pronto que lo único que verdaderamente les hacía falta era respirar aire fresco, una nueva perspectiva de las cosas y quizá también una granja donde criar unas cuantas ovejas.

Otro resultado absolutamente imprevisto fue que Ford Prefect, encaramado al decimotercer piso de un edificio pesadamente blindado y sin más armas que una toalla y una tarjeta de crédito, pudo ponerse a salvo pasando a través de una ventana supuestamente a prueba de cohetes.

Tras dejar pasar a Colin, cerró cuidadosamente la ventana y empezó a buscar aquel objeto en forma de pájaro.

Lo que descubrió sobre las ventanas fue lo siguiente: como las habían modificado para que pudieran abrirse después de diseñarlas para ser inamovibles, eran, en realidad, mucho menos seguras que si las hubieran concebido desde el principio para que pudieran abrirse.

Vaya, vaya, qué curiosa es la vida, estaba pensando, cuando de pronto se dio cuenta de que la habitación en la que tantos esfuerzos le había costado irrumpir no era muy interesante.

Se detuvo, sorprendido.

¿Dónde estaba la extraña forma aleteante? ¿Dónde había algo que justificara toda aquella necedad, el extraordinario velo de misterio que parecía cubrir aquella habitación y la igualmente extraordinaria secuencia de acontecimientos que parecían haber conspirado para conducirlo hasta allí?

La habitación, como cualquier otra del edificio, estaba decorada con un color gris de un buen gusto asombroso. En la pared había mapas y dibujos. La mayoría no le decían nada, pero entonces descubrió algo que parecía un boceto de algún cartel.

Tenía un logotipo de una especie de pájaro, y un lema que decía: «Guía del autoestopista galáctico Mk 11: lo más asombroso que jamás se haya visto de cualquier cosa». Ninguna otra información.

Ford volvió a mirar alrededor. Luego su atención fue centrándose poco a poco en Colin, el robot de seguridad absurdamente feliz que, extrañamente, farfullaba de miedo acurrucado en un rincón.

Qué raro, pensó Ford. Miró en torno para ver qué producía aquella reacción en Colin. Entonces vio algo en lo que no se había

fijado antes, tranquilamente colocado sobre un banco de trabajo.

Era un objeto circular, negro, más o menos del tamaño de un disco pequeño. Tanto la parte de arriba como la de abajo eran suaves y convexas, de modo que parecía un disco de lanzamiento de peso ligero.

Sus caras ofrecían el aspecto de ser completamente lisas, continuas y sin rasgos característicos.

No hacía nada.

Entonces Ford observó que tenía algo escrito. Qué raro.

Hacía un momento no había nada escrito y ahora, de repente, tenía eso. Entre ambos estados no pareció haber transición alguna.

Lo único que decía, en letras pequeñas y alarmantes, era una sola palabra:

ASÚSTESE

Hacía un momento no había marca ni grieta alguna en su superficie. Ahora sí. Y aumentaban de tamaño.

Asústese, decía la Guía Mk 11. Ford empezó a seguir la recomendación. Acababa de recordar por qué le resultaban familiares las criaturas semejantes a babosas. Su color básico era una especie de gris empresarial, pero en todos los demás aspectos eran exactamente igual que los vogones.

13

La nave aterrizó suavemente en vertical al borde del ancho claro, a unos cien metros del pueblo.

Llegó súbita e inesperadamente, pero con un mínimo de alboroto. Poco antes era una tarde absolutamente normal de principios de otoño —las hojas empezaban a cobrar un tono rojizo y dorado, el río volvía a ensancharse con las lluvias de las montañas del Norte, el plumaje de los pájaros pikka se espesaba ante el presentimiento de las próximas heladas del invierno, los Animales Completamente Normales iniciarían en cualquier momento su atronadora migración por las llanuras y el Anciano Thrashbarg empezaba a murmurar mientras caminaba renqueante por el pueblo, murmullo que significaba ensayo y elaboración de las historias ocurridas el año pasado y que contaría cuando las tardes se acortaran y la gente no tuviera otro remedio que reunirse en torno al fuego para escucharle, refunfuñar y decir que no lo recordaban así—, y en un momento se había plantado allí una nave espacial, reluciente bajo el cálido sol otoñal.

Emitió unos zumbidos y luego se inmovilizó.

No era una nave grande. Si los habitantes del pueblo hubiesen sido expertos en naves espaciales, habrían visto en seguida que era bien maja, una pequeña y elegante Hrundi de cuatro camarotes con todas las opciones del folleto menos la Estabilisis Vectoidal Avanzada, que sólo gustaba a los horteras. Con la Estabilisis Vectoidal Avanzada se podía tomar limpiamente una curva bien cerrada en torno a un eje temporal trilateral. De acuerdo, es un sistema algo más seguro, pero la conducción se hace pesada.

Los aldeanos ignoraban todo eso, desde luego. Allí, en el remoto planeta de Lamuella, la mayoría de la gente no había visto nunca una nave espacial, desde luego ninguna en una sola pieza, y aquélla, con sus cálidos destellos a la luz del atardecer, era lo más

extraordinario que les había ocurrido desde el día que Kirp pescó un pez con una cabeza en cada extremo.

Todos enmudecieron.

Mientras que momentos antes dos o tres docenas de personas andaban de un lado para otro, charlando, cortando leña, acarreando agua, molestando a los pájaros pikka o simplemente intentando apartarse con toda cortesía del camino del Anciano Thrashbarg, de pronto se interrumpió toda actividad y todos se volvieron a mirar pasmados aquel objeto extraño.

Bueno, no todos. Los pájaros pikka tendían a asombrarse de cosas completamente distintas. Una hoja de lo más corriente inesperadamente caída sobre una piedra les hacía dar saltitos en un paroxismo de confusión; todas las mañanas la salida del sol les pillaba enteramente por sorpresa, pero la llegada de una nave extraña procedente de otro mundo simplemente no lograba despertarles el mínimo interés. Prosiguieron con su kar, rit y huk mientras picoteaban la tierra en busca de semillas; el río continuó con su tranquilo y espacioso burbujeo.

Además, no cesó el fuerte rumor de una canción desentonada que salía de la última choza.

De pronto, con un clic y un leve zumbido, en la nave se abrió una rampa que se desplegó hacia abajo. Luego, aparte de la estrepitosa canción de la última choza a la izquierda, durante unos minutos no pareció pasar nada más. El objeto permaneció simplemente donde estaba.

Algunos aldeanos, sobre todo los niños, empezaron a acercarse un poco para verlo más de cerca. El Anciano Thrashbarg trató de alejarlos a gritos. Lo que estaba pasando precisamente era algo que al Anciano Thrashbarg no le gustaba que pasara. No lo había vaticinado, ni siquiera aproximadamente, y aunque podría incorporar como fuese todo aquel acontecimiento en su historia continua, realmente empezaba a resultar un poco difícil.

Se adelantó, hizo retroceder a los niños y alzó los brazos enarbolando su antiguo y nudoso bastón. La larga y cálida luz del atardecer realzaba su aspecto. Se preparó a recibir a aquellos dioses como si los estuviera esperando desde siempre.

Siguió sin ocurrir nada.

Poco a poco resultó evidente que dentro de la nave había una

especie de discusión. Pasó cierto tiempo y al Anciano Thrashbarg empezaron a dolerle los brazos.

De pronto la rampa volvió a replegarse.

Eso se lo puso fácil a Thrashbarg. Eran demonios y él los había rechazado. El motivo por el cual no lo había vaticinado era que se lo impedían la prudencia y la modestia.

Casi inmediatamente, otra rampa se extendió por el lado opuesto de la nave y al fin aparecieron dos figuras, que siguieron discutiendo sin hacer caso de nadie, ni siquiera de Thrashbarg, a quien ni siquiera veían desde donde estaban.

El Anciano Thrashbarg se mascó airadamente la barba. ¿Seguir allí parado con los brazos en alto? ¿Arrodillarse con la cabeza inclinada hacia adelante y apuntándoles con el bastón? ¿Caerse hacia atrás como abrumado por alguna titánica lucha interior? ¿O quizá largarse al bosque a vivir en un árbol durante un año sin dirigir la palabra a nadie?

Se decidió por dejar caer los brazos vigorosamente, como si hubiera hecho lo que pretendía hacer. Le dolían de verdad, así que no lo tuvo que pensar mucho. Hizo una pequeña señal secreta que acababa de inventarse hacia la rampa cerrada y luego dio tres pasos y medio hacia atrás, de forma que pudiera echar una buena ojeada a aquella gente, quienquiera que fuese, para decidir qué hacer a continuación.

La figura más alta era una mujer muy atractiva que llevaba ropa suave y arrugada. El Anciano Thrashbarg no lo sabía, pero aquella ropa era de Rymplon, un nuevo tejido sintético que era estupendo para los viajes espaciales porque ofrecía su mejor aspecto cuando estaba completamente arrugado y sudado.

La más baja era una niña. Parecía incómoda y enfadada, llevaba una ropa que ofrecía absolutamente su peor aspecto cuando estaba completamente arrugada y sudada, cosa que ella debía saber casi sin lugar a dudas.

Todo el mundo las observaba, salvo los pájaros pikka, que se fijaban en sus cosas.

La mujer se detuvo y miró a su alrededor. Tenía un aire resuelto. Era evidente que quería algo en concreto, pero no sabía dónde encontrarlo exactamente. Recorrió los rostros de los curiosos aldeanos congregados en torno a ella sin dar muestras de ver lo que

estaba buscando.

Thrashbarg no tenía ni idea de qué actitud tomar, y decidió recurrir al cántico. Echó la cabeza atrás y empezó a gemir, pero en seguida le interrumpió un nuevo estallido de la canción procedente de la cabaña del Hacedor de Bocadillos: la última a la izquierda. La mujer volvió bruscamente la cabeza y una sonrisa le afloró poco a poco al rostro. Sin dirigir siquiera una mirada al Anciano Thrashbarg, echó a andar hacia la choza.

Hay un arte en la actividad de hacer bocadillos, y a pocos les está siquiera dado el tiempo necesario para explorarlo en detalle. Es una tarea sencilla, pero las ocasiones de hallar satisfacción son muchas y profundas: elegir el pan adecuado, por ejemplo. El Hacedor de Bocadillos se había pasado muchos meses consultando y experimentando diariamente con Grarp, el panadero, y acabaron creando entre los dos una hogaza de la consistencia y densidad precisas para cortarla en rebanadas delgadas e iguales que al mismo tiempo conservaran su ligereza y humedad junto con lo mejor de ese aroma delicado y estimulante que tan bien realza el sabor de la carne asada del Animal Completamente Normal.

También había que refinar la geometría de la rebanada: la relación exacta entre anchura y profundidad, como también el grosor que daría el adecuado sentido de peso y volumen al bocadillo acabado; en esto, la ligereza también era una virtud, pero también la firmeza, la generosidad y la promesa de jugosidad y deleite que constituye el sello distintivo de una experiencia bocadilleril verdaderamente intensa.

Disponer de los utensilios adecuados era fundamental, por supuesto, y el Hacedor de Bocadillos, cuando no estaba atareado con el Panadero en el horno, pasaba muchos días con Strinder, el Tallador de Herramientas, pesando y equilibrando cuchillos, llevándolos y trayéndolos a la forja. Flexibilidad, fuerza, agudeza de filo, longitud y equilibrio se discutían con entusiasmo, se exponían teorías, se ensayaban, se perfeccionaban, y muchas tardes se vieron las siluetas del Hacedor de Bocadillos y del Tallador de Herramientas recortadas al contraluz de la forja y el sol poniente, haciendo lentos movimientos circulares en el aire, probando un cuchillo tras otro, comparando el peso de éste con el equilibrio de aquél, la flexibilidad de un tercero y la guarnición de la

empuñadura de un cuarto.

En total hicieron falta tres cuchillos. El primero para cortar el pan: una hoja firme, autoritaria, que imponía una voluntad clara y definida ante la hogaza. Luego, el cuchillo para untar la mantequilla, que era un objeto liviano y maleable pero de firme espinazo a pesar de todo. Las versiones primitivas habían sido demasiado elásticas, pero ahora, la combinación de flexibilidad con un núcleo firme era exactamente lo justo para lograr el máximo de gracia y suavidad en la untura.

El instrumento principal era, desde luego, el cuchillo de trinchar. Esa hoja no se limitaba a imponer su voluntad sobre el medio en que se movía, como el cuchillo del pan; debía trabajar con él, guiarse por la fibra de la carne, producir lonchas de la más exquisita consistencia y finura que se separaban del trozo de carne en diáfanos pliegues. El Hacedor de Bocadillos, con un suave movimiento de muñeca, colocaba entonces la loncha en la rebanada inferior del pan, magníficamente equilibrada, la recortaba con cuatro hábiles toques y finalmente realizaba la magia que los niños del pueblo esperaban con tanta ansia para congregarse a su alrededor y contemplarla extasiados con arrobada atención. Con sólo otras cuatro diestras pasadas de cuchillo reunía los recortes en un rompecabezas cuyas piezas encajaban perfectamente y los colocaba sobre la rebanada de arriba. El tamaño y la forma de los recortes eran diferentes para cada bocadillo, pero el Hacedor de Bocadillos siempre los disponía sin esfuerzo ni vacilación en un perfecto dibujo geométrico. Una segunda capa de carne y otra capa de recortes, y el primer acto de creación quedaba consumado.

El Hacedor de Bocadillos pasaba entonces la obra a su ayudante, que añadía unas lonchas de frespinillo y flábano con un toque de salsa de pasifresa para luego colocar la rebanada de encima y cortar en dos el bocadillo con un cuarto cuchillo de lo más corriente. No es que tales operaciones no requiriesen también su destreza, pero eran habilidades menores ejecutadas por un aprendiz aplicado que algún día sucedería al Hacedor de Bocadillos cuando éste acabara colgando las herramientas. Era una posición privilegiada y aquel aprendiz, Drimple, atraía la envidia de sus semejantes. En el pueblo los había que se contentaban con cortar leña y otros que eran dichosos acarreando agua, pero ser el Hacedor de Bocadillos era la

felicidad suma.

De manera que el Hacedor de Bocadillos cantaba al trabajar.

Estaba utilizando el resto de la carne salada de aquel año. Ya había perdido un poco, pero el exquisito sabor de la carne del Animal Completamente Normal seguía siendo algo insuperable con respecto a toda la experiencia anterior del Hacedor de Bocadillos. Se había previsto que a la semana siguiente los Animales Completamente Normales volverían a aparecer en su habitual migración, con lo que todo el pueblo se vería sumido una vez más en una frenética actividad: cazar Animales, matar seis, incluso siete docenas de los millares que pasaban como una exhalación. Luego había que limpiarlos, descuartizarlos y salar la mayor parte de la carne para conservarla durante los meses de invierno hasta la primavera, cuando se producía la migración de regreso que volvería a abastecerles de provisiones.

La mejor carne se asaba en seguida para la fiesta que señalaba la llegada del otoño. Los festejos duraban tres días de absoluta exuberancia, de bailes e historias que el Anciano Thrashbarg contaba sobre las incidencias de la caza, narraciones que él se dedicaba a inventar en su cabaña mientras el resto del pueblo salía a cazar.

Pero la mejor carne de todas se salvaba del festín y se entregaba fría al Hacedor de Bocadillos que, aplicando sobre ella las artes que los dioses habían enviado a Lamuella por mediación suya, producía los exquisitos Bocadillos de la Tercera Estación que todos los del pueblo consumirían al día siguiente, antes de empezar a prepararse para los rigores del Próximo invierno.

Hoy sólo hacía bocadillos corrientes, si es que tales exquisiteces, tan amorosamente preparadas, pudieran calificarse alguna vez de corrientes. Su ayudante estaba ausente, de modo que el Hacedor de Bocadillos aplicaba su propia guarnición, cosa que le encantaba. En realidad disfrutaba con casi todo.

Cortaba una loncha, cantaba. Colocaba cuidadosamente cada loncha de carne en una rebanada de pan, la recortaba y armaba un rompecabezas con todos los recortes. Un poco de ensalada, algo de salsa, otra rebanada de pan, otro bocadillo, otra estrofa de «Yellow Submarine».

—Hola, Arthur.

El Hacedor de Bocadillos casi se rebanó el pulgar.

Los aldeanos observaron consternados cómo la mujer se dirigía resueltamente a la cabaña del Hacedor de Bocadillos. Bob Todopoderoso les había enviado al Hacedor de Bocadillos en un carro de fuego. Al menos eso decía Thrashbarg, que era la autoridad en esas cosas. Bueno, al menos eso afirmaba Thrashbarg, y Thrashbarg era…, etcétera, etcétera. No merecía la pena discutir sobre eso.

Algunos aldeanos se preguntaban por qué Bob Todopoderoso iba a enviarles su único divino Hacedor de Bocadillos en un carro de fuego en lugar de, pongamos, en otro que hubiera aterrizado tranquilamente sin destruir medio bosque, llenándolo de espíritus y además lesionando seriamente al propio Hacedor de Bocadillos. El Anciano Thrashbarg explicó que ésa era la voluntad inefable de Bob, y cuando le preguntaron qué significaba inefable, él les dijo que buscaran la palabra en el diccionario.

Lo que constituyó un problema, porque el único diccionario lo tenía el Anciano Thrashbarg y no quería prestárselo. Le preguntaron por qué no se lo dejaba y él contestó que ellos no tenían por qué saber cuál era la voluntad de Bob Todopoderoso, y cuando le preguntaron por qué no, volvió a responderles que porque lo decía él. De todas formas, alguien entró un día subrepticiamente en la cabaña del Anciano Thrashbarg mientras él había salido a bañarse y buscó «inefable». Al parecer, «inefable» significaba «incognoscible, indescriptible, indecible, algo imposible de conocer y que no puede expresarse con palabras». Así que aquello aclaraba las cosas.

Por lo menos tenían los bocadillos.

El Anciano Thrashbarg dijo un día que Bob Todopoderoso había decretado que él, Thrashbarg, fuese el primero en escoger bocadillos. Los aldeanos le preguntaron cuándo había ocurrido eso exactamente, y él les contestó que el día anterior, cuando ellos no miraban.

—¡Tened fe o arderéis en la hoguera! —sentenció el Anciano Thrashbarg.

Le dejaron ser el primero en escoger bocadillos. Parecía lo más fácil.

Y ahora aquella mujer que venía de muy lejos había ido derecha

a la cabaña del Hacedor de Bocadillos. Estaba claro que se había extendido su fama, aunque era difícil saber a dónde, ya que según el Anciano Thrashbarg no existía ningún otro sitio. En cualquier caso, viniera de donde viniese, probablemente de alguna parte inefable, ya estaba allí y en aquellos momentos se encontraba en la choza del Hacedor de Bocadillos. ¿Quién era aquella mujer? ¿Y quién era la extraña niña malhumorada que se había quedado frente a la cabaña, dando patadas a las piedras y con todas las muestras de no querer estar allí? ¿No resultaba raro que alguien viniese de algún lugar inefable en un carro que a todas luces era mucho mejor que aquel de fuego en que les habían enviado al Hacedor de Bocadillos, si ni siquiera quería estar allí?

Todos miraron a Thrashbarg, pero estaba de rodillas, murmurando, con los ojos fijos en el cielo y decidido a no cruzar la mirada con nadie hasta que se le ocurriera algo.

—¡Trillian! —exclamó el Hacedor de Bocadillos, chupándose la sangre del pulgar—. ¿Qué…? ¿Quién…? ¿Cuándo…? ¿Dónde…?

—Justo las preguntas que yo iba a hacerte —repuso Trillian, echando una mirada por la cabaña de Arthur.

Estaba limpia, con los utensilios de cocina bien ordenados. Había armarios y estantes bastante sencillos, y un camastro en un rincón. Al fondo de la habitación había una puerta que Trillian no supo adónde daba porque estaba cerrada.

—Bonito —comentó, aunque en tono inquisitivo. No llegaba a comprender la situación.

—Muy bonito —convino Arthur—. Maravilloso. No sé si alguna vez he estado en algún sitio tan bonito. Soy feliz aquí. Me aprecian, les hago bocadillos y…, bueno, eso es todo. Me aprecian y les hago bocadillos.

—Parece, humm…

—Idílico —concluyó Arthur en tono firme—. Lo es. Verdaderamente, lo es. No espero que te guste mucho, pero para mí es, bueno, perfecto. Oye, siéntate, por favor, ponte cómoda. ¿Puedo ofrecerte algo, humm, un bocadillo?

Trillian cogió un bocadillo y lo observó. Lo olió con atención.

—Pruébalo —sugirió Arthur—. Está bueno.

Trillian dio un mordisquito, luego un bocado y lo masticó con aire pensativo.

—Está bueno —confirmó, mirándolo.

—La obra de mi vida —sentenció Arthur, tratando de imprimir orgullo a la voz y esperando no parecer un completo imbécil. Estaba acostumbrado a que le reverenciaran un poco, y de pronto tenía que realizar algunos cambios de velocidad mental.

—¿De qué es la carne? —preguntó Trillian.

—Ah, sí. Es, humm, es de Animal Completamente Normal.

—¿De qué?

—De Animal Completamente Normal. Es parecido a una vaca, o mejor dicho, a un toro. Una especie de búfalo, en realidad, un animal grande, que embiste.

—¿Y qué tiene de raro?

—Nada, es completamente normal.

—Ya veo.

—Sólo es raro el sitio de dónde viene.

Tricia frunció el ceño y dejó de masticar.

—¿De dónde viene? —preguntó con la boca llena. No tragaría hasta saberlo.

—Pues, bueno, no es sólo de dónde viene, sino también de adónde va. La carne está muy bien, se puede comer perfectamente. Yo he consumido toneladas. Es estupenda. Muy jugosa. Muy tierna. Un sabor ligeramente dulce con un regusto enigmático y prolongado.

Trillian seguía sin tragar.

—¿De dónde viene? —preguntó—, ¿y adónde va?

—Vienen de un sitio que está un poco al este de las Montañas Hondo. Son las más grandes que tenemos por aquí, debes haberlas visto al venir, luego se precipitan a millares por las llanuras Anhondo y, bueno, eso es todo. De ahí es de donde vienen. Ahí es adonde van.

Trillian frunció el ceño. En todo aquello había algo que no acababa de comprender.

—Quizá no me haya explicado con la suficiente claridad —añadió Arthur—. Cuando digo que vienen de un lugar al este de las Montañas Hondo, me refiero a que ahí es donde aparecen de repente. Luego pasan a toda velocidad por las llanuras Anhondo y, bueno, desaparecen. Disponemos de unos seis días para cazar lo más posible antes de que se esfumen. En primavera hacen lo mismo,

sólo que al revés, ¿comprendes?

De mala gana, Trillian tragó. O eso o escupirlo, y en realidad tenía muy buen sabor.

—Entiendo —aseguró, después de comprobar que no le había sentado mal—. ¿Y por qué los llaman Animales Completamente Normales?

—Pues creo que, porque si no, la gente podría pensar que era un poco raro. Me parece que fue el Anciano Thrashbarg quien les puso ese nombre. Dice que vienen de donde vienen y que van adonde van, que ésa es la voluntad de Bob y sanseacabó.

—¿Quién…?

—Ni se te ocurra preguntarlo.

—Bueno, parece que te va bien.

—Me encuentro bien. Tú tienes buen aspecto.

—Estoy bien. Muy bien.

—Pues eso es bueno.

—Sí.

—Bien.

—Bien.

—Muy amable de tu parte haber venido a verme.

—Gracias.

—Bueno —repitió Arthur, buscando algo que decir. Era asombroso lo difícil que resultaba pensar en algo que decir a alguien después de tanto tiempo.

—Supongo que te preguntarás cómo he dado contigo —dijo Trillian.

—¡Sí! —exclamó Arthur—. Precisamente eso me estaba preguntando. ¿Cómo me has encontrado?

—Bueno, pues no sé si lo sabes o no, pero ahora trabajo en una gran emisora
Sub-Etha,
de esas que…

—Sí, lo sabía —afirmó Arthur, recordando de pronto—. Sí, lo has hecho muy bien. Es estupendo. Muy interesante. Bien hecho. Debe ser muy divertido.

—Agotador.

—Toda esa precipitación de un lado para otro. Supongo que sí, ya lo creo.

—Tenemos acceso prácticamente a toda clase de información. Encontré tu nombre en la lista de pasajeros de la nave que se estrelló.

Arthur se quedó pasmado.

—¿Quieres decir que sabían lo del accidente?

—Pues claro que lo sabían. Una nave espacial de línea no puede desaparecer sin que nadie se entere.

—Pero ¿quieres decir que sabían dónde había ocurrido? ¿Sabían que yo había sobrevivido?

—Sí.

—Pero nadie ha salido a mirar, ni a buscar ni a rescatar a nadie. No han hecho absolutamente nada.

—Bueno, no podían. Lo del seguro era toda una complicación. Simplemente echaron tierra a todo el asunto. Hicieron como si no hubiera pasado nada. Lo de los de seguros se ha convertido en una verdadera estafa. ¿Sabes que han vuelto a establecer la pena de muerte para los directores de las empresas de seguros?

—¿De verdad? —repuso Arthur—. No, no lo sabía. ¿Por qué delito?

Trillian frunció el ceño.

—¿Delito? ¿A qué te refieres?

—Ya entiendo.

Trillian dirigió una larga mirada a Arthur y luego, con otro tono de voz, le conminó:

—Es hora de que afrontes tus responsabilidades, Arthur.

Arthur trató de entender aquella observación. Con frecuencia tardaba unos momentos en comprender exactamente adónde quería ir a parar la gente, así que dejó pasar unos momentos, sin prisa. La vida era muy agradable y relajada en aquellos días, había tiempo para calar el significado de las cosas. Dejó que la observación calara en su mente.

Pero siguió sin comprender qué quería decir, así que terminó confesándoselo.

Trillian le respondió con una sonrisa fría y luego se volvió a la puerta de la cabaña.

—¿Random? —llamó—. Pasa. Ven a conocer a tu padre.

14

Mientras la Guía volvía a plegarse en un disco liso y negro, Ford comprendió algo verdaderamente tremendo. O al menos trató de comprenderlo, pues era demasiado tremendo para digerirlo de un solo golpe. La cabeza le martilleaba, el tobillo le dolía. Y aunque no quería mostrarse blando consigo mismo por lo del tobillo, siempre le había parecido que donde mejor entendía la lógica multidimensional intensa era en la bañera. Necesitaba tiempo para pensarlo. Tiempo, una buena copa y algún suntuoso aceite de baño que hiciese mucha espuma.

Tenía que salir de allí. Tenía que sacar la Guía de allí. No podría lograr las dos cosas a la vez.

Lanzó una mirada frenética por la habitación.

Piensa, piensa, piensa. Debía ser algo sencillo y evidente. Si se confirmaba su oscura y desagradable sospecha de que tenía que vérselas con oscuros y desagradables vogones, cuanto más sencillo y evidente mejor.

De pronto vio lo que necesitaba.

No intentaría vencer al sistema, sino utilizarlo. Lo más pavoroso de los vogones era su determinación absolutamente insensata de realizar cualquier insensatez que estuvieran decididos a llevar a cabo. No tenía sentido tratar de que entraran en razón porque carecían de ella. Si uno no perdía los nervios, sin embargo, a veces podía explotarse su ciega e intimidante insistencia en ser ciegos e intimidantes. No era sólo que su mano izquierda no siempre supiese lo que hacía su derecha, por decirlo así; sino que muy a menudo su mano derecha sólo tenía una idea bastante vaga de sus propias actividades.

¿Se atrevería simplemente a enviárselo a si mismo por correo?

¿Osaría introducirlo en el sistema y dejar que los vogones se las ingeniaran para relacionarlo con él mientras se dedicaban al mismo

tiempo, tal como probablemente harían, a desmantelar el edificio para descubrir dónde lo había escondido?

Sí.

Febrilmente, lo guardó en una caja, lo envolvió y le puso una etiqueta. Tras detenerse un momento a pensar si estaba haciendo lo más acertado, lanzó el paquete por el conducto del correo interno del edificio.

—Colin —dijo, volviéndose hacia la pequeña bola flotante—, voy a abandonarte a tu destino.

—Soy tan feliz —repuso Colin.

—Aprovecha mientras puedas. Porque quiero que te ocupes de que ese paquete salga del edificio. Lo más probable es que te incineren cuando te encuentren, y yo no estaré aquí para ayudarte. Será muy, pero que muy desagradable para ti, y es una verdadera lástima. ¿Entiendes?

—Hago gorgoritos de placer —contestó Colin.

—¡Vamos! —ordenó Ford.

Obedientemente, Colin se lanzó por el conducto del correo en pos de su objetivo. Ahora Ford sólo tenía que preocuparse de sí mismo, pero eso seguía siendo una preocupación de lo más esencial. Se oía un estrépito de pasos frente a la puerta, que había tenido la precaución de cerrar con llave y atrancar con un gran archivador.

Le preocupaba que todo hubiera marchado tan a pedir de boca. Todo había salido de maravilla. Llevaba todo el día comportándose con inconsciencia y temeridad, y sin embargo todo le había salido increíblemente bien. Salvo por el zapato. Le daba rabia lo del zapato. Ésa era una cuenta que habría que ajustar.

La puerta se abrió con un estruendo ensordecedor. Entre el humo y el polvo de la explosión, Ford vio grandes criaturas semejantes a babosas que entraban precipitadamente.

Así que todo iba bien, ¿eh? ¿Todo marchaba como si le acompañara la suerte más extraordinaria? Bueno, ya se ocuparía de eso.

Con espíritu de investigación científica, volvió a arrojarse por la ventana.

15

El primer mes, que emplearon en conocerse el uno al otro, fue un poco difícil.

El segundo mes, en que intentaron asimilar los descubrimientos del primer mes, fue mucho más fácil.

El tercer mes, cuando llegó el paquete, fue verdaderamente muy delicado.

Al principio, fue un problema hasta tratar de explicar qué era un mes. En Lamuella, para Arthur había sido una cuestión sencilla y agradable. El día duraba algo más de veinticinco horas, lo que fundamentalmente suponía una hora más en la cama todos los días y, naturalmente, poner sistemáticamente en hora el reloj, cosa que a Arthur le encantaba hacer.

Además se sentía en casa con el número de soles y lunas que tenía Lamuella —uno de cada—, a diferencia de otros planetas a los que había ido a parar de vez en cuando, que tenían una cantidad ridícula de ellos.

El planeta tardaba trescientos días en completar la órbita de su único sol, y ese número estaba muy bien porque significaba que el año no se alargaba demasiado. La luna giraba en torno a Lamuella unas nueve veces al año, con lo que un mes tenía algo más de treinta días, lo que era absolutamente perfecto porque le daba a uno un poco más de tiempo para hacer las cosas. No es que se pareciese simplemente a la Tierra, sino que en realidad era mejor.

Por su parte, Random creía estar atrapada en una pesadilla recurrente. Tenía accesos de llanto y pensaba que la luna quería cogerla. Allí la tenía todas las noches, y luego, cuando desaparecía, salía el sol y la perseguía. Una y otra vez.

Trillian le había advertido de que Random podría tener ciertas dificultades para habituarse a una vida más regular de la que había llevado hasta entonces, pero en realidad Arthur no estaba

preparado para ladrar a la luna.

No estaba preparado para nada de aquello, por supuesto.

¿Su hija?

¿Su hija? Trillian y él nunca habían ni siquiera… ¿nunca? Tenía la absoluta seguridad de que lo hubiese recordado. ¿Y qué pasaba con Zaphod?

—No es la misma especie, Arthur —le contestó Trillian—. Cuando decidí tener un hijo me hicieron toda clase de pruebas genéticas y sólo encontraron una pareja que me fuese bien. No caí en la cuenta hasta más tarde. Lo comprobé y tenía razón. Normalmente no les gusta decirlo, pero yo insistí.

—¿Quieres decir que fuiste a un banco de ADN? —preguntó Arthur, con los ojos saltones.

—Sí. Pero la niña no salió tan al azar como su nombre indica, porque desde luego tú eras el único homo sapiens donante. Aunque debo añadir que, según parece, volabas con muchísima frecuencia.

Arthur miraba con los ojos en blanco a la niña de infeliz aspecto que, en una postura desgarbada, le miraba tímidamente desde el marco de la puerta.

—Pero ¿cuándo… cuánto tiempo…?

—¿Te refieres a qué edad tiene?

—Sí.

—La que no debiera.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no tengo ni idea.

—¿Cómo?

—Bueno, pues según mis cálculos creo que la tuve hace unos diez años, pero está claro que es mucho mayor. Me paso la vida yendo hacia atrás y hacia adelante en el tiempo, ¿sabes? El trabajo. Solía llevarla conmigo cuando podía, pero no siempre era posible. Luego la dejaba en guarderías de zonas temporales, pero ya no te puedes fiar de cómo calculan el tiempo. Las dejas por la mañana y sencillamente no tienes ni idea de la edad que tendrán por la tarde. Te quejas hasta desgañitarte pero no consigues nada. Una vez la dejé unas horas en uno de esos sitios y cuando volví ya había pasado la pubertad. He hecho lo que he podido, Arthur, ahora te toca a ti. Tengo que cubrir una guerra.

Los diez segundos que pasaron tras la marcha de Trillian fueron

los más largos de la vida de Arthur Dent. El tiempo, como sabemos, es relativo. Se puede hacer un viaje espacial de ida y vuelta que dure años luz, pero si se va a la velocidad de la luz al volver se puede haber envejecido simplemente unos segundos mientras tu hermano o hermana gemela habrá envejecido veinte, treinta, cuarenta o los años que sean, depende de lo lejos que se haya viajado.

Eso puede causar una profunda conmoción personal, sobre todo si uno ignora que tiene un hermano gemelo. Los segundos que se ha estado ausente no bastarán para prepararle a uno al sobresalto de la vuelta, cuando se vea ante una familia nueva y extrañamente aumentada.

Diez segundos de silencio no fue tiempo suficiente para que Arthur volviera a rehacer toda la idea que tenía de sí mismo y de su vida para incluir de pronto en ella a una hija de cuya mera existencia no había tenido el menor indicio de sospecha al levantarse por la mañana. Unos lazos familiares profundos y efectivos no pueden establecerse en diez segundos, por muy lejos y muy deprisa que se viaje en busca de ellos, y Arthur no pudo menos que sentirse incapaz, perplejo y aturdido mientras miraba a la niña, que seguía de pie en la puerta con la vista fija en el suelo de su casa.

Suponía que no tenía sentido hacer como si no se sintiera incapaz.

Se acercó a ella y la abrazó.

—No te quiero —le dijo—. Lo siento. Ni siquiera te conozco todavía. Pero dame unos minutos.

Vivimos en una época extraña.

También vivimos en sitios extraños: cada uno en su propio universo. La gente con quien poblamos nuestros universos son sombras de otros mundos que se cruzan con el nuestro. El hecho de advertir esa pasmosa complejidad del infinito retorno y decir cosas como: «¡Ah, hola, Ed! Qué moreno estás. ¿Cómo está Carol?», requiere una buena dosis de trascendencia, capacidad que todos los seres conscientes han de desarrollar con objeto de protegerse a sí mismos de la contemplación del caos por el que tropiezan y caen. Así que dele a su hijo una oportunidad, ¿vale?

Fragmento de Paternidad práctica en un universo fractalmente enloquecido.

—¿Qué es esto?

Arthur casi había renunciado. Es decir, no iba a renunciar. No abandonaría de ninguna manera. Ahora no. Ni nunca.

Pero si hubiera sido de las personas que renuncian, ése era probablemente el momento en que lo hubiera hecho.

No satisfecha con ser arisca, tener mal genio, querer marcharse a jugar a la era paleozoica, no comprender por qué tenían puesta la gravedad todo el tiempo y gritar al sol para que dejara de perseguirla, Random además había utilizado el cuchillo de trinchar de Arthur para arrancar piedras del suelo y lanzarlas contra los pájaros pikka por mirarla de aquel modo.

Arthur ni siquiera sabía si en Lamuella había habido era paleozoica. Según el Anciano Thrashbarg, el planeta se había descubierto plenamente formado en el ombligo de un gigantesco tijereta un viernes a las cuatro y media de la tarde, y pese a que Arthur, curtido viajero galáctico con buenas notas en Física y Geografía, albergaba sobre ello dudas bastante serias, discutir con el Anciano Thrashbarg era más bien una pérdida de tiempo y nunca había tenido mucho sentido.

Suspiró mientras acariciaba el cuchillo torcido y mellado. Iba a quererla aunque le costara la vida, a él, a ella o a los dos. No era fácil ser padre. Era consciente de que nadie había dicho nunca que fuese fácil, pero no se trataba de eso porque en primer lugar él nunca había pedido ser padre.

Hacía lo que podía. Pasaba con ella cada momento que podía sustraer a los bocadillos, hablaba, se sentaba con ella en la colina para ver la puesta de sol sobre el valle en que se asentaba el pueblo, intentando averiguar cosas de su vida, tratando de explicarle la suya. Tarea difícil. Lo que tenían en común, aparte del hecho de tener genes casi idénticos, era del tamaño de un guijarro. O mejor dicho, la divergencia de sus puntos de vista equivalía a la diferencia de tamaño entre Trillian y ella.

—¿Qué es esto?

De pronto comprendió que le estaba hablando y él no se había dado cuenta. O más bien no había reconocido su voz.

En lugar de dirigirse a él en su tono habitual, amargo y

truculento, le estaba haciendo una simple pregunta.

Volvió la cabeza, sorprendido.

Estaba sentada en un taburete en un rincón de la cabaña, en aquella postura suya de hombros encogidos, rodillas juntas, pies extendidos hacia afuera, con el pelo negro colgándole sobre la cara mientras miraba algo que tenía entre las manos.

Con cierto nerviosismo, Arthur se acercó a ella.

Sus cambios de humor eran imprevisibles, pero hasta entonces todos habían oscilado entre distintos tipos de mal genio. Crisis de amarga recriminación daban paso sin previo aviso a un absoluto desprecio de sí misma, seguido de largos accesos de sombría desesperación marcados por repentinos actos de absurda violencia contra objetos inanimados y exigencias de que fueran a clubs electrónicos.

En Lamuella no sólo no había clubs electrónicos, sino que no había clubs de ninguna clase ni, en realidad, tampoco electricidad. Había una fragua y una panadería, unos cuantos carros y un pozo, pero aquél era el nivel más alto de la técnica lamuellana, y una buena parte de los inextinguibles accesos de cólera de Random iba dirigida contra el atraso absolutamente incomprensible del planeta.

Cogía televisión Sub-Etha en un diminuto Panel-O-Flex que le habían implantado quirúrgicamente en la muñeca, pero eso no la animaba lo más mínimo porque no daban más que noticias demenciales y apasionantes de cosas que ocurrían en cualquier otra parte de la Galaxia menos allí. También le daba frecuentes noticias de su madre, que la había abandonado para cubrir alguna guerra que, según parecía ahora, jamás había ocurrido, o al menos que había salido muy mal en algún sentido por falta de una adecuada recopilación de datos. Además, le daba acceso a montones de programas de espectaculares aventuras con toda clase de naves espaciales fantásticamente lujosas que se estrellaban unas contra otras.

Los aldeanos estaban completamente hipnotizados por aquellas maravillosas imágenes que le salían de la muñeca. Sólo una vez habían visto estrellarse a una nave espacial, y había sido algo tan aterrador, violento y espantoso, y había producido tan horribles

estragos, incendios y muertes que, estúpidamente, no comprendían que se trataba de un pasatiempo.

El Anciano Thrashbarg se quedó tan pasmado que en seguida vio a Random como emisaria de Bob, pero muy poco después decidió que en realidad había sido enviada para probar su fe, si no su paciencia. También estaba alarmado por el número de accidentes de naves espaciales que debía incorporar a sus historias religiosas si es que quería mantener la atención de los aldeanos para que no se precipitaran continuamente a ver la muñeca de Random.

En aquel momento, Random no se miraba la muñeca, que estaba apagada. Sin decir nada, Arthur se puso en cuclillas a su lado para ver qué estaba mirando.

Era su reloj. Se lo había quitado para ir a ducharse en la cascada del pueblo, Random lo había encontrado y trataba de averiguar para qué servía.

—Sólo es un reloj —le explicó—. Sirve para saber la hora.

—Ya lo sé —repuso ella—. Pero a pesar de que no dejas de manipularlo, sigue sin decirte la hora exacta. Ni siquiera de forma aproximada.

Descubrió la ventanilla de lectura del panel de la muñeca, que automáticamente mostró la hora local. El panel de su muñeca se había dedicado tranquilamente a medir la gravedad y el impulso orbital del planeta, observando la situación del sol y siguiendo su trayectoria celeste, todo ello a los pocos minutos de la llegada de Random a Lamuella. Luego recogió rápidamente datos del entorno para averiguar las convenciones de medida locales y volver a programarse de forma adecuada. Hacía esas cosas continuamente, lo que era especialmente valioso si se emprendían muchos viajes tanto en el tiempo como en el espacio.

Random frunció el ceño ante el reloj de su padre, que no hacía nada de aquello.

Arthur le tenía mucho cariño al reloj. Era mejor del que él hubiera podido adquirir jamás. Se lo había regalado en su vigesimosegundo cumpleaños un padrino rico y abrumado de sentimientos de culpa que hasta entonces se había olvidado de todos sus aniversarios, aparte de no acordarse ni de su nombre. Decía el día, la fecha, las fases de la luna; tenía las palabras «Para Albert en su vigesimoprimer cumpleaños» grabadas en la abollada y

arañada parte de atrás en letras que aún eran visibles.

El reloj había pasado en los últimos años por multitud de pruebas, la mayoría de las cuales ni entraban en la garantía. Claro que él no pensaba que la garantía mencionase especialmente que el reloj sólo era exacto dentro del particular campo gravitatorio y magnético de la Tierra, y siempre que el día tuviese veinticuatro horas y el planeta no estallase y esas cosas. Eran suposiciones tan fundamentales que hasta los juristas las habrían pasado por alto.

Afortunadamente, el reloj era de cuerda, o al menos de cuerda automática. En ninguna parte de la Galaxia habría encontrado pilas del tamaño, dimensiones y especificaciones de potencia que eran perfectamente normales en la Tierra.

—¿Y qué son todos esos números? —preguntó Random.

Arthur le cogió el reloj.

—Los números del borde de la esfera indican las horas. En la ventanita de la derecha dice ju, que significa jueves, y ese número catorce quiere decir que hoy es el 14 de MAYO, mes que aparece en esta otra ventanita de aquí.

—Y esa ventanita semicircular de ahí arriba te dice las fases de la luna. En otras palabras, te indica qué parte de la luna está iluminada de noche por el sol, lo que depende de las respectivas posiciones del Sol, de la Luna y, bueno…, de la Tierra.

—La Tierra —repitió Random.

—Sí.

—Y de ahí eres tú, y mami también.

—Sí.

Random cogió el reloj de nuevo y volvió a mirarlo, claramente desconcertada por algo. Luego se lo llevó a la oreja y lo escuchó asombrada.

—¿Qué es ese ruido?

—El tictac. La maquinaria que hace andar al reloj. Se llama mecanismo de relojería. Se compone de una serie de ruedecillas dentadas y muelles entrelazados que hacen girar las manecillas a la velocidad justa para que indiquen las horas, los minutos, los días, etcétera.

Random continuó mirándolo.

—Hay algo que te tiene perpleja. ¿Qué es? —preguntó Arthur.

—Sí —contestó Random, al cabo—. ¿Por qué es todo de metal?

Arthur propuso dar un paseo. Pensaba que debían hablar de algunas cosas y parecía que Random, si no precisamente dócil y bien dispuesta, al menos por una vez no gruñía.

Desde el punto de vista de Random, eso también era muy extraño. No es que pretendiera ser difícil porque sí, sino que no sabía ser de otra manera.

¿Quién era aquel individuo? ¿Qué era esa vida que ella debía llevar? ¿Y qué era aquel universo que no dejaba de entrarle por los ojos y los oídos? ¿Para qué era? ¿Qué pretendía?

Había nacido en una nave espacial que iba de alguna parte a otro sitio, y cuando tenía que ir a otro sitio, ese otro sitio resultaba ser simplemente alguna parte de la cual había que volver a ir a otro sitio, y así sucesivamente.

Para ella era normal suponer que estaba en otro sitio. Era normal pensar que estaba en el sitio menos indicado.

No se daba cuenta de que sentía eso porque eso era lo único que siempre había sentido, igual que nunca le parecía extraño que en casi todos los sitios adonde iba necesitara llevar pesos o trajes antigravedad, y normalmente también algún aparato especial para respirar. Los únicos sitios en que se encontraba a gusto eran mundos que uno concebía para habitarlos personalmente: realidades virtuales en los clubs electrónicos. Jamás se le había ocurrido que el Universo real era algo donde se podía encajar de verdad.

Y eso incluía aquel sitio llamado Lamuella, donde su madre la había dejado tirada. Y también a aquella persona que le había otorgado el precioso y mágico don de la vida a cambio de un asiento mejor y más caro. Menos mal que había resultado ser muy amable y simpático, pues si no habría habido lío. De los buenos. En el bolsillo llevaba una piedra especialmente afilada con la que podía dar un montón de problemas.

Puede ser muy peligroso ver las cosas bajo el punto de vista de otros sin el adecuado entrenamiento.

Se sentaron en el sitio que más le gustaba a Arthur, en la ladera que daba al valle. El sol iba a ponerse sobre el pueblo.

Lo que a Arthur no le gustaba tanto era mirar un poco más allá, al siguiente valle, donde un surco profundo, negro y desolado indicaba el lugar del bosque donde se había estrellado su nave. Pero

quizá era por eso por lo que seguía yendo allí. El frondoso y ondulado paisaje de Lamuella podía contemplarse desde muchos sitios, pero Arthur se sentía atraído por aquél, con su insistente sombra de miedo y dolor acechando justo en el límite de su visión.

Nunca había vuelto desde que lo sacaron de los restos de la nave.

Ni volvería.

No podría soportarlo.

En realidad, intentó volver al día siguiente, aún atontado y con la cabeza dándole vueltas por la conmoción. Tenía una pierna y varias costillas rotas, aparte de algunas quemaduras serias, y aunque no pensaba de forma coherente insistió en que los aldeanos le llevaran, lo que ellos hicieron no sin cierta inquietud. Pero no logró llegar al sitio exacto donde la tierra ardió y se disolvió, y finalmente, cojeando, se alejó para siempre del horror.

Pronto corrió el rumor de que toda la zona estaba encantada, y desde entonces nadie se aventuró hasta allá. La comarca estaba llena de magníficos y deliciosos valles verdes, no tenía sentido dirigirse a uno que causaba tanta zozobra. Que el pasado se ocupara del pasado y que el presente siguiese su camino hacia el futuro.

Random mecía el reloj entre las manos, volviéndolo despacio para dejar que los largos rayos del sol poniente arrancaran cálidos destellos a los rasguños y arañazos del grueso cristal. La fascinaba ver el recorrido de la fina manilla del segundero. Siempre que describía un círculo completo, la más larga de las otras dos manecillas se situaba en la siguiente de las sesenta pequeñas divisiones que rodeaban la esfera. Y cuando la manilla larga completaba su propio círculo, la pequeña se adelantaba al siguiente número.

—Hace una hora que lo estás mirando —observó Arthur.

—Lo sé —repuso ella—. Una hora es cuando la manecilla grande ha recorrido un círculo completo, ¿no?

—Eso es.

—Entonces lo llevo mirando desde hace una hora y diecisiete… minutos.

Sonrió con un placer hondo y enigmático y se movió un poco, lo justo para apoyarse ligeramente contra el brazo de su padre. Arthur sintió que se le escapaba un pequeño suspiro que le reptaba por el

pecho desde hacía semanas. Sintió deseos de rodear los hombros de su hija con el brazo, pero pensó que aún era demasiado pronto y que ella se apartaría. Sin embargo, algo estaba haciendo efecto. Algo se ablandaba en el interior de Random. El reloj tenía para ella un significado como nada lo había tenido en su vida hasta ahora. Arthur no estaba seguro todavía de haber comprendido realmente lo que era, pero estaba profundamente contento y aliviado de que algo hubiera hecho mella en ella.

—Explícamelo otra vez —le pidió Random.

—No tiene nada de especial —contestó Arthur—. El mecanismo de relojería es algo que se fue desarrollando a lo largo de cientos de años…

—Años terrestres.

—Sí. Se fue haciendo cada vez más fino y complejo. Era un trabajo delicado que requería un alto grado de especialización. Tenía que ser muy pequeño y seguir funcionando con precisión por mucho que se moviera o se cayese.

—Pero ¿sólo en un planeta?

—Bueno, allí es donde se inventó, ¿entiendes? Nunca se pensó que pudiera llevarse en otra parte y que funcionase en diferentes soles, lunas, campos magnéticos y esas cosas. Quiero decir que ese reloj todavía marcha perfectamente bien, pero eso no significa mucho tan lejos de Suiza.

—¿De dónde?

—Suiza. Ahí es donde los hacían. Un país pequeño y montañoso. Aburridamente limpio. La gente que los fabricaba no sabía que hay otros mundos.

—Qué cosa tan tremenda, no saberlo.

—Pues, sí.

—¿Y de dónde era esa gente?

—La gente, es decir, nosotros…, nos desarrollamos allí, como si dijéramos. Evolucionamos en la Tierra. No sé a partir de dónde, del barro o algo así.

—Como este reloj.

—Humm. No creo que el reloj se formara del barro.

—¡No entiendes!

Random se puso en pie de un salto, gritando.

—¡No entiendes! ¡No me entiendes, no entiendes nada! ¡Te odio

por ser tan estúpido!

Echó a correr frenéticamente colina abajo, sin soltar el reloj y gritando que le odiaba.

Arthur se incorporó bruscamente, sorprendido y sin saber qué hacer. Echó a correr tras ella por la alta y tupida hierba. Le resultaba difícil y penoso. En el accidente se rompió una pierna que no se le soldó bien porque no había sido una fractura limpia. Daba traspiés y respingos al correr.

Random se dio la vuelta de pronto y se encaró con él, el semblante ensombrecido de cólera.

—¡No ves que esto es de algún sitio! —gritó, blandiendo el reloj—. ¡De algún sitio donde funciona! ¡De algún sitio donde encaja!

Se dio la vuelta de nuevo y siguió corriendo. Estaba en forma y era ligera de pies. Arthur no era ni remotamente capaz de seguirle el paso.

No era que no esperase que ser padre fuera tan difícil, sino que no esperaba ser padre en absoluto, sobre todo en un planeta extraño y de forma tan repentina e inesperada.

Random se volvió a gritarle otra vez. Por alguna razón, siempre se paraba para hacerlo.

—¿Quién te crees que soy? —preguntó con rabia—. ¿Tu billete de primera clase? ¿Por quién supones que me tomaba mamá? ¿Por un billete para la vida que no tenía?

—No sé qué quieres decir con eso —contestó Arthur, jadeante y lleno de dolores.

—¡Tú no sabes lo que nadie quiere decir con nada!

—¿Qué quieres decir?

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

—¡Dímelo! ¡Dímelo, por favor! ¿Qué quiere decir ella con eso de la vida que no tuvo?

—¡Deseaba haberse quedado en la Tierra! ¡Se arrepentía de haberse largado con el imbécil de Zaphod, ese estúpido subnormal! ¡Cree que su vida habría sido diferente!

—¡Pero entonces habría muerto! —objetó Arthur—. ¡Habría muerto cuando destruyeron el mundo!

—Eso habría sido una vida diferente, ¿no?

—Eso es…

—¡No tenía que haberme tenido! ¡Me odia!

—¡Eso no lo dices en serio! Cómo es posible que alguien, humm, quiero decir…

—Me tuvo porque yo estaba destinada a hacer que las cosas le fueran bien. Ése era mi cometido. ¡Pero a mí me fueron aún peor que a ella! Así que se ha deshecho de mí para continuar con su absurda vida.

—¿Qué hay de absurdo en su vida? Tiene un éxito fabuloso, ¿no? Se mueve por todo el tiempo y el espacio, en todas las redes de televisión

Sub-Etha…

—¡Estúpido! ¡Estúpido! ¡Estúpido! ¡Estúpido!

Random se volvió y echó a correr de nuevo. Arthur no pudo seguirla y acabó sentándose un poco para calmar el dolor de la pierna. En cuanto al tumulto que tenía en la cabeza, no tenía la menor idea de qué hacer.

Una hora después entró renqueando en el pueblo. Estaba oscureciendo. Los aldeanos con los que se cruzaba lo saludaban, pero había en el aire una sensación de nerviosismo, de no saber exactamente qué pasaba ni de qué hacer al respecto. Habían visto al Anciano Thrashbarg tirarse de la barba y mirar a la luna durante bastante tiempo, y eso tampoco era buena señal.

Arthur entró en su cabaña.

Random estaba en silencio, encogida sobre la mesa.

—Lo siento —dijo—. Lo siento mucho.

—Está bien —repuso Arthur en el tono más suave que pudo—. No viene mal tener…, bueno, una pequeña charla. Hay tantas cosas que tenemos que conocer y entender el uno del otro, y la vida no es…, bueno, no todo es té y bocadillos…

—Lo siento tanto —repitió Random entre sollozos.

Arthur se acercó a ella y le rodeó los hombros con el brazo. Ella no se resistió ni se apartó. Entonces vio Arthur qué era lo que tanto sentía.

En el círculo de luz arrojado por un quinqué lamuellano yacía el reloj de Arthur. Random había forzado la tapa trasera con el cuchillo de untar la mantequilla, y todas las ruedecillas dentadas, los muelles y palancas estaban desperdigados en una caótica confusión justo en el sitio donde los había estado manipulando.

—Sólo quería ver cómo funcionaba —explicó Random—, cómo

encajaba todo. ¡Lo siento tanto! No sé volver a montarlo. Lo siento, lo siento, lo siento. No sé qué hacer. ¡Haré que lo arreglen! ¡De verdad! ¡Lo llevaré a arreglar!

Al día siguiente apareció Thrashbarg y empezó a decir toda clase de cosas sobre Bob. Trató de ejercer una influencia conciliadora invitando a Random a recrearse la mente en el inefable misterio de la tijereta gigante, pero Random replicó que no existían tijeretas gigantes y Thrashbarg se quedó muy parado y silencioso y afirmó que acabaría siendo arrojada a la oscuridad exterior. Random dijo que muy bien, que ella había nacido allí, y al día siguiente llegó el paquete.

Estaban empezando a ocurrir demasiadas cosas.

En realidad, cuando llegó el paquete, entregado por una especie de robot que cayó del cielo con un zumbido de abejón, se suscitó la impresión, que poco a poco empezó a cundir por el pueblo entero, de que aquello ya casi pasaba de castaño oscuro.

La culpa no fue del robot abejón. Lo único que le hacía falta para marcharse era la firma o la huella del pulgar de Arthur Dent. Se quedó esperando, sin saber exactamente a qué venía todo aquel resentimiento. Mientras, Kirp había pescado otro pez con una cabeza en cada extremo, pero al examinarlo con más detenimiento resultó que en realidad eran dos peces cortados por la mitad y cosidos de mala manera, de modo que Kirp no sólo no logró reanimar el interés por los peces de dos cabezas, sino que además arrojó serias dudas sobre la autenticidad del primero. Únicamente los pájaros pikka parecían pensar que todo era absolutamente normal.

El robot abejón recibió la firma de Arthur y salió a escape. Arthur llevó el paquete a su cabaña, se sentó y lo observó.

—¡Vamos a abrirlo! —exclamó Random, que aquella mañana se sentía más animada, ya que todo lo que la rodeaba se había vuelto absolutamente extraño, pero Arthur dijo que no.

—¿Por qué no?

—No viene dirigido a mí.

—Sí, es para ti.

—No, no lo es. Viene a mi dirección, pero para entregar a… bueno, es para Ford Prefect.

—¿Ford Prefect? ¿No es ése el que…?

—Sí —contestó Arthur en tono agrio.

—He oído hablar de él.

—Supongo que sí.

—Abrámoslo de todos modos. ¿Qué vamos a hacer si no?

—No sé —confesó Arthur, que en realidad no estaba seguro.

Había llevado a la fragua los cuchillos estropeados a primera hora de aquella radiante mañana, y Strinder los había mirado y había dicho que vería lo que podía hacer.

Habían hecho lo de siempre, agitar los cuchillos por el aire para determinar el contrapeso, la flexión y esas cosas, pero faltaba alegría y Arthur tuvo la triste sensación de que sus días como Hacedor de Bocadillos estaban probablemente contados.

Agachó la cabeza.

La próxima aparición de los Animales Completamente Normales era inminente, pero Arthur pensó que las habituales celebraciones de la caza y los festines iban a ser más bien apagados y problemáticos. Algo había pasado en Lamuella, y Arthur tuvo la horrible sensación de que él tenía la culpa.

—¿Qué crees que será? —insistió Random, dando vueltas al paquete entre las manos.

—No sé —contestó Arthur—. Pero será algo malo y preocupante.

—¿Cómo lo sabes? —protestó Random.

—Porque todo lo que tiene que ver con Ford Prefect acaba siendo peor y más preocupante que cualquier cosa que no tenga nada que ver con él. Créeme.

—Estás preocupado por algo, ¿verdad?

Arthur suspiró.

—Sólo estoy un poco inquieto y nervioso.

—Lo siento —dijo Random, volviendo a dejar el paquete. Comprendía que, si lo abría, le preocuparía verdaderamente. No tenía más remedio que abrirlo cuando él no mirase.

16

Arthur no estaba del todo seguro de qué había echado en falta primero. Cuando notó que una de las dos cosas no estaba, pensó inmediatamente en la otra y en seguida comprendió que faltaban las dos y que, en consecuencia, iba a ocurrir algo muy malo y de difícil arreglo.

Random no estaba. Y el paquete tampoco.

Lo había dejado todo el día en un estante, a la vista. Como en prueba de confianza.

Era consciente de que una de sus obligaciones de padre era dar muestras de confianza en su hija, crear una sensación de franqueza y responsabilidad en el fundamento de su mutua relación. Había tenido la desagradable impresión de que hacer una cosa así era una imbecilidad, pero lo había hecho de todas formas, y desde luego ése había sido el resultado, vivir para ver. En cualquier caso, se vive.

Y también se tiene miedo.

Arthur salió corriendo de la cabaña. Era a media tarde, la luz se iba amortiguando y se preparaba una tormenta. No vio a Random por parte alguna, ni rastro de ella. Preguntó. Nadie la había visto. Todos volvían a recogerse a sus hogares. A las afueras del pueblo soplaba un poco de viento, levantando cosas a su paso y lanzándolas peligrosamente por todos lados.

Se encontró con Thrashbarg y le preguntó. El Anciano lo miró impasible y señaló en la dirección que Arthur más temía, la que le había indicado su instinto.

Pero ahora estaba seguro.

Random había ido a donde pensaba que él no la seguiría.

Miró al cielo, que estaba sombrío, cárdeno y veteado, y se le ocurrió que era la clase de cielo por donde los Cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgarían sin sentirse un puñado de perfectos imbéciles.

Lleno del más negro presentimiento, acometió la senda que llevaba al bosque del siguiente valle. Las primeras gotas de lluvia empezaron a salpicar el suelo mientras él intentaba correr arrastrando la pierna.

Random llegó a la cresta de la colina y miró al siguiente valle. La ascensión había sido más larga y penosa de lo que había pensado. Le preocupaba un poco que no fuese buena idea hacer aquella excursión de noche, pero su padre se había pasado todo el día cerca de la cabaña, haciendo como que no vigilaba el paquete. Al fin tuvo que ir a la fragua a hablar con Strinder de los cuchillos, y Random había aprovechado la ocasión para salir corriendo con el paquete.

Estaba completamente claro que no podía abrirlo allí mismo, en la cabaña, ni siquiera en el pueblo. Podría aparecer delante de ella en cualquier momento. Lo que significaba que tendría que ir a donde no la encontrara.

Podía detenerse allí mismo, donde estaba. Había tomado aquel camino con la esperanza de que no fuese tras ella, pero aunque la siguiera jamás la encontraría entre los árboles de la colina, a la caída de la noche y bajo la lluvia.

Mientras subía la colina, el paquete no había dejado de agitarse bajo su brazo. Era un objeto agradablemente grande: una caja de tapa cuadrada con lados del tamaño de un brazo y de una cuarta de hondo, envuelta en papel marrón y atada con una novedosa cuerda que se anudaba sola. No sonaba al agitarlo pero, cosa interesante, el peso se concentraba en el medio.

Y ya que había llegado tan lejos, se daría el gusto de no pararse allí, sino de continuar hacia lo que parecía ser zona prohibida, donde había caído la nave de su padre. No estaba completamente segura de lo que significaba la palabra «encantada», pero sería divertido averiguarlo. Continuaría la marcha y dejaría el paquete para cuando llegara allí.

Pero se estaba haciendo de noche. Aún no había utilizado la pequeña linterna porque no quería que la vieran desde lejos. Ahora tendría que usarla, pero ya no importaba porque estaba en la otra ladera de la colina que dividía los dos valles.

Encendió la linterna. Casi en el mismo momento, un relámpago en forma de horquilla desgarró el valle al que se dirigía, dándole un

buen susto. Cuando las tinieblas volvieron a envolverla como un escalofrío y un trueno resonó por toda la comarca, se sintió súbitamente indefensa y perdida con sólo un débil lápiz luminoso que le temblaba en la mano. Quizá debería pararse, después de todo, y abrir el paquete allí mismo. O volver, quizá, y salir mañana otra vez. Pero sólo fue una vacilación momentánea. Sabía que aquella noche no volvería, y pensó que nunca se presentaría otra ocasión.

Empezó a bajar por la ladera. La lluvia empezaba a arreciar. Mientras poco antes sólo caían algunas gotas gruesas, ahora estaba cayendo un buen chaparrón que silbaba entre los árboles, y el terreno se iba volviendo resbaladizo bajo sus pies.

Al menos pensaba que era la lluvia lo que silbaba. Había sombras que saltaban y la miraban de reojo mientras la luz de su linterna se movía entre los árboles. De frente y hacia abajo.

Siguió a toda prisa durante otros diez o quince minutos, ya calada hasta los huesos y tiritando, y poco a poco se dio cuenta de que más allá, frente a ella, parecía haber otra luz. Era muy tenue y no sabía si se lo estaba imaginando. Apagó la linterna para comprobarlo. Parecía haber una especie de débil resplandor. No sabía qué era. Volvió a encender la linterna y continuó colina abajo, derecha hacia lo que fuese aquello.

Pero algo pasaba en el bosque.

De momento no sabía qué era, pero no daba la animada impresión de un bosque saludable a las puertas de una buena primavera. Los árboles se inclinaban en quebradizos ángulos y tenían un aire pálido y marchito. Al pasar frente a ellos, más de una vez Random tuvo la inquietante impresión de que intentaban alcanzarla, pero sólo era una ilusión causada por la forma en que la luz de su linterna hacía oscilar y parpadear las sombras.

De pronto, algo cayó de un árbol delante de ella. Alarmada, dio un salto hacia atrás, dejando caer la linterna y el paquete. Se puso en cuclillas y sacó del bolsillo la piedra especialmente afilada.

Lo que había caído del árbol se estaba moviendo. La linterna en el suelo, apuntaba en su dirección: una sombra amplia y grotesca apareció entre la luz, dirigiéndose hacia ella con movimientos vacilantes. Oyó un débil rumor de crujidos y chillidos entre el continuo silbido de la lluvia. Buscó a tientas por el suelo, encontró

la linterna y enfocó directamente a la criatura.

En aquel mismo momento, otra saltó de un árbol a unos pocos metros de distancia. Enfocó rápidamente la linterna de una a otra. Alzó la mano con la piedra, dispuesta a arrojarla.

Eran bastante pequeñas, en realidad. El ángulo de la luz era lo que las hacía parecer tan grandes. No sólo pequeñas, sino diminutas, peludas y delicadas. Y había otra, que caía ahora de los árboles. Cruzó el rayo de luz, de modo que la vio claramente.

Cayó con limpieza y precisión, se volvió y luego, como las otras dos, empezó a avanzar despacio y decididamente hacia ella.

Random se quedó inmóvil en el sitio. Aún blandía la piedra, lista para lanzarla, pero cada vez se convencía más de que las criaturas a quienes estaba apuntando con la piedra dispuesta a arrojársela, eran ardillas. O al menos, criaturas semejantes a ardillas. Suaves, cálidos, delicados animalitos parecidos a ardillas que se acercaban a ella en una actitud que no sabía si le gustaba.

Enfocó de lleno a la primera. Hacía ruidos agresivos, intimidantes, como si chillara, y en uno de sus diminutos puños llevaba un trapo rosa, húmedo y raído. Random alzó la piedra con aire amenazador, pero aquello no hizo impresión alguna en la ardilla, que siguió avanzando hacia ella con el trapo húmedo.

Dio un paso atrás. No sabía cómo enfrentarse a aquello. Si hubieran sido animales de brillantes colmillos, bravos, gruñones y babeantes, se habría abalanzado resueltamente sobre ellos, pero no tenía ni idea de cómo encararse con unas ardillas que se comportaban así.

Siguió retrocediendo. La segunda ardilla iniciaba una maniobra para rodearla por el flanco derecho. Llevaba como una copa. Parecía el dedal de una bellota. La tercera iba justo detrás de ella, avanzando a su vez. ¿Qué era lo que llevaba? Como un trozo de papel húmedo, pensó Random.

Dio otro paso atrás, tropezó con el tobillo en la raíz de un árbol y cayó hacia atrás.

Inmediatamente, la primera ardilla se precipitó hacia adelante y se abalanzó sobre ella, reptando por su estómago con una fría determinación en los ojos y un trapo húmedo en el puño.

Random intentó incorporarse de un salto, pero sólo logró moverse unos centímetros. La ardilla hizo un movimiento brusco

sobre su estómago, que la sobresaltó. El animalito se inmovilizó, apretándole la piel con sus diminutas garras a través de la empapada camisa. Entonces, despacio, centímetro a centímetro, prosiguió su ascensión sobre ella, se paró y le ofreció el trapo.

Random se sintió casi hipnotizada por el extraño aspecto de la criatura y sus ojos diminutos y relucientes. Volvió a ofrecerle el trapo. Repitió la operación varias veces, chillando con insistencia, hasta que al fin, con un movimiento nervioso y vacilante, Random se lo arrebató. La criatura siguió observándola con atención, recorriéndole el rostro con rápidos movimientos de los ojos. Random no sabía qué hacer. Por la cara le corría lluvia y barro y tenía una ardilla sentada encima. Se limpió el barro de los ojos con el trapo.

La ardilla profirió un grito de triunfo, recuperó el trapo, se levantó de un salto, se alejó correteando hacia la oscura noche circundante, trepó rápidamente a un árbol, se metió en un agujero del tronco, se puso cómoda y encendió un cigarrillo. Mientras, Random trataba de mantener a raya a la ardilla que llevaba la copa de bellota llena de lluvia y a la que tenía el papel. Retrocedió apoyándose en el trasero.

—¡No! —gritó—. ¡Fuera!

Retrocedieron asustadas y luego volvieron a la carga con sus regalos. Random blandió la piedra hacia ellas.

—¡Marchaos! —gritó.

Las ardillas se retiraron, consternadas. Luego, una de ellas se lanzó directamente hacia ella, le soltó en el regazo la copa de bellota, se volvió y salió corriendo hacia la oscuridad. La otra permaneció un momento inmóvil, temblando, luego colocó ordenadamente el trozo de papel a sus pies y desapareció a su vez.

Estaba sola de nuevo, pero estremecida de confusión. Tambaleándose, se puso en pie, recogió la piedra y el paquete, se quedó quieta y luego cogió también el trozo de papel. Estaba tan húmedo y deteriorado que resultaba difícil saber qué era. Parecía un fragmento de una revista de líneas aéreas.

Justo cuando Random intentaba comprender exactamente qué significaba todo aquello, un hombre apareció en el claro, la apuntó con un rifle de horrible aspecto y disparó.

A cuatro o cinco kilómetros detrás de ella, por la otra ladera,

Arthur subía arrastrando penosamente la pierna.

Unos minutos después de emprender la marcha, había vuelto a casa a buscar una linterna. Que no era eléctrica. La única del pueblo se la había llevado Random. Era una especie de mortecino quinqué: una lata de la fragua de Strinder, provista de un depósito de combustible de aceite de pescado y una mecha de hierba seca y trenzada, perforada y envuelta en una telilla traslúcida hecha con membranas secas de la tripa de un Animal Completamente Normal.

Acababa de apagársele.

La agitó unos momentos de un lado para otro en un gesto completamente inútil. Era evidente que no iba a conseguir que el quinqué se encendiese de nuevo en medio del fuerte aguacero, pero había que hacer un intento simbólico. De mala gana, lo tiró al suelo. ¿Qué hacer? Era imposible. Estaba enteramente empapado, le pesaba la ropa, abultada por la lluvia, y además estaba perdido en la oscuridad.

Durante un breve instante se vio envuelto en luz cegadora, y a continuación se vio perdido de nuevo en la oscuridad.

Pero al menos el relámpago le había mostrado que se encontraba muy cerca de la cresta de la colina. Una vez que la rebasara, podría…, bueno, no estaba seguro de lo que podría hacer. Ya lo pensaría cuando llegase.

Siguió cojeando, cuesta arriba.

Pocos minutos después, sin aliento, comprendió que se encontraba en la cumbre. Abajo, a lo lejos, había como un tenue destello. No tenía idea de qué era, y en realidad apenas le apetecía pensarlo. Pero era lo único que podía hacer, así que, tropezando, perdido y asustado echó a andar hacia el resplandor.

El destello de luz mortal pasó limpiamente a través de Random y, un par de segundos después, lo mismo hizo el individuo que lo había lanzado. Aparte de eso, el desconocido no prestó atención alguna a Random. Había disparado a alguien que estaba detrás de ella, y cuando Random se volvió a mirar, él estaba arrodillado junto a un cadáver, registrándole los bolsillos.

La escena se inmovilizó y desapareció. Un momento después fue sustituida por unos dientes gigantescos enmarcados en unos inmensos labios rojos y perfectamente pintados. De pronto surgió un enorme cepillo azul y empezó a aplicar espuma a los dientes,

que siguieron brillando entre la trémula cortina de lluvia.

Random parpadeó dos veces y entonces lo entendió.

Era un anuncio. El tipo que le había disparado formaba parte de una película holográfica de las que se proyectan en los vuelos. Ya debía estar muy cerca de donde se había estrellado la nave. Evidentemente, algunos de sus dispositivos eran más indestructibles que otros.

El siguiente kilómetro de su excursión fue especialmente penoso. No sólo tuvo que vérselas con el frío, la lluvia y la oscuridad, sino también con los fragmentados y revueltos restos de los mecanismos de distracción de a bordo. A su alrededor, naves espaciales, coches a reacción y helípodos se estrellaban y explotaban continuamente, iluminando la noche, gente de malvado aspecto con extraños sombreros hacía contrabando a través de ella con drogas peligrosas, y en un pequeño claro a su izquierda la orquesta y coros de la Opera Estatal de Hallapolis ejecutaba la Marcha de la Guardia Estelar de Anjaqantine, que cierra el Acto IV del Blamvellanum de Woont, de Rizgar.

Y entonces llegó al borde de un cráter burbujeante de muy desagradable aspecto. En el fondo del agujero aún persistía un tenue y cálido resplandor despedido por lo que en otras circunstancias se habría tomado por un enorme chicle caramelizado: los restos fundidos de una gran nave espacial.

Se quedó mirándolo durante un buen rato y luego echó a andar en torno al borde. Ya no estaba segura de lo que buscaba, pero siguió avanzando de todas formas, dejando a su izquierda el horror del cráter.

La lluvia empezó a ceder un poco, pero seguía cayendo bastante, y como ignoraba lo que había en la caja, si era algo delicado o que pudiera estropearse, pensó en buscar un sitio relativamente seco para abrirlo. Esperó que no lo hubiera estropeado ya, cuando se le cayó.

Enfocó la linterna hacia los árboles circundantes, que por aquella parte eran escasos, en su mayoría calcinados y partidos. A media distancia creyó distinguir una confusa masa rocosa que podría procurarle abrigo y se encaminó hacia allá. Por todos lados encontraba despojos expelidos en el momento en que la nave se hizo pedazos, antes de la bola de fuego final.

A unos doscientos o trescientos metros del borde del cráter se encontró con los destartalados fragmentos de un material esponjoso de color rosa, empapado, cubierto de barro y goteante entre los árboles rotos. Supuso, correctamente, que debían de ser los restos de la envoltura de escape que había salvado la vida a su padre. Se acercó a observarlo con más detenimiento y entonces vio en el suelo algo medio cubierto por el barro.

Lo recogió y lo limpió. Era una especie de aparato electrónico del tamaño de un libro pequeño. En respuesta a su pulsación, destellando tenuemente en la portada, surgieron unas letras amplias y graciosas. Decían: NO SE ASUSTE. Sabía lo que era. Era el ejemplar de su padre de la Guía del autoestopista galáctico.

El descubrimiento la tranquilizó inmediatamente, alzó la cabeza al tormentoso cielo y dejó que la lluvia le resbalara por la cara hasta la boca.

Sacudió la cabeza y se apresuró hacia las rocas. Encaramada a ellas, casi en seguida encontró el sitio perfecto. La entrada de una gruta. Enfocó el interior con la linterna. Parecía seco y seguro. Avanzando con mucho cuidado, entró. Era bastante espaciosa, aunque no muy profunda. Agotada y llena de alivio se sentó en una piedra cómoda, puso la caja delante de ella y procedió a abrirla de inmediato.

17

Durante una largo período de tiempo hubo muchas conjeturas y polémicas sobre adónde había ido a parar la «materia perdida» del Universo. En toda la Galaxia, los departamentos científicos de las más importantes universidades adquirían equipos cada vez más elaborados para sondear y escudriñar las entrañas de galaxias lejanas, y luego el centro mismo y hasta los límites de todo el Universo, pero cuando finalmente se descubrió, resultó ser el material en que embalaban los equipos.

En la caja había una gran cantidad de bolitas pequeñas, suaves y blandas, materia perdida que Random desechó para que futuras generaciones de físicos rastreara y volviera a descubrir después de que los hallazgos de la actual generación se hubieran perdido y olvidado.

De entre las bolitas de materia perdida sacó el inocuo disco negro. Lo puso sobre una piedra a su lado y rebuscó entre toda la materia perdida para ver si había algo más, un manual, piezas o algo, pero no había otra cosa. Sólo el disco negro.

Lo enfocó con la linterna.

Y entonces empezaron a surgir grietas a lo largo de su superficie aparentemente lisa. Random retrocedió nerviosamente, pero en seguida vio que aquello, fuera lo que fuese, estaba simplemente desplegándose.

El proceso era de una maravillosa belleza. Sumamente elaborado, pero también sencillo y elegante. Era como una obra de origami que se abriera por sí sola, o un capullo de rosa que floreciese en cuestión de segundos.

Unos momentos antes era un disco negro de espléndida lisura y redondez, ahora se había convertido en pájaro. Suspendido en el aire.

Random siguió retrocediendo, atenta y vigilante.

Se parecía un poco a un pájaro pikka, sólo que bastante más pequeño. Es decir, en realidad era más grande, o para ser más precisos, exactamente del mismo tamaño, o el doble, por lo menos. También era a la vez mucho más azul y bastante más rosado que los pájaros pikka, sin dejar de ser al mismo tiempo completamente negro.

Además tenía algo muy raro que Random no pudo descifrar al momento.

Desde luego, igual que los pájaros pikka, daba la impresión de que contemplaba algo que uno no veía.

De pronto desapareció.

Entonces, tan inesperadamente como antes, todo se volvió negro. Random se puso en cuclillas, tensa, buscando de nuevo en el bolsillo la piedra especialmente afilada. Luego la negrura se contrajo, se hizo una bola y después se convirtió de nuevo en pájaro. Se quedó suspendido en el aire frente a ella, batiendo las alas despacio y mirándola fijamente.

—Disculpa —dijo de pronto—. Es que tengo que calibrarme. ¿Me oyes cuando te digo esto?

—¿Cuando me dices qué? —preguntó Random.

—Bien —repuso el pájaro, que esta vez habló alzando el tono—. ¿Y me oyes cuando digo esto?

—Sí, claro que te oigo.

—¿Y cuando hablo así, me oyes? —preguntó el pájaro, esta vez con una voz profunda y sepulcral.

—SI.

Entonces hubo una pausa.

—No, está claro que no —concluyó el pájaro al cabo de unos momentos—. Bueno, pues el alcance de tu oído está entre veinte y dieciséis kiloherzios. Así. ¿Te resulta agradable? —le preguntó en una encantadora voz de tenor ligero—. ¿No hay armonías molestas que rechinen en el registro más alto? Claro que no. Bien. Ésas las utilizaré como canales de datos. Estupendo. ¿Cuántos ves como yo?

De pronto el aire se llenó de pájaros entrelazados. Random estaba acostumbrada a pasar el tiempo en realidades virtuales, pero aquello era bastante más extraño que nada de lo que había visto hasta entonces. Era como si toda la geometría del espacio se hubiera vuelto a definir en formas de pájaros sin contornos.

Random jadeó y se puso los brazos delante de la cara, agitándolos en el espacio en forma de pájaro.

—Hummm, evidentemente, son demasiados —comentó el pájaro —. ¿Qué tal ahora?

Como un acordeón, se extendió en un túnel de pájaros, como atrapado entre espejos paralelos que lo reflejaran hacia el infinito.

—¿Qué eres? —gritó Random.

—Hablaremos de eso dentro de un momento —aseguró el pájaro —. Sólo dime cuántos, por favor.

—Bueno, eres una especie de… —Random hizo una especie de gesto inútil hacia la lejanía.

—Ya veo, todavía tengo una extensión infinita, pero al menos nos acercamos a la matriz dimensional adecuada. Bien. No, la respuesta es una naranja y dos limones.

—¿Limones?

—Si tengo tres limones y tres naranjas y pierdo dos naranjas y un limón, ¿qué es lo que me queda?

—¿Eh?

—De acuerdo, así que crees que el tiempo fluye de ese modo, ¿no?, interesante. ¿Sigo siendo infinito? ¿Soy muy amarillo?

El pájaro sufría a cada momento asombrosas transformaciones en forma y extensión.

—No sé… —dijo Random, pasmada.

—No tienes que contestar; mirándote, lo sé. Muy bien. ¿Soy tu madre? ¿Soy una piedra? ¿Te parezco enorme, blando y sinuosamente entrelazado? ¿No? ¿Y ahora? ¿Voy hacia atrás?

Por una vez, el pájaro estaba completamente quieto y en una sola pieza.

—No —contestó Random.

—Pues en realidad, sí, me movía hacia atrás en el tiempo. Humm. Bueno, creo que ya hemos arreglado todo eso. Si quieres saberlo, te diré que en tu universo os movéis libremente en tres dimensiones que llamáis espacio. Os desplazáis en línea recta en una cuarta que llamáis tiempo, y estáis fijos en una quinta, que constituye el primer fundamento de la probabilidad. A partir de ahí todo se complica un poco, y en las dimensiones trece a veintidós ocurren cosas de todo tipo que en realidad no te interesan. De momento, lo único que necesitas saber es que el universo es mucho

más complejo de lo que puedas imaginarte, aunque partas de una percepción intelectual que en principio sea puñeteramente elaborada. No me cuesta trabajo no decir palabras como «puñetera», si te molestan.

—Di lo que te venga puñeteramente en gana.

—Lo diré.

—¿Quién coño eres tú? —inquirió Random.

—Soy la Guía. En tu universo soy tu Guía. En general, habito lo que técnicamente se conoce como Toda Clase de Revoltijo General, que significa…, bueno, permíteme que te lo muestre.

Dio la vuelta en el aire, salió de la gruta como una flecha y se posó bajo el saliente de una roca al resguardo de la lluvia, que arreciaba de nuevo.

—Ven —dijo—. Mira esto.

A Random no le gustaba que un pájaro la mandara de acá para allá, pero se dirigió de todos modos a la entrada de la cueva, sin dejar de acariciar la piedra en el bolsillo.

—Lluvia —anunció el pájaro—. ¿Ves? Sólo lluvia.

—Sé lo que es la lluvia.

Cortinas de agua barrían la noche, tamizada de luz de luna.

—Bueno, ¿y qué es?

—¿Qué quieres decir? Oye, ¿quién eres tú? ¿Qué estabas haciendo en esa caja? ¿Es que me he pasado la noche corriendo por el bosque defendiéndome de ardillas enloquecidas, sólo para encontrarme al final con un pájaro que me pregunta qué es la lluvia? No es más que agua que cae del puñetero cielo, eso es todo. ¿Quieres saber alguna otra cosa, o ya podemos marcharnos a casa?

Hubo una larga pausa antes de que el pájaro contestara.

—¿Quieres ir a casa?

—¡Yo no tengo casa! —gritó Random, tan alto que casi se sorprendió.

—Mira entre la lluvia… —dijo el pájaro Guía.

—¡Estoy mirando la lluvia! ¿Qué otra cosa puedo mirar?

—¿Qué ves?

—¿Qué quieres decir, pájaro bobo? Sólo veo un montón de lluvia. Sólo agua, que cae.

—¿Qué formas ves en el agua?

—¿Formas? No hay ninguna forma. No es más que, sólo…

—Sólo un revoltijo —concluyó el pájaro Guía.

—Sí…

—Y ahora, ¿qué ves?

Justo en el límite de la visibilidad, un fino y tenue rayo de luz salió de los ojos del pájaro. En el ambiente seco de debajo del saliente no se veía nada. Cuando el rayo atravesó la lluvia apareció una lisa cortina de luz, tan vívida y brillante que parecía compacta.

—Qué estupendo. Un espectáculo de láser —comentó Random en tono displicente—. Nunca he visto ninguno de ésos, desde luego, salvo en unos cinco millones de conciertos de *rock*.

—Dime lo que ves.

—¡Sólo una sábana lisa! Pájaro bobo.

—Ahí no hay nada que no hubiese antes. Sólo utilizo la luz para llamar tu atención sobre ciertas gotas en determinados momentos. Y ahora, ¿qué ves?

La luz se apagó.

—Nada.

—Estoy haciendo exactamente lo mismo, pero con rayos ultravioleta. No lo puedes ver.

—¿Y qué sentido tiene enseñarme algo que no puedo ver?

—Para que entiendas que el simple hecho de que veas algo no quiere decir que exista. Y si no ves algo, no quiere decir que no exista; únicamente ves lo que llama la atención de tus sentidos.

—Esto me aburre —dijo Random, pero a continuación se quedó boquiabierta.

Suspendida entre la lluvia había una imagen tridimensional, gigantesca y muy vívida de su padre, con aire de haberse sobresaltado por algo.

A unos tres kilómetros detrás de Random, su padre, que avanzaba penosamente por el bosque, se paró de pronto. Se sobresaltó al ver una imagen de sí mismo con aire de haberse sobresaltado por algo, luminosamente suspendida entre la lluvia a unos tres kilómetros de distancia. A la derecha, en la dirección que él llevaba.

Estaba casi totalmente perdido, convencido de que iba a morir de frío, humedad y agotamiento, y empezaba a desear simplemente poder seguir adelante. Además, una ardilla acababa de traerle una revista de golf y el cerebro le empezaba a dar alaridos y a decir

disparates.

Al ver una enorme imagen de sí mismo brillantemente iluminada en el cielo, se dijo que, bien pensado, quizá tuviera razón para aullar y disparatar, pero que probablemente estaba equivocado en cuanto a la dirección que había seguido.

Respiró hondo, dio media vuelta y se dirigió hacia el inexplicable espectáculo luminoso.

—Muy bien, ¿y qué prueba eso? —preguntó Random.

Antes que la aparición de la imagen en sí, lo que la sobresaltó fue el hecho de que representara a su padre. Había visto su primer holograma cuando tenía dos meses de edad y la metieron a jugar en él. El último lo había visto media hora antes, una representación de la Marcha de la Guardia Estelar de Anjaqantine.

—Pues que esa imagen no existe ni deja de existir, igual que la sábana —repuso el pájaro—. No es más que la interacción del agua que cae del cielo en una dirección, con unas frecuencias luminosas que tus sentidos pueden percibir y que se mueven en otra dirección. En tu mente eso forma una imagen de apariencia compacta. Pero sólo son imágenes dispersas en el Revoltijo. Ahí tienes otra.

—¡Mi madre! —exclamó Random.

—No —corrigió el pájaro.

—¡Conozco perfectamente a mi madre!

Era la imagen de una mujer que salía de una nave espacial en el interior de un edificio grande y gris, semejante a un hangar. La acompañaba un grupo de criaturas altas y delgadas, de un color entre púrpura y verde. Era, sin duda alguna, la madre de Random. Bueno, casi sin duda. Trillian no habría caminado con tanta inseguridad en gravedad baja, ni mirado con tal expresión de incredulidad al aburrido y arcaico dispositivo de mantenimiento de las condiciones vitales, ni llevado aquella extraña y anticuada cámara.

—¿Quién es, entonces? —preguntó Random.

—Es parte de la extensión de tu madre en el eje de la probabilidad —explicó el pájaro Guía.

—No tengo la menor idea de lo que estás diciendo.

—El espacio, el tiempo y la probabilidad tienen ejes a lo largo de los cuales es posible desplazarse.

—Sigo sin comprender. Aunque me parece… No. Explícamelo.

—Creí que querías irte a casa.

—¡Explícamelo!

—¿Te gustaría ver tu casa?

—¿Verla? ¡La destruyeron!

—En el eje de la probabilidad todo es discontinuo. ¡Mira! Entre la lluvia apareció vagamente algo muy raro y maravilloso. Era un globo gigantesco, de un color azul verdoso, en vuelto en bruma y cubierto de nubes, que giraba con majestuosa lentitud contra un fondo negro y estrellado.

—Ahora lo ves —dijo el pájaro—. Y ahora no lo ves.

A poco menos de tres kilómetros, Arthur Dent se quedó parado donde estaba. No podía dar crédito a sus ojos: allí colgada, envuelta en lluvia, pero brillante y vívidamente real contra el cielo nocturno, estaba la Tierra. Se quedó boquiabierto al verla. Entonces, en el momento en que abrió la boca, volvió a desaparecer. Luego apareció de nuevo. Después, y eso es lo que le hizo abandonar y le puso los pelos de punta, se convirtió en una salchicha.

Random también se quedó perpleja a la vista de aquella enorme salchicha, verde azulada y cubierta de agua y bruma, que pendía sobre su cabeza. Y ahora era una ristra de salchichas o, mejor dicho, era una sarta de salchichas en la que faltaban muchas piezas. Toda la reluciente sarta dio vueltas en el aire y giró en una pasmosa danza hasta que fue deteniéndose poco a poco, volviéndose insustancial y desapareciendo en la centelleante oscuridad de la noche.

—¿Qué era eso? —preguntó Random con voz débil.

—Una visión fugaz a lo largo del eje de probabilidad de un objeto discontinuamente probable.

—Entiendo.

—La mayoría de los objetos cambian y se transforman a lo largo de su eje de probabilidad, pero en el mundo de donde procedes las cosas son ligeramente distintas. La diferencia está en lo que podría denominarse una línea quebrada en el paisaje de probabilidad, lo que significa que en muchas coordenadas de probabilidad todo el conjunto deja sencillamente de existir. Tiene una inestabilidad propia, lo que es típico de todo lo que se halla en lo que suele denominarse sectores Plurales. ¿Está claro?

—No.
—¿Quieres ir a verlo por ti misma?
—A… ¿la Tierra?
—Sí.
—¿Es posible?
El pájaro Guía no contestó en seguida. Abrió las alas y, con sencilla elegancia, se elevó en el aire y voló entre la lluvia que, una vez más, empezaba a ceder.
Se remontó magníficamente en el cielo nocturno, con luces destellando a su alrededor. Bajó en picado, giró, describió rizos, volvió a girar y finalmente se detuvo a sesenta centímetros de la cara de Random, batiendo las alas despacio y sin ruido.
Le habló de nuevo.
—Tu universo es vasto para ti. Vasto en el tiempo, vasto en el espacio. Ello se debe a los filtros a través de los cuales lo percibes. Pero yo fui concebido sin filtro alguno, lo que significa que percibo el revoltijo que contienen todos los universos posibles, aunque él mismo carece en absoluto de tamaño. Para mí, todo es posible. Soy omnisciente y omnipotente, sumamente vanidoso y, además, vengo en un cómodo paquete que se lleva a sí mismo. Tendrás que averiguar cuánto hay de cierto en lo que acabo de decirte.
Una lenta sonrisa se extendió en el rostro de Random.
—Puñetera criatura. ¡Me has estado tomando el pelo!
—Como he dicho, todo es posible.
—De acuerdo —dijo Random, soltando una carcajada—. Intentemos ir a la Tierra. Vayamos a la Tierra a algún punto de su, humm…
—¿Eje de probabilidad?
—Sí. Donde no haya sido destruida. Tú eres el Guía. Así que ¿cómo conseguimos que nos lleven?
—Ingeniería inversa.
—¿Qué?
—Ingeniería inversa. Para mí, el flujo del tiempo es intrascendente. Tú decides lo que quieres. Luego yo me limito a comprobar que eso haya sucedido ya.
—Estás de broma.
—Todo es posible.
—Estás de broma, ¿verdad? —insistió Random, frunciendo el

ceño.

—Deja que te lo explique de otro modo —repuso el pájaro—. La ingeniería inversa nos permite evitar el engorro de esperar a que una de esas horriblemente escasas naves espaciales que pasan por tu sector galáctico una vez al año más o menos, se decida sobre si le apetece o no llevarte. El piloto pensará que tiene una entre un millón de razones para parar y recogerte. La verdadera razón será que yo he determinado su voluntad.

—Ahora estás siendo sumamente vanidoso, ¿verdad, pajarito?

El pájaro guardó silencio.

—Muy bien —concluyó Random—. Quiero una nave que me lleve a la Tierra.

—¿Ésta te parece bien?

La nave era tan silenciosa, que Random no la vio bajar hasta que casi la tuvo sobre la cabeza.

Arthur sí la vio. Ahora estaba a kilómetro y medio, y seguía acercándose. Justo después de finalizar la exhibición de la salchicha iluminada había observado los tenues destellos de otras luces que atravesaban las nubes y, al principio, pensó que se trataba de otro llamativo espectáculo de son et lumiére.

Tardó unos momentos en darse cuenta de que se trataba de una verdadera nave espacial, y otros tantos en comprender que bajaba directamente donde suponía que estaba su hija. Entonces fue cuando, de pronto, sin importarle la lluvia, olvidándose de la herida de la pierna, a pesar de la oscuridad, echó verdaderamente a correr.

Se resbaló casi inmediatamente, cayendo al suelo, dándose en la rodilla con una piedra y haciéndose bastante daño. Se puso en pie a duras penas y volvió a intentarlo. Tenía la horrible y desalentadora impresión de que estaba a punto de perder a Random para siempre. Cojeando y maldiciendo, se lanzó a la carrera. Desconocía el contenido de la caja, pero el nombre que había en ella era el de Ford Prefect, y ése era el nombre que maldecía al correr.

La nave era de las más atractivas y bellas que Random había visto nunca.

Era asombrosa. Plateada, reluciente, inefable.

De no haber sabido que era imposible, habría dicho que era una RW6. Mientras aterrizaba sin ruido junto a ella vio que en realidad

era una RW6, y la emoción casi le cortó el aliento. Una RW6 era de esas cosas que sólo se ven en la clase de revistas concebidas para provocar desórdenes civiles.

Además se puso muy nerviosa. La forma y el momento de su llegada eran profundamente inquietantes. O se trataba de la más extraña coincidencia, o estaba ocurriendo algo muy peculiar y preocupante. Un tanto tensa, esperó a que se abriera la escotilla de la nave. Su Guía —así lo consideraba ya— revoloteaba por encima de su hombro derecho, casi sin mover las alas.

La escotilla se abrió. Salió un poco de luz tenue. Al cabo de unos instantes surgió una figura. Permaneció inmóvil un momento, al parecer tratando de que sus ojos se habituaran a la oscuridad. Entonces distinguió a Random y pareció sorprenderse un poco. Empezó a caminar hacia ella. De repente dio un grito de sorpresa y echó a correr en su dirección.

Random no era de las personas hacia las que se puede echar a correr en una noche oscura cuando están un poco nerviosas. Desde el momento en que vio descender la nave estuvo acariciando inconscientemente la piedra que llevaba en el bolsillo.

Sin dejar de correr, resbalando, tropezando, chocando contra los árboles, Arthur comprendió al fin que llegaba demasiado tarde. La nave sólo había estado unos tres minutos en el suelo y ahora, en silencio, volvía a elevarse graciosamente sobre los árboles, giraba suavemente entre la fina lluvia a que ya se había reducido el aguacero, alzaba el morro, seguía subiendo y, sin esfuerzo, se perdía de pronto entre las nubes.

Desapareció. Y Random iba en ella. Era imposible que Arthur estuviese tan seguro, pero lo sabía y siguió avanzando de todos modos. Random había desaparecido, él había desempeñado la tarea de padre y no podía creer lo mal que lo había hecho. Trató de seguir corriendo, pero arrastraba los pies, le dolía curiosamente la rodilla y sabía que era demasiado tarde.

No podía concebir que pudiera sentirse más triste y desdichado que en aquel momento, pero se equivocaba.

Al fin llegó cojeando a la gruta donde Random se había refugiado para abrir la caja. El suelo mostraba las marcas de la nave espacial que había aterrizado allí sólo unos minutos antes, pero de Random no había ni rastro. Deambuló desconsolado por la gruta,

encontró la caja vacía y montones de bolitas de embalaje desperdigadas. Eso le molestó un poco. Había intentado enseñarle a ser un poco ordenada. El sentirse un tanto molesto con ella le ayudó a soportar la desolación que le producía su marcha. Era consciente de que carecía de medios para encontrarla.

Tropezó con algo inesperado. Se agachó a recogerlo y se quedó completamente pasmado al descubrir lo que era: su vieja Guía del autoestopista galáctico. ¿Cómo había ido a parar a aquella cueva? No había vuelto a recogerla al lugar del accidente. No tenía deseos de volver a aparecer por allí y no quería recuperar la Guía. Había supuesto que se quedaría para siempre en Lamuella, haciendo bocadillos. ¿Cómo había ido a parar allí? Estaba funcionando. En la portada destellaban las palabras NO SE ASUSTE.

Salió de la cueva y volvió a la tenue y húmeda luz de la luna. Se sentó en una piedra a echar un vistazo a su vieja Guía, y entonces descubrió que no era una piedra sino una persona.

18

Arthur se puso en pie de un salto, sobrecogido de miedo. Sería difícil decir de qué estaba más asustado: si de haber hecho daño a la persona sobre la que inadvertidamente se había sentado, o de que la persona sobre la que inadvertidamente se había sentado le hiciera daño a su vez.

La inspección reveló que, después de todo, por el momento no había motivo para alarmarse. Quienquiera que fuese, la persona sobre la que se había sentado estaba inconsciente. Lo que probablemente allanaría bastante el camino hacia la explicación de qué hacía allí tendida. Pero parecía respirar perfectamente. Le tomó el pulso. También estaba bien.

Yacía de costado, medio encogido. Hacía tanto tiempo y estaba tan lejos de la última vez que había suministrado los primeros auxilios, que Arthur no se acordaba de lo que había que hacer. Lo primero, recordó entonces, era disponer de un botiquín de primeros auxilios. Maldita sea.

¿Debía ponerlo de espaldas o no? ¿Y si tenía algún hueso roto? ¿Y si se había tragado la lengua? ¿Y si luego le denunciaba? Pero, aparte de todo, ¿quién era?

En aquel momento, el hombre inconsciente emitió un sonoro gruñido y se puso boca arriba.

Arthur se preguntó si debía…

Lo miró.

Volvió a mirarlo.

Lo miró de nuevo, sólo para estar completamente seguro.

Pese a su creencia de que se sentía más deprimido de lo que jamás estaría, experimenta una terrible sensación de hundimiento.

El hombre volvió a quejarse y abrió despacio los ojos. Tardó un poco en ajustar la visión, luego parpadeó y se puso rígido.

—¡Tú! —exclamó Ford Prefect.

—¡Tú! —exclamó Arthur Dent.

Ford se quejó de nuevo.

—¿Qué necesitas que te explique esta vez? —le preguntó, cerrando los ojos con cierta desesperación.

Cinco minutos después estaba sentado y frotándose la sien, donde tenía un chichón bastante grande.

—¿Quién coño era esa mujer? —inquirió—. ¿Por qué estamos rodeados de ardillas y qué es lo que quieren?

—Las ardillas me han estado molestando toda la noche —contestó Arthur—. Insisten en darme revistas y cosas.

—¿De verdad? —dijo Ford, frunciendo el ceño.

—Y trapos.

Ford reflexionó.

—Ah. ¿Estamos cerca de donde se estrelló tu nave?

—Sí —contestó Arthur, un tanto tenso.

Pues será eso. Puede ocurrir. Los robots de cabina de la nave quedan destruidos. Los cibercerebros que los controlan sobreviven y empiezan a infestar la flora y la fauna de la comarca. Pueden transformar todo un ecosistema en una especie de inútil y abrumadora empresa de servicios que ofrece toallitas calientes y bebidas a los transeúntes. Debería haber una ley que lo prohibiera. Quizá la haya. Probablemente también otra ley que prohibiera que hubiese una ley que prohibiera eso, para que todo el mundo estuviera contento y motivado. Vaya. ¿Qué has dicho?

—He dicho que esa mujer es mi hija. —Ford dejó de frotarse la sien.

—Repítelo.

—He dicho —dijo Arthur en tono resentido— que esa mujer es mi hija.

—No sabía que tuvieras una hija.

—Bueno, posiblemente hay muchas cosas que ignoras de mí. Y ya que lo mencionamos, quizá haya muchas cosas que yo tampoco sepa de mí.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Cuándo ocurrió eso entonces?

—No estoy muy seguro.

—Eso ya parece un territorio más familiar —aseguró Ford—. ¿Hay una madre de por medio?

—Trillian.

—¿Trillian? No creía que…

—No. Es un poco enrevesado, ¿entiendes?

—Recuerdo que una vez me dijo que tenía una niña, pero sólo como de pasada. La veo de cuando en cuando. Pero nunca con la niña.

Arthur no dijo nada.

Con cierta perplejidad, Ford empezó a tocarse de nuevo la sien.

—¿Estás seguro de que era tu hija? —preguntó.

—Cuéntame lo que ha pasado.

—Uf. Es una larga historia. Venía a recoger el paquete que envié a tu casa, a mi nombre…

—Bueno, ¿y qué era?

—Creo que puede ser algo inconcebiblemente peligroso.

—¿Y me lo enviaste a mi? —protestó Arthur.

—Al sitio más seguro que se me ocurrió. Pensé que con tu manera de ser podía confiar en que no lo abrirías. En cualquier caso, como he venido de noche no he podido encontrar el pueblo ese. Venía con información bastante general. No he encontrado indicación alguna. Supongo que aquí no tendréis señales ni nada.

—Eso es lo que me gusta de aquí.

—Entonces capté una débil señal de tu viejo ejemplar de la Guía, y localicé su posición pensando que me conduciría hasta ti. Me encontré con que había aterrizado en un bosque. No sabía lo que estaba pasando. Salí de la nave y entonces vi a esa mujer allí de pie. Fui a saludarla cuando de pronto me di cuenta de que tenía eso.

—¿El qué?

—¡Lo que te envié! ¡La nueva Guía! ¡El pájaro! Lo que tú debías tener a buen recaudo, idiota, pero estaba justo encima del hombro de la mujer. Eché a correr hacia ella y entonces me dio una pedrada.

—Ya veo —dijo Arthur—. ¿Y tú qué hiciste?

—Pues me caí al suelo, claro. Quedé muy maltrecho. Ella y el pájaro se dirigieron a mi nave. Y cuando digo mi nave, me refiero a una RW6.

—¿Una qué?

—Una RW6, por amor de Zark. Ahora mantengo grandes relaciones entre mi tarjeta de crédito y el ordenador central de la Guía. Esa nave es increíble, Arthur, es…

—Entonces, una RW6 es una nave espacial, ¿no?

—¡Sí! Es…, bueno, no importa. Mira, entérate por tu cuenta, ¿vale, Arthur? O consulta algún catálogo. A esas alturas estaba muy preocupado. Y medio aturdido, supongo. Estaba de rodillas y sangrando profusamente, así que hice lo único que se me ocurrió, que fue pedirles que por favor, por amor de Zark, no se llevaran mi nave. Les dije: No me dejéis abandonado aquí, en medio de un bosque dejado de la mano de Zark, sin instalaciones sanitarias y con una herida en la cabeza. Podía tener serios problemas, y ella también.

—¿Y qué dijo ella?

—Me dio otra pedrada en la cabeza.

—Me parece que puedo confirmar que era mi hija.

—Una niña muy tierna.

—Hay que conocerla.

—¿Llega a ablandarse?

—No, pero uno llega a saber cuándo agacharse. Ford apoyó la cabeza en las manos y trató de entender las cosas.

El cielo empezaba a clarear por el Oeste, que es por donde salía el sol. Arthur no tenía especial interés en verlo. Después de una noche infernal como aquella, sólo le faltaba que se presentara el puñetero día.

—¿A qué te dedicas en un sitio como éste, Arthur?

—Pues, principalmente, a hacer bocadillos.

—¿Qué?

—Hago, o mejor dicho, hacía bocadillos para una pequeña tribu. En realidad era un poco molesto. Cuando llegué, es decir, cuando me rescataron de los restos de aquella nave espacial de tecnología superavanzada que se había estrellado en su planeta, se portaron muy bien conmigo y pensé que debía ayudarlos un poco. Ya sabes, soy un tipo educado, procedente de una cultura de avanzada tecnología, podía enseñarles algunas cosas. Y por supuesto, fui incapaz. A la hora de la verdad, no tengo la menor idea de cómo funciona nada. No me refiero a los magnetoscopios, que nadie sabe cómo funcionan. Me refiero simplemente a una pluma, un pozo artesiano o algo así. Ni puñetera. No podía remediarlo. Un día me dio la depre y me hice un bocadillo. Todos se quedaron boquiabiertos. Nunca habían visto nada igual. Era una idea que

jamás se les había ocurrido, y da la casualidad de que a mí me encanta hacer bocadillos, así que todo surgió de ahí.

—¿Y a ti te gustaba eso?

—Pues sí. En cierto modo, creo que sí. Disponer de un buen juego de cuchillos, esas cosas.

—¿Y no te pareció, por ejemplo, agotadora, fulminante, pasmosa, cargantemente aburrido?

—Pues, bueno, no. En realidad, no era cargantemente aburrido.

—Qué raro. A mí me lo habría parecido.

—Bueno, supongo que tenemos diferentes puntos de vista.

—Sí.

—Como los pájaros pikka.

Ford no tenía ni idea de a qué se refería, y no se molestó en averiguarlo. En cambio, le preguntó:

—Entonces, ¿cómo coño salimos de aquí?

—Pues creo que lo más sencillo es seguir valle abajo hasta la llanura, lo que probablemente nos llevará una hora, y luego dar un rodeo desde allí. No creo que soportara volver por el mismo sitio.

—¿Dar un rodeo hacia dónde?

—Pues hacia el pueblo, supongo —contestó Arthur, suspirando con cierta desesperación.

—¡No quiero ir a ningún jodido pueblo! —replicó Ford—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—¿Adonde? ¿Cómo?

—No sé, dímelo tú. ¡Tú vives aquí! Tiene que haber algún medio de salir de este zarkoniano planeta.

—Pues no sé. ¿Tú qué sueles hacer? Quedarte a esperar tranquilamente alguna nave espacial, supongo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuántas naves espaciales han visitado recientemente este nido de pulgas olvidado de Zark?

—Pues hace unos años la mía se estrelló aquí por equivocación. Luego, vino, humm, Trillian, luego el paquete, y ahora tú, y…

—Sí, bueno, ¿y aparte de los sospechosos habituales?

—Pues, bueno, creo que nadie, que yo sepa. Por aquí hay mucha tranquilidad.

Como para demostrarle que estaba equivocado, se oyó retumbar un trueno, largo y lejano.

Ford se puso precipitadamente en pie y echó a andar de un lado

para otro bajo la tenue y penosa luz del amanecer, que veteaba el cielo como si alguien hubiera arrastrado un trozo de hígado por él.

—No comprendes lo importante que es esto.

—¿Cómo? ¿Te refieres a mi hija, ahí sola en la Galaxia? ¿Crees que yo no…?

—¿No podemos lamentarnos de la Galaxia después? —le interrumpió Ford—. Esto es muy, pero que muy serio en realidad. Han absorbido a la Guía. La han vendido.

—¡Ah, sí, muy serio! —exclamó Arthur, levantándose de un salto —. ¡Infórmame ahora mismo, por favor, de las actividades de las compañías editoriales! ¡No te imaginas lo mucho que he pensado en eso últimamente!

—¡No lo entiendes! ¡Han hecho una Guía nueva!

—¡Ah! —gritó Arthur de nuevo—. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡La emoción me vuelve incoherente! Estoy impaciente por conocer los aeropuertos espaciales más interesantes para aburrirse mientras se deambula por algún núcleo globular del que jamás haya oído hablar. Por favor, ¿podemos ir ahora mismo a una tienda que ya la tenga?

Ford entornó los ojos.

—Eso es lo que llamas sarcasmo, ¿verdad?

—¿Sabes lo que creo que es? —aulló Arthur—. ¡Me parece que podría ser una cosa verdaderamente absurda que se cuela superficialmente en mi forma de ablar! ¡He tenido una noche jodidamente mala, Ford! ¿Podrías tenerlo en cuenta mientras se te ocurren otras fascinantes bagatelas con que fastidiarme como si me lanzaras un lapo?

—Intenta descansar —repuso Ford—. Necesito pensar.

—¿Por qué necesitas pensar? ¿Por qué no podemos sentarnos un rato a hacer buredumburedumburedum con los labios? ¿O babear tranquilamente unos minutos con la lengua colgando un poco hacia la izquierda? ¡No lo soporto, Ford! Ya no aguanto más eso de pensar para tratar de solucionar las cosas. Quizá creas que lo único que hago es dar gritos…

—No se me ha ocurrido, en realidad.

—¡… pero lo digo en serio! ¿Qué sentido tiene? Partimos de la base de que cada vez que hacemos algo conocemos sus consecuencias, es decir, las que más o menos pretendemos

provocar. Y eso no siempre es acertado. ¡Sino un imprudente, absurdo, ridículo, avieso y absolutamente lamentable error!

—Ésa es exactamente mi opinión.

—Gracias —dijo Arthur, volviendo a sentarse—. ¿Cómo?

—Ingeniería temporal inversa.

Arthur se llevó las manos a la cabeza y la movió despacio de un lado a otro.

—¿Hay forma humana —se lamentó— de que pueda impedirte que me expliques lo que es esa puñetera ingeniería inversa de mierda?

—No —replicó Ford—, porque tu hija está envuelta en eso y es algo tremendamente serio.

Hubo una pausa en la que resonó un trueno.

—De acuerdo —dijo Arthur—. Explícamelo.

—Me tiré por la ventana de un piso alto de un edificio de oficinas.

—¡Ah! —exclamó Arthur, animándose—. ¿Y por qué no lo haces otra vez?

—Ya lo hice.

—Humm —dijo Arthur, decepcionado—. Está claro que no sirvió de nada.

—La primera vez logré salvarme por la más asombrosa —lo digo con toda modestia— y fabulosa muestra de ingenio, reflejos mentales, agilidad, fantástico juego de pies y autosacrificio.

—¿Qué fue lo del autosacrificio?

—Tiré la mitad de un par de zapatos muy queridos y, según me temo, irreemplazables.

—¿Y por qué lo llamas autosacrificio?

—¡Porque eran míos! —repuso Ford, picado.

—Creo que tenemos diferente escala de valores.

—Bueno, la mía es mejor…

—Eso es según tu…, bueno, no importa. Así que, después de salvarte una vez con mucho ingenio, fuiste y volviste a saltar. No me digas por qué, te lo ruego. Sólo cuéntame lo que pasó, si es que no hay más remedio.

—Caí directamente en la cabina abierta de un coche a reacción que pasaba por allí y cuyo piloto acababa de tocar accidentalmente el botón expulsor cuando sólo pretendía cambiar de banda en el

estéreo. Pero ni a mí se me ocurre que eso fuese un gesto de inteligencia por mi parte.

—Bueno, pues no sé —comentó Arthur en tono cansado—. Supongo que la noche anterior te introducirías a escondidas en ese coche a reacción y pusiste en funcionamiento la banda que menos le gustaba al piloto o algo así.

—No, no lo hice —aseguró Ford.

—Sólo me aseguraba.

—Pero por extraño que parezca, alguien lo hizo. Y ése es el quid de la cuestión. La cadena y las ramificaciones de coincidencias y acontecimientos cruciales pueden rastrearse hasta el infinito. Resultó que había sido la nueva Guía. Ese pájaro.

—¿Qué pájaro?

—¿Es que no lo has visto?

—No.

—Ah. Es algo mortífero. Es bonito, dice elevadas palabras y disuelve configuraciones de onda de manera selectiva, a voluntad.

—¿Qué quiere decir eso?

—Ingeniería temporal inversa.

—Ah —dijo Arthur—. Pues, claro.

—La cuestión es, ¿para quién lo hace realmente?

—Pues resulta que tengo un bocadillo —dijo Arthur, rebuscándose en el bolsillo—. ¿Quieres un poco?

—Sí, venga.

Me temo que está un poco húmedo y reblandecido.

—No importa.

Comieron un poco.

—En realidad está muy bueno —comentó Ford—. ¿Qué carne es?

—Animal Completamente Normal.

—Nunca me he tropezado con ese bicho. Así que la cuestión es —prosiguió Ford—, ¿para quién está actuando el pájaro? ¿Qué es lo que persiguen realmente?

—Mmmm —murmuró Arthur sin dejar de comer.

—Cuando encontré el pájaro —continuó Ford—, tras una serie de coincidencias que son interesantes por sí mismas, la criatura hizo la más fantástica exhibición de pirotecnia multidimensional que hubiera visto jamás. Luego dijo que ponía sus servicios a mi

disposición en mi universo. Le di las gracias y le contesté que no, gracias. Repuso que lo haría de todas formas, me gustase o no. Yo le dije que se atreviera a intentarlo, él contestó que lo haría y que, en realidad, ya lo había hecho. Le dije que ya lo veríamos, y él me aseguró que sí, que lo veríamos. Entonces fue cuando decidí empaquetarlo y sacarlo de allí. Así que te lo envié, por simple precaución.

—¿Ah, sí? ¿De quién?

—No importa. Luego, a la vista de unas cosas y otras, consideré prudente tirarme otra vez por la ventana, ya que en aquel momento no tenía más opción. Afortunadamente el coche a reacción pasaba por allí, si no habría tenido que recurrir de nuevo a la rapidez mental, al ingenio, a la agilidad, quizá al otro zapato o, en caso de fallar todo eso, al suelo. Pero aquello significaba que, me gustara o no, la Guía estaba, bueno, trabajando para mí, y eso era muy preocupante.

—¿Por qué?

—Porque si está a tu disposición, te crees que trabaja para ti. Todo me resultó maravillosamente fácil a partir de entonces, justo hasta el momento en que me encontré a la mocosa con la piedra, y luego, paf, ya soy historia. Estoy fuera de onda.

—¿Te refieres a mi hija?

—Con la mayor cortesía posible. Es la próxima en la cadena que pensará que todo le va fabulosamente. Podrá sacudir en la cabeza a quien le apetezca con trozos de paisaje, todo le saldrá a pedir de boca hasta que haya hecho lo que tenga que hacer y después todo terminará para ella también. ¡Se trata de ingeniería temporal inversa, y está claro que nadie ha comprendido lo que se estaba desencadenando!

—Como yo, por ejemplo.

—¿Qué? Venga, Arthur, despiértate. Mira, déjame intentarlo otra vez. La nueva Guía se ha creado en los laboratorios de investigación. Utiliza la nueva tecnología de Percepción Sin Filtros. ¿Sabes lo que significa eso?

—¡Oye, que yo he estado haciendo bocadillos, por amor de Bob!

—¿Quién es Bob?

—Olvídalo. Continúa.

—La Percepción Sin Filtros significa que se percibe todo.

¿Entiendes? Yo no percibo nada. Tú no percibes nada. Tenemos filtros. La nueva Guía no posee filtro sensorial alguno. Percibe todo. Técnicamente no era una idea complicada. Sólo era cuestión de no incluir algunas cosas. ¿Comprendes?

—¿Por qué no me limito a decir que sí lo comprendo, para que tú puedas seguir a pesar de todo?

—De acuerdo. Ahora bien, como el pájaro es capaz de percibir cualquier universo posible, podrá estar presente en todos los universos posibles, ¿no?

—S… i… í. Ah.

—De manera que lo que ocurre es que los tipos de los departamentos de mercadotecnia y contabilidad dicen: Pero es estupendo, ¿no significa eso que sólo tenemos que fabricar una unidad y venderla una cantidad infinita de veces? ¡No me mires con los ojos bizcos, Arthur, así es como piensan los contables!

—Es una idea muy inteligente, ¿verdad?

—¡No! Es fantásticamente absurda. Mira, el aparato no es más que una pequeña Guía. Tiene una cibertecnología muy adelantada, pero como también dispone de Percepción Sin Filtros, el menor movimiento tiene el poder de un virus. Puede propasarse a través del espacio, del tiempo y de un millón de otras dimensiones. Todo puede concentrarse en cualquier parte de cualquiera de los universos en los que nos movemos tú y yo. Su poder es recurrente. Piensa en un programa informática. En algún sitio tiene una instrucción clave, y todo lo demás no son más que funciones que se llaman a sí mismas, o corchetes que se extienden interminablemente por un espacio direccional infinito. ¿Qué ocurre cuando los corchetes se disuelven? ¿Cuál es el definitivo «fin de cláusulas hipotéticas»? ¿Tiene algún sentido todo esto? ¿Arthur?

—Disculpa, me he quedado traspuesto un momento. Algo del Universo, ¿no?

—Algo del Universo, sí —dijo Ford en tono cansado. Volvió a sentarse—. Muy bien. A ver qué te parece esto. ¿Sabes a quiénes me pareció ver en las oficinas de la Guía? A los vogones. Ah. Veo que por fin he dicho una palabra que entiendes.

Arthur se puso en pie de un salto.

—Ese ruido —dijo.

—¿Qué ruido?

—El trueno.

—¿Qué pasa con él?

—No es un trueno. Es la migración de primavera de los Animales Completamente Normales. Ya ha empezado.

—¿Qué son esos animales en los que tanto insistes?

—No insisto en ellos. Sólo hago bocadillos con sus tajadas.

—¿Por qué se llaman Animales Completamente Normales? Arthur se lo explicó.

No era muy frecuente que Arthur tuviese la satisfacción de ver a Ford con los ojos desencajados de asombro.

19

Arthur no se acostumbraba del todo a aquel espectáculo, que nunca le cansaba. Ford y él habían seguido rápidamente la orilla del pequeño río que fluía por el lecho del valle, y cuando al fin llegaron al borde de la llanura, se encaramaron a las ramas de un árbol grande para contemplar mejor una de las visiones más extrañas y maravillosas que ofrece la Galaxia.

El enorme y atronador rebaño de miles y miles de Animales Completamente Normales se precipitaba en magnífico orden por la Llanura Anhondo. A la pálida luz del amanecer, mientras los grandiosos animales embestían entre el fino vapor que ascendía de sus cuerpos sudorosos y el barro que levantaban sus cascos, su aspecto parecía un tanto irreal y en cualquier caso fantasmagórico, pero lo que realmente cortaba la respiración era su punto de origen y destino que, sencillamente, parecía no existir.

Formaban una falange compacta y en marcha que se extendía aproximadamente a lo largo de un kilómetro con una anchura de cien metros. La falange no se movía, sino que mostraba una ligera y gradual desviación a un lado y hacia atrás durante los ocho o nueve días que solía durar su aparición. Pero si su presencia era más o menos fija, las grandes bestias corrían a un ritmo constante de más de treinta kilómetros por hora, surgían como por ensalmo a un extremo de la llanura y desaparecían por el otro con la misma brusquedad.

Nadie sabía de dónde venían, nadie sabía adónde iban. Tenían tanta importancia en la vida de los Lamuellanos, que era como si nadie se atreviera a preguntar. El Anciano Thrashbarg había dicho en una ocasión que, a veces, si se daba una respuesta, podría retirarse la pregunta. Algunos aldeanos afirmaban en privado que ésa era la única muestra de sabiduría que habían oído en la labios de Thrashbarg, y tras un breve debate sobre la materia concluyeron

que había sido fruto del azar.

El estrépito de los cascos era tan intenso que resultaba difícil oír nada más.

—¿Qué has dicho? —gritó Arthur.

—He dicho —aulló Ford— que esto quizá pueda servir como una prueba de deriva dimensional.

—¿Y eso qué es?

—Bueno, mucha gente está preocupada porque el espacio-tiempo empieza a resquebrajarse debido a todas las cosas que le están ocurriendo. Hay un montón de mundos donde puede apreciarse cómo grandes extensiones de terreno se han cuarteado y desplazado precisamente por las rutas extrañamente largas o sinuosas que siguen los animales en sus migraciones. Esto podría ser algo así. Vivimos en una extraña época. Sin embargo, a falta de un puerto espacial decente…

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Arthur, mirándolo como petrificado.

—¿Qué quieres decir con eso de qué quiero decir? —gritó Ford —. Sabes perfectamente qué quiero decir. Vamos a salir de aquí cabalgando.

—¿Estás proponiendo seriamente que intentemos montar un Animal Completamente Normal?

—Sí. Para ver adónde va.

—¡Nos mataremos! No —se corrigió al momento Arthur—. No nos mataremos. Al menos yo. Ford, ¿has oído hablar alguna vez de un planeta llamado Stavrómula Beta?

—Me parece que no —contestó Ford, frunciendo el ceño. Sacó su destartalado ejemplar de la Guía del autoestopista galáctico y la puso en funcionamiento—. ¿Se escribe de alguna forma rara?

—No lo sé. Sólo lo he oído mencionar, y a alguien que tenía un montón de dientes ajenos. ¿Recuerdas que te hablé de Agrajag?

—¿Te refieres —dijo Ford, después de pensar un momento— a aquel individuo que estaba convencido de que moriría una y otra vez por culpa tuya?

—Sí. Según él, uno de lo sitios donde causaría su muerte era Stavrómula Beta. Por ejemplo, si alguien trata de matarme de un disparo, me agacho y el que resulta alcanzado es Agrajag, o al menos una de sus múltiples reencarnaciones. Al parecer, eso ya ha

pasado realmente en algún punto del tiempo, así que supongo que no podré morir hasta haberme agachado en Stavrómula Beta. Sólo que nadie ha oído hablar de ese planeta.

—Hummm.

Ford hizo otra serie de búsquedas en la Guía del autoestopista, pero sin resultado.

—Nada —concluyó.

—Sólo que me parece…, no, nunca he oído hablar de él —concluyó Ford. Sin embargo, se preguntó por qué le sonaba vagamente.

—De acuerdo —convino Arthur—. He visto cómo los cazadores Lamuellanos cazan el Animal Completamente Normal. Si alancean a uno en medio de la manada, simplemente resulta pisoteado, así que tienen que apartarlos uno a uno con algún engaño para luego darles muerte. Es un procedimiento parecido al del torero, sabes, con una capa de colores vivos. El animal te embiste y entonces te apartas y con la capa ejecutas un elegante movimiento de vaivén. ¿Llevas algo parecido a una capa de colores de vivos?

—¿Vale esto? —preguntó Ford, mostrándole su toalla.

20

Saltar a lomos de un Animal Completamente Normal de una tonelada y media que emigra atronadoramente por tu mundo a cuarenta y cinco kilómetros por hora no es tan fácil como podría parecer a primera vista. Y desde luego, no tan fácil como los cazadores Lamuellanos hacen que parezca, aunque Arthur Dent estaba preparado para descubrir que ésa era la parte difícil del asunto.

Lo que no estaba preparado para descubrir, sin embargo, era lo difícil que iba a ser pasar a la parte difícil. La parte que, tenía que ser fácil fue la que resultó prácticamente imposible.

No pudieron atraer la atención de un solo animal. Los Animales Completamente Normales estaban tan concentrados en producir un buen trueno con los cascos, cabezas inclinadas, lomos adelante, patas traseras haciendo el suelo puré, que para distraerles habría hecho falta algo no sólo sorprendente sino verdaderamente geológico.

Al final, la pura intensidad del estruendo de los cascos fue más de lo que Arthur y Ford podían soportar. Después de pasar casi dos horas haciendo cabriolas cada vez más ridículas con una toalla de baño de tamaño medio con un dibujo de flores, no habían conseguido siquiera que una de las gigantescas bestias que pasaban como una exhalación frente a ellos armando un barullo tremendo con los cascos lanzara en su dirección ni una mirada perdida.

Estaban a un metro de la avalancha horizontal de los cuerpos sudorosos. Acercarse más significaba peligro de muerte en el acto, cronológica o no cronológica. Arthur había visto lo que quedó de un Animal Completamente Normal que, a consecuencia de un torpe fallo en el lanzamiento de un joven e inexperimentado cazador lamuellano, resultó alanceado mientras seguía atronando el suelo con los cascos dentro de la manada.

Bastaba con tropezar. Ninguna cita previa con la muerte en Stavrómula Beta, estuviera donde coño estuviese ese planeta, podría salvar a nadie del atronador rodillo de aquellos cascos.

Al fin, Arthur y Ford se apartaron dando traspiés. Se sentaron, exhaustos y derrotados, y empezaron a criticarse el uno al otro por su técnica con la toalla.

—Tienes que agitarla más —se quejó Ford—. Tienes que completar el movimiento con el codo si pretendes que esas puñeteras criaturas se den cuenta de algo.

—¿Completar el movimiento? —protestó Arthur—. Tú tienes que tener más elasticidad en la muñeca.

—Tú tienes que adornar el movimiento —replicó Ford.

—Tú necesitas una toalla mayor.

—Lo que se necesita —dijo otra voz— es un pájaro pikka.

—¿Qué?

La voz había sonado a su espalda. Se volvieron y allí, inmóvil bajo el sol de la mañana, estaba el Anciano Thrashbarg.

—Para llamar la atención de un Animal Completamente Normal —explicó mientras se acercaba a ellos—, se necesita un pájaro pikka. Como éste.

De debajo de la túnica semejante a una sotana, sacó un pequeño pikka. El pájaro se posó inquieto en la mano del Anciano Thrashbarg y miró atentamente a Bob sabía qué, algo que volaba rápidamente de un lado a otro a unos tres metros y treinta centímetros delante de él.

Ford se puso inmediatamente en cuclillas, la posición de alerta que solía adoptar cuando no estaba seguro de lo que pasaba ni de lo que debía hacer. Movió los brazos muy despacio esperando dar una impresión amenazadora.

—¿Quién es éste? —siseó.

—Sólo es el Anciano Thrashbarg —contestó Arthur con voz queda—. Y yo no me molestaría en hacer esos extraños movimientos. Thrashbarg es un farolero tan experimentado como tú. Podríais pasaros todo el día bailando el uno alrededor del otro.

—El pájaro —volvió a sisear Ford—. ¿Qué pájaro es ése?

—¡No es más que un pájaro! —exclamó Arthur en tono impaciente—. Un pájaro como cualquier otro. Pone huevos y dice ark a cosas que tú no ves. O kar, rit o algo así.

—¿Has visto poner huevos a alguno? —preguntó Ford, con recelo.

—Claro que sí, por amor de Dios. Y he comido centenares de ellos. Sale una tortilla bastante buena. El secreto consiste en echar pequeños dados de mantequilla fría y batirlos ligeramente con…

—No quiero una zarkiana receta —le interrumpió Ford—. Sólo quiero estar seguro de que es un pájaro de verdad y no una especie de ciberpesadilla multidimensional.

Se puso en pie despacio, abandonando su posición en cuclillas, y empezó a sacudiese el polvo. Pero sin quitar la vista del pájaro.

—Así que —dijo el Anciano Thrashbarg, dirigiéndose a Arthur —, ¿está escrito que Bob vuelva a llevarse a su seno el don que una vez nos otorgó con el Hacedor de Bocadillos?

Ford estuvo a punto de volver a ponerse en cuclillas.

—No te apures, siempre habla así —murmuró Arthur, y en voz alta añadió—: Ah, venerable Thrashbarg. Pues, sí. Me temo que voy a desaparecer ahora mismo. Pero el joven Drimple, mi aprendiz, será un espléndido Hacedor de Bocadillos en mi lugar. Tiene aptitudes, un profundo amor a los bocadillos, y los conocimientos que ha adquirido hasta el momento, aunque todavía rudimentarios, madurarán con el tiempo y, bueno, lo que quiero decir es que se las arreglará perfectamente.

El Anciano Thrashbarg lo observó con gravedad. Sus viejos ojos se movieron con tristeza. Extendió los brazos; en uno seguía llevando el inquieto pájaro pikka, en el otro su bastón.

—¡Oh Hacedor de Bocadillos enviado por Bob! —sentenció. Hizo una pausa, frunció el ceño y, cerrando los ojos en piadosa contemplación, suspiró—. ¡La vida será muchísimo menos rara sin ti!

Arthur se quedó pasmado.

—¿Sabes —repuso— que es la cosa más bonita que me han dicho en la vida?

—¿Podemos seguir, por favor? —dijo Ford.

Algo estaba pasando ya. La presencia del pájaro pikka en el brazo extendido de Thrashbarg enviaba vibraciones de interés hacia la trepidante manada. De cuando en cuando, una cabeza se desviaba momentáneamente en su dirección. Arthur empezó a acordarse de alguna caza de Animales Completamente Normales a

la que había asistido. Recordó que, además de los cazadores toreros que ondeaban las capas, a su espalda había otros que llevaban pájaros pikka en la mano. Siempre había supuesto que, como él, iban simplemente a mirar.

El Anciano Thrashbarg avanzó, acercándose un poco más a la manada en movimiento. Algunos Animales volvían ahora la cabeza, interesados ante la vista del pájaro pikka.

Temblaban los brazos extendidos del Anciano Thrashbarg.

Sólo el pájaro pikka parecía no tener interés alguno en lo que pasaba. Únicamente algunas enigmáticas moléculas de aire, suspendidas en ningún sitio en particular, atraían toda su vivaz atención.

—¡Ahora! —exclamó finalmente el Anciano Thrashbarg—. ¡Ahora podéis manejarlos con la toalla!

Arthur avanzó con la toalla de Ford, moviéndose igual que los cazadores toreros, con un elegante contoneo que en él no resultaba nada natural. Pero ahora sabía lo que había que hacer. Agitó la toalla, haciendo algunos molinetes para estar preparado cuando llegara el momento, y luego observó la manada.

A cierta distancia distinguió la Bestia que quería. Con la cabeza gacha, galopaba hacia él, justo al borde del rebaño. El Anciano Thrashbarg hizo girar al pájaro, la Bestia alzó los ojos, sacudió la cabeza de arriba abajo y entonces, justo cuando la volvía a inclinar, Arthur agitó la toalla en la línea de visión del Animal. La Bestia volvió a sacudir la cabeza, estupefacta, y sus ojos siguieron el movimiento de la toalla.

Había conseguido llamar la atención de la Bestia.

A partir de entonces, atraerla hacia él pareció la cosa más natural del mundo. El Animal mantenía la cabeza erguida, ligeramente inclinada hacia un lado. Redujo el paso a medio galope y luego al trote. Unos momentos después la enorme criatura estaba junto a ellos, bufando, jadeando, sudando y olfateando al pájaro pikka, que parecía no haber reparado en su presencia. Con una extraña serie de amplios movimientos de los brazos, el Anciano Thrashbarg mantenía al pájaro pikka delante de la Bestia, pero siempre hacia abajo y fuera de su alcance. Con una extraña serie de amplios movimientos de la toalla, Arthur seguía atrayendo la atención de la Bestia hacia uno y otro lado, y siempre hacia abajo.

—Me parece que no he visto nada tan absurdo en la vida —masculló Ford para sí.

La Bestia, atontada pero dócil, cayó al fin de rodillas.

—¡Ahora! —instó a Ford el Anciano Thrashbarg, en un murmullo—. ¡Vamos! ¡Monta ya!

Ford saltó a la grupa de, la enorme criatura, hurgando entre su gruesa y enredada piel para encontrar un punto de apoyo, agarrando grandes puñados de pelos para sujetarse firmemente una vez que estuvo bien asentado.

—¡Ahora, Hacedor de Bocadillos! ¡Vamos!

Hizo un elaborado gesto para darle la mano, que Arthur no comprendió porque, a todas luces, el Anciano Thrashbarg se acababa de inventar el ritual en la euforia del momento, y luego le dio un empujón.

Arthur respiró hondo, se encaramó detrás de Ford al enorme, caliente y henchido lomo de la bestia y se sujetó bien. Bajo él se rizaron y flexionaron enormes músculos del tamaño de leones marinos.

De pronto, el Anciano Thrashbarg alzó el pájaro. La Bestia volvió la cabeza para seguirlo con la mirada. Thrashbarg bajó y elevó el pájaro pikka sin soltarlo de la mano; y despacio, pesadamente, el Animal Completamente Normal se irguió tambaleante sobre sus rodillas y al fin se puso en pie, balanceándose ligeramente. Sus dos jinetes se mantuvieron firme y nerviosamente en su grupa.

Arthur miró al mar de trepidantes animales, esforzándose por distinguirla dirección que tomaban, pero no se veía nada salvo la reverberación del calor.

—¿Ves algo? —preguntó a Ford.

—No.

Ford se volvió a mirar atrás, tratando de encontrar alguna pista de la dirección de donde habían venido. Pero tampoco había nada.

—¿Sabes de dónde vienen? —gritó Arthur a Thrashbarg—. ¿O adónde van?

—¡A los dominios del Rey! —gritó el Anciano a su vez.

—¿El Rey? —repitió Arthur, sorprendido—. ¿Qué Rey?

Bajo él, el Animal Perfectamente Normal se cimbreaba y removía inquieto.

—¿Qué quieres decir con qué Rey? —gritó el Anciano Thrashbarg—. El Rey.

—Es que nunca has hablado de ningún Rey —repuso Arthur, con cierta perplejidad.

—¿Qué? —grito el Anciano.

Era muy difícil oír algo por encima del estrépito de mil pezuñas, y el anciano estaba concentrado en lo que hacía.

Sin dejar de mantener al pájaro en alto, hizo girar en redondo a la Bestia hasta situarla despacio en sentido paralelo al movimiento del gran rebaño. Avanzó. La Bestia lo siguió. Dio otros pasos hacia adelante. La Bestia hizo lo mismo. Al fin, pesadamente, el Animal Completamente Normal tomó cierto impulso.

—¡He dicho que nunca has hablado de ningún Rey! —gritó.

Arthur de nuevo.

—Yo no he dicho ningún Rey —gritó el Anciano Thrashbarg—. He dicho El Rey.

Extendió el brazo hacia atrás y luego lo precipitó hacia adelante con todas sus fuerzas, lanzando al aire al pájaro pikka por encima de la manada. Eso pareció pillar al pájaro enteramente por sorpresa, pues evidentemente no estaba prestando atención alguna a lo que pasaba. Tardó unos momentos en comprender lo que sucedía, luego abrió las alas, las desplegó y empezó a volar.

—¡Vamos! —gritó el Anciano Thrashbarg—. ¡Adelante, ve en busca de tu destino, Hacedor de Bocadillos!

Arthur no estaba tan seguro de querer encontrarse con su destino. Sólo quería llegar al final del trayecto, dondequiera que fuese, para desmontar de aquella bestia. No se sentía nada seguro allá arriba. El animal iba cobrando velocidad en pos del pájaro pikka. Llegó al extremo de la gran marca de animales y en un momento, con la cabeza gacha, corría de nuevo junto a los demás y se acercaba rápidamente al punto en que la manada estaba desapareciendo. Arthur y Ford se aferraban al enorme monstruo como si en ello les fuera la vida, rodeados por todas partes de montañas de cuerpos trepidantes.

—¡Adelante! ¡Cabalgad esa Bestia! —gritó Thrashbarg. Su cada vez más lejana voz resonó débilmente en sus oídos—. ¡Cabalgad esa Bestia Completamente Normal! ¡Cabalgad! ¡Cabalgad!

—¿Adónde ha dicho que íbamos? —gritó Ford a la oreja de

Arthur.

—Ha dicho algo de un Rey —gritó Arthur a su vez, sujetándose desesperadamente.

—¿Qué Rey?

—Eso es lo que le pregunté. Se limitó a contestar que El Rey.

—No sabía que hubiera un El Rey —gritó Ford.

—Ni yo tampoco —gritó a su vez Arthur.

—Aparte, naturalmente, de El Rey —gritó Ford—. Y no creo que se refiriese a él.

—¿Qué Rey? —preguntó Arthur, también a gritos.

Ya casi estaban en el punto de llegada. Justo delante de ellos, las Bestias Completamente Normales galopaban hacia la nada y desaparecían.

—¿Qué quieres decir con qué Rey? —gritó Ford—. Yo no sé qué Rey. Sólo digo que es imposible que se refiriese a El Rey, así que no sé qué quiere decir.

—No sé de qué estás hablando, Ford.

—¿Y qué? —dijo Ford.

Entonces las estrellas salieron de golpe, se movieron, giraron sobre sus cabezas y luego, con la misma precipitación, se apagaron de nuevo.

21

Entre la niebla aparecieron unos edificios grises y trémulos. Brincaban de arriba debajo de forma sumamente molesta.

¿Qué clase de edificios eran aquéllos?

¿Para qué eran? ¿Qué le recordaban?

Es muy difícil saber qué son las cosas cuando uno aparece de golpe y porrazo en un mundo diferente con otra cultura distinta, otra serie de conceptos fundamentales sobre la vida así como una arquitectura increíblemente sosa y sin sentido.

Por encima de los edificios, el cielo era frío, negro y hostil. Las estrellas, que a aquella distancia del sol deberían ser brillantes y cegadores puntos luminosos, estaban borrosas y empañadas por el grosor de la gigantesca burbuja protectora. De perspex o un material parecido. De algo opaco y pesado, en cualquier caso.

Tricia rebobinó la cinta hasta el principio.

Sabía que había algo raro en ella.

Bueno, en realidad había un millón de cosas un tanto raras, pero una en concreto, no sabía cuál, la inquietaba.

Dio un suspiro y bostezó.

Mientras esperaba que se rebobinara la cinta, quitó de la moviola algunas de las tazas de plástico que se habían acumulado y las tiró a la papelera.

Estaba en un pequeña sala de montaje de una compañía de producción de vídeos en el Soho. Tenía notas de «No molesten» pegadas por toda la puerta y había bloqueado todas las llamadas en la central telefónica. En principio para proteger su asombrosa exclusiva, aunque ahora la protegería de la confusión.

Vería otra vez la cinta entera desde el principio. Si lo soportaba. Podría pasar rápidamente algunas partes.

Eran las cuatro de la tarde del lunes y tenía cierta sensación de mareo. Intentaba averiguar la causa de aquel ligero malestar, y no

le faltaban motivos.

En primer lugar, todo había sucedido inmediatamente después del vuelo nocturno de Nueva York. El ojo rojo. Siempre matador.

Luego la abordaron unos extraterrestres en su jardín y la llevaron al planeta Ruperto. No tenía suficiente experiencia en esas cosas como para asegurar que eran matadoras, pero estaba dispuesta a apostar que los que pasaban habitualmente por ello lo maldecían. Las revistas siempre publicaban estadísticas sobre el estrés. Cincuenta puntos de estrés por perder el trabajo. Setenta y cinco por divorcio o cambio de peinado, etcétera. Ninguna mencionaba lo de ser abordada en el jardín por extraterrestres para volar al planeta Ruperto, pero estaba segura de que valía unas cuantas docenas de puntos.

No es que el viaje hubiese sido especialmente agotador. En realidad, había sido sumamente aburrido. Desde luego, no le produjo más tensión nerviosa que la travesía del Atlántico, y había durado aproximadamente lo mismo, unas siete horas.

Bueno, eso era bastante sorprendente, ¿no? El hecho de que el viaje a los extremos confines del sistema solar durase el mismo tiempo que el vuelo de Nueva York significaba que la nave disponía de una forma de propulsión fantástica y desconocida. Interrogó al respecto a sus anfitriones y ellos convinieron en que era bastante buena.

—¿Pero cómo funciona? —preguntó con entusiasmo. Al principio del viaje todavía estaba muy entusiasmada.

Encontró la parte de la cinta que buscaba y volvió a verla. Los grebulones, que así se llamaban ellos mismos, le enseñaban cortésmente qué botones pulsaban para hacer funcionar la nave.

—Sí, pero ¿con qué principio funciona? —se oyó preguntar desde detrás de la cámara.

—Ah, ¿se refiere a si tiene energía remolcadora o algo así? —dijeron ellos.

—Sí —insistió Tricia—. ¿Qué es?

—Algo parecido, probablemente. —¿A qué?

—Energía remolcadora, energía fotónica, algo así. Tendrá que preguntar al ingeniero de vuelo.

—¿Y quién es?

—No sabemos. Todos hemos perdido la cabeza, ¿sabe?

—Ah, sí —dijo Tricia en tono vago—. Ya me lo han dicho. Y entonces, ¿cómo han perdido la cabeza, exactamente?

—No lo sabemos —contestaron ellos, pacientemente.

—Porque han perdido la cabeza —repitió Tricia en tono triste.

—¿Quiere ver la televisión? Es un viaje largo. Nosotros vemos la televisión. Nos gusta.

Así de interesante era el contenido de la cinta, que además no se veía bien. En primer lugar, la calidad de la película era sumamente mala, Tricia no sabía exactamente por qué. Tenía la impresión de que los grebulones respondían a un radio levemente distinto de frecuencias ligeras y de que en el ambiente había mucha luz ultravioleta, lo que era muy perjudicial para la cámara. También había nieve y un montón de interferencias. Quizá fuese algo relacionado con la energía remolcadora, de la que ninguno de ellos tenía la menor idea.

Así que lo que tenía filmado era, en esencia, un grupo de personas un tanto delgadas y pálidas sentadas frente a unos televisores que emitían programas de redes de distribución. También había enfocado hacia el diminuto ojo de buey que tenía cerca del asiento, con lo que consiguió un bonito efecto de estrellas, si bien con algunas rayas. Ella sabía que era auténtico, pero sólo se habrían tardado tres o cuatro minutos en falsificarlo.

Al final decidió dejar su preciosa cinta de vídeo para cuando llegara a Ruperto, y se sentó a ver la televisión. Incluso se quedó dormida un rato.

De manera que su sensación de mareo procedía en parte de que había pasado todas esas horas en una nave espacial de extraterrestres, de una concepción técnica asombrosa, y a mayor parte de esas horas dormitando frente a reposiciones de MASH y Cagney y Lacey. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? También había hecho algunas fotografías, desde luego, pero todas salieron bastante borrosas, según comprobó al recogerlas del laboratorio.

Su sensación de mareo posiblemente provenía también del aterrizaje en Ruperto. Eso, al menos, había sido sensacional y espeluznante. La nave había descendido majestuosamente sobre un paisaje triste y oscuro, un territorio tan desesperadamente alejado del calor y la luz de su sol principal, que parecía el mapa de las cicatrices psicológicas de un niño abandonado.

Unos focos destellaron entre la helada oscuridad y guiaron la nave hacia la embocadura de una gruta que pareció partirse por la mitad para que entrara la pequeña nave.

Lamentablemente, debido al ángulo de aproximación y a la profundidad en que el pequeño y grueso ojo de buey estaba colocado en el fuselaje de la nave, fue imposible enfocarla directamente con la cámara. Vio esa parte de la película.

La cámara enfocaba directamente al sol.

Eso suele ser muy malo para la cámara. Pero cuando el sol se encuentra aproximadamente a medio billón de kilómetros de distancia, no hace daño alguno. En realidad, apenas se nota. Únicamente hay un pequeño punto luminoso en el centro del encuadre, lo que podría ser cualquier otra cosa. Sólo un astro entre una multitud.

Tricia pasó la cinta hacia adelante.

Ah. Esta vez, la siguiente escena había sido bastante prometedora. Al salir de la nave se encontraron en una vasta estructura gris semejante a un hangar. Aquello era una muestra clara de tecnología extraterrestre a una escala impresionante. Enormes edificios grises bajo la oscura bóveda de la burbuja de perspex. Eran los mismos edificios que antes había visto al final de la película. Había tomado más metraje de ellos a la salida de Ruperto, unas horas después, en el momento de abordar la nave para el viaje de vuelta. ¿Qué le recordaban?

Pues, bueno, igual que todo lo demás, le recordaban los decorados de cualquier película de ciencia ficción de bajo presupuesto rodada en los últimos veinte años. Aquello era mucho más grande, claro, pero en la pantalla tenía un aspecto chillón y poco convincente. Aparte de la horrorosa calidad de la película, tuvo que luchar con los inesperados efectos de la gravedad, que era considerablemente más baja que la de la Tierra, y le costó mucho trabajo evitar que la cámara saltara de un lado para otro de forma poco profesional y embarazosa. Por lo que le resultó imposible definir detalle alguno.

Y ahí estaba el jefe, que se acercaba a saludarla sonriente y con la mano extendida.

Así era como lo llamaban. El jefe.

Los grebulones no tenían nombres, sobre todo porque no se les

ocurría ninguno. Tricia descubrió que algunos habían pensado en llamarse como ciertos personajes de los programas de televisión que recibían de la Tierra, pero por mucho que intentaran llamarse Wayne, Bobby o Chuck, algo que permanecía acechante en lo más hondo del subconsciente cultural que los acompañaba desde sus lejanos planetas de procedencia debió decirles que aquello no estaba bien y no serviría de nada.

El jefe tenía casi el mismo aspecto que todos los demás. Algo más delgado, posiblemente. Le dijo que le gustaban mucho sus programas de televisión, que era su más grande admirador, que se alegraba mucho de que hubiese podido venir a Ruperto, que todo el mundo ansiaba su llegada, que esperaba que hubiese tenido un vuelo agradable, etcétera. Tricia no percibía ninguna sensación especial de que fuese un especie de emisario de las estrellas ni nada parecido.

Desde luego, al verlo en el vídeo, parecía simplemente un individuo con ropa de vestuario y maquillaje frente a unos decorados que no aguantarían mucho si alguien se apoyaba en ellos.

Se quedó mirando la pantalla con las manos en la cara y moviendo despacio la cabeza, llena de perplejidad.

Aquello era horroroso.

No sólo era que aquella parte fuese horrorosa, sino que sabía lo que venía después. El jefe le preguntó si el viaje le había dado hambre y si le apetecía acompañarlo a comer algo. Podían charlar mientras comían.

Se acordaba de lo que había pensado en aquel momento.

Comida extraterrestre.

¿Cómo iba a salir del paso?

¿Tendría que llegar a comérsela? ¿No dispondría de alguna especie de servilleta de papel donde escupirla? ¿No habría toda clase de problemas de inmunidad diferencial?

Resultó que eran hamburguesas.

No sólo hamburguesas, sino que resultaron hamburguesas que sin ningún género de dudas eran hamburguesas de
McDonald’s,
recalentadas en microondas. No se trataba únicamente de su aspecto. Ni sólo del olor. Eran los envoltorios de poliestireno en forma de concha, que tenían impreso el nombre

«McDonald's».

—¡Coma! ¡Disfrute! —le dijo el Jefe—. ¡Nada es demasiado bueno para nuestra distinguida huésped!

Estaban en sus aposentos privados. Tricia miró alrededor con una perplejidad rayana en el miedo, pero a pesar de ello lo filmó todo.

En la estancia había una cama de agua. Y una cadena Midi. Y uno de esos cilindros de cristal con iluminación eléctrica que se ponen encima de las mesas y parecen tener largos glóbulos de esperma flotando en su interior. Las paredes estaban tapizadas de terciopelo.

El jefe se recostó en un puf de pana marrón y se roció la boca con un aerosol para refrescarse el aliento.

De pronto, Tricia empezó a sentir mucho miedo. Que ella supiera, estaba más lejos de la Tierra de lo que ningún ser humano hubiese estado jamás, y se encontraba en compañía de un alienígena recostado en un puf de pana marrón que estaba poniéndose aerosol en la boca para refrescarse el aliento.

No deseaba hacer ningún falso movimiento. No quería alarmarlo. Pero había cosas que tenía que saber.

—¿Cómo consiguió…, de dónde sacó… todo esto? —preguntó, haciendo un gesto nervioso hacia la habitación.

—¿La decoración? —dijo el jefe—. ¿Te gusta? Es muy distinguida. Los grebulones somos un pueblo muy refinado. Adquirimos bienes de consumo ultramodernos… por correo.

En ese punto, Tricia asintió muy despacio con la cabeza.

—Por correo… —repitió.

El jefe soltó una risita. Era una de esas risitas suaves y tranquilizadoras como chocolate oscuro.

—Pero no pienses que nos lo envían aquí. ¡No! ¡Ja, ja! Disponemos de un apartado especial de correos en New Hampshire. Hacemos visitas periódicas para recogerlo. ¡Ja, ja!

Se recostó con toda tranquilidad en el puf, alargó el brazo para coger una patata frita recalentada y le dio un mordisquito en la punta con una sonrisa de regocijo en los labios.

Tricia sintió que el cerebro se le erizaba un poco. Mantuvo la cámara en funcionamiento.

—¿Cómo hacen para… bueno, cómo pagan estos maravillosos…

objetos?

El jefe volvió a soltar una risita.

—American Express —contestó, encogiéndose de hombros.

Tricia volvió a asentir despacio. Sabía que daban tarjetas absolutamente a todo el que lo pidiese.

—¿Y esto? —preguntó, cogiendo la hamburguesa que le había ofrecido.

—Muy sencillo —contestó el jefe—. Hacemos cola.

Una vez más, con un lento escalofrío que le recorrió la espalda, Tricia comprendió que aquello explicaba muchas cosas.

Pulsó de nuevo el botón para pasar la cinta. No había nada que pudiera utilizarse. Todo era una espantosa locura. Si hubiese falsificado algo, habría tenido una impresión más convincente.

Otra sensación de mareo empezó a apoderarse de ella mientras veía aquella inútil y horrible cinta, y con lento horror empezó a comprender que ésa debía ser la causa.

Debía estar…

Sacudió la cabeza y trató de serenarse.

Un vuelo nocturno hacia el Este… Las pastillas que había tomado para dormir durante todo el viaje. El vodka que había bebido para que las pastillas le hicieran efecto.

¿Qué más? Pues, bueno. Los diecisiete años de obsesión por un hombre encantador de dos cabezas, una de ellas disfrazada de loro enjaulado, que intentó ligársela en una fiesta pero que luego se largó impaciente a otro planeta en un platillo volante. Aquella idea pareció llenarse de pronto de inquietantes aspectos en los que jamás había pensado verdaderamente. Nunca se le habían ocurrido. En diecisiete años.

Se metió el puño en la boca.

Debía pedir ayuda.

Luego estaba Eric Bartlett, insistiendo en que una nave espacial de extraterrestres había aterrizado en su jardín. Y antes… en Nueva York había tenido, bueno, mucho calor y mucha tensión. Grandes esperanzas y amarga decepción. Lo de la astrología.

Debió haber sufrido una crisis nerviosa.

Eso era. Estaba agotada y había sufrido una crisis nerviosa, con las consiguientes alucinaciones poco después de llegar a casa. Lo había soñado todo. Una raza de extraterrestres desposeídos de su

vida y su historia sacados en un lugar remoto de nuestro sistema solar, que llenaban su vacío cultural con la basura de nuestra civilización. ¡Ja! Esa era la forma que la naturaleza adoptaba para indicarle que ingresara sin tardanza en un centro médico de los más caros.

Estaba muy, pero que muy enferma. Además, recordó la cantidad de cafés largos que había tomado y se dio cuenta de lo rápida y agitada que tenía la respiración.

La solución de cualquier problema, se dijo a sí misma, pasaba por reconocerlo. Empezó a controlar la respiración. Lo había advertido a tiempo. Había comprendido dónde estaba.

De vuelta de algún abismo psicológico a cuyo borde se había asomado. Empezó a calmarse, a tranquilizarse. Se recostó en la silla y cerró los ojos.

Al cabo del rato, cuando volvió a respirar normalmente, los abrió de nuevo.

Entonces, ¿de dónde había sacado aquella cinta?

La película seguía proyectándose.

Muy bien. Era una falsificación.

Ella misma lo había falsificado. Eso era.

Debió de ser ella, porque se oía su voz en toda la banda sonora, haciendo preguntas. De cuando en cuando, la cámara concluía una toma, se inclinaba hacia abajo y veía sus propios pies, calzados con sus mismos zapatos. Lo había falsificado y no recordaba haberlo hecho ni por qué.

Mientras contemplaba las imágenes, temblorosas y llenas de su respiración volvió a agitarse de nuevo.

Debía de seguir teniendo alucinaciones.

Sacudió la cabeza, intentando alejarlas. No recordaba haber manipulado aquella película claramente adulterada. Por otro lado, no parecía tener recuerdos que fuesen muy parecidos a los de las imágenes falseadas. Perpleja y en trance, siguió mirando.

La persona a quien llamaban —en su imaginación— jefe le hacía preguntas sobre astrología y ella las contestaba con calma y precisión. Sólo que se notaba en la voz un pánico creciente y bien disimulado.

El jefe pulsó un botón y se corrió una pared de terciopelo rojizo, revelando una gran batería de televisores con pantalla plana.

Cada una de las pantallas mostraba un caleidoscopio de diferentes imágenes: unos segundos de un concurso, luego de una emisión policíaca, del sistema de seguridad del almacén de un supermercado, de películas que alguien había rodado en vacaciones, escenas eróticas, noticias, una obra cómica. Era evidente que el jefe estaba orgulloso de todo aquello, y movía las manos como un director de orquesta sin dejar de hablar en un completo galimatías.

Con otro movimiento de sus manos, todas las pantallas se quedaron en blanco para formar un gigantesco monitor que mostraba un diagrama de todos los planetas del sistema solar trazados sobre un fondo de estrellas y sus respectivas constelaciones. La imagen era completamente estática.

—Tenemos muchas especialidades —decía el jefe—. Vastos conocimientos de cálculo, trigonometría cosmológica, navegación tridimensional. Mucha cultura. Magnífica, cuantiosa sabiduría. Sólo que lo hemos perdido. Es una pena. Nos gustaría disponer de conocimientos prácticos, sólo que se han volatilizado. Están en alguna parte del espacio, moviéndose rápidamente. Con nuestros nombres y los detalles de nuestras casas y seres queridos. Por favor —añadió, indicándole con un gesto que se sentara a la consola del ordenador—, haga uso de sus conocimientos para nosotros.

El siguiente movimiento de Tricia era evidente: colocó rápidamente la cámara en el trípode para filmar toda la escena. Entonces se puso frente al objetivo y se sentó tranquilamente ante el diagrama del gigantesco ordenador, dedicó unos momentos a familiarizarse con la interfaz y luego, sin afectación y con aire de entendida, empezó a hacer como si tuviera alguna idea de lo que estaba haciendo.

En realidad, no había sido tan difícil.

Al fin y al cabo era matemática y astrofísica de formación, y presentadora de televisión por experiencia, y la ciencia que había olvidado a lo largo de los años bien podía suplirla con un farol.

El ordenador que manejaba era una prueba clara de que los grebulones procedían de una cultura mucho más avanzada y compleja de lo que sugería el vacío de su estado actual y, aprovechando sus posibilidades, en una media hora fue capaz de ensamblar un sistema solar que le sirviera de modelo de trabajo.

No era muy preciso ni nada parecido, pero daba buena

impresión. Con una simulación relativamente buena, los planetas giraban muy aprisa en torno a sus órbitas y, muy toscamente, se podía contemplar el movimiento virtual de toda la maquinaria cosmológica desde cualquier punto del sistema. Se podía contemplar desde la Tierra, Marte, etcétera. Y también desde la superficie del planeta Ruperto. Tricia se quedó muy impresionada consigo misma, pero el sistema informática en el que trabajaba también le produjo gran impresión. En la Tierra, con un equipo de proceso de datos, la programación de aquella tarea posiblemente llevaría un año.

Cuando terminó, el jefe se puso tras ella y se quedó mirando. Estaba muy complacido, encantado, con el resultado de su trabajo.

—Bien —dijo—. Y ahora le rogaría que me hiciera una demostración de cómo utilizar el sistema que acaba de concebir para traducirme la información que contiene este libro.

En silencio, le puso un libro delante.

Era tú y tus planetas, de Gail Andrews.

Volvió a parar la cinta.

Desde luego se sentía bastante mareada. La impresión de que sufría alucinaciones ya había cedido, pero no por eso tenía la mente más clara ni despejada.

Se apartó de la moviola empujando la silla hacia atrás y se preguntó qué podía hacer. Años atrás había abandonado el ámbito de la investigación astronómica porque tenía la absoluta certeza de haber conocido a un ser de otro planeta. En una fiesta. Como también sabía, sin ningún género de duda, que habría sido el hazmerreír si se le hubiera ocurrido decirlo. Pero ¿cómo podía estudiar cosmología y no decir nada de la única cosa verdaderamente importante que sabía? Había hecho lo único que podía hacer. Dejarla.

Ahora trabajaba en televisión y le había vuelto a ocurrir lo mismo.

Tenía una cinta de vídeo, toda una película del reportaje más asombroso de la historia de, bueno, de todo: una colonia olvidada de una civilización extraterrestre aislada en el planeta más extremo de nuestro sistema solar.

Tenía el reportaje.

Había estado allí.

Lo había visto.

Tenía la cinta de vídeo, por amor de Dios.

Y si alguna vez se la enseñaba a alguien, se convertiría en el hazmerreír de ese alguien.

¿Cómo podía probarlo, aunque fuese en parte? Ni siquiera valía la pena pensarlo. Desde todos los puntos de vista en que lo considerase, aquello era una auténtica pesadilla. Empezaba a dolerle la cabeza. Tenía aspirinas en el bolso. Salió de la pequeña sala de montaje al pasillo, donde estaba el surtidor de agua. Se tomó la aspirina con varios vasos de agua.

El lugar parecía muy tranquilo. Solía haber más gente circulando apresuradamente por allí, o al menos alguna persona pasando a toda prisa. Asomó la cabeza por la puerta de la sala de montaje contigua a la suya, pero no había nadie.

Había exagerado bastante al tratar de alejar a la gente de su sala de montaje. «NO MOLESTAR», decía un aviso. «NI SE TE OCURRA ENTRAR. ME DA IGUAL DE QUÉ SE TRATE. LARGO. ¡ESTOY OCUPADA!».

Al volver se encontró con que la señal luminosa de su extensión telefónica estaba encendida, y se preguntó cuánto tiempo llevaba así.

—¿Diga? —dijo a la telefonista.

—Ah, *miss* McMillan, me alegro de que haya llamado. Todo el mundo está tratando de localizarla. Su compañía de televisión. Están desesperados por encontrarla. ¿Puede llamarlos?

—¿Por qué no me los ha pasado? —preguntó Tricia.

—Me dio instrucciones de que no le pasara a nadie bajo ningún concepto. Hasta me dijo que negara que estaba usted aquí. No sabía qué hacer. Me acerqué a darle un mensaje, pero…

—Muy bien —concluyó Tricia, maldiciéndose a sí misma.

Llamó a su oficina.

—¡Tricia! ¿Dónde coño sanguinolento te has metido?

—En la sala de montaje…

—Me dijeron…

—Ya sé. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Sólo una puñetera nave espacial extraterrestre!

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En Regent’s Park. Una cosa grande y plateada. Una chica con un pájaro. Habla inglés, tira piedras a la gente y quiere que le

arreglen el reloj. Ve para allá.

Tricia la observó fijamente.

No era una nave grebulona. No es que se hubiese convertido de repente en una experta en naves extraterrestres, pero aquélla era preciosa, blanca y plateada, en tono metalizado, del tamaño de un yate de altura, que es a lo que más se parecía. En comparación, las estructuras de la enorme y medio desmantelada nave grebulona semejaban las cañoneras de un buque de guerra. Cañoneras. A eso se parecían aquellos edificios grises. Y lo raro es que, cuando volvió a pasar frente a ellos para abordar de nuevo la pequeña nave grebulona, se estaban moviendo. Esas cosas se le pasaron brevemente por la cabeza mientras salía corriendo del taxi para encontrarse con el equipo de filmación.

—¿Dónde está la chica? —gritó por encima del ruido de helicópteros y sirenas de la policía.

—¡Allí! —gritó el productor mientras el técnico de sonido se apresuraba a prenderle un diminuto micrófono en la ropa—. Dice que su padre y su madre son de aquí y están en una dimensión paralela o algo así, que tiene el reloj de su padre y…, no sé. ¿Qué te puedo decir? Prepárate. Pregúntale qué se siente al ser del espacio exterior.

—Muchas gracias, Ted —musitó Tricia.

Comprobó que llevaba el micrófono bien sujeto, dio un nivel al técnico de sonido, respiró hondo, se echó el pelo hacia atrás y entró en terreno familiar, en su papel de periodista profesional preparada para todo.

Bueno, para casi todo.

Se volvió a mirar a la chica. Ésa debe ser, la del pelo enredado y mirada perdida. La niña se volvió hacia ella. Y la miró de hito de hito.

—¡Madre! —gritó, empezando a tirarle piedras.

22

La luz del día estalló a su alrededor. Un sol fuerte y abrasador. Ante sus ojos se extendía una llanura desértico envuelta en calma. Se precipitaron hacia ella con un estrépito ensordecedor.

—¡Salta! —gritó Ford Prefect.

—¿Qué? —gritó Arthur Dent, sujetándose como si en ello le fuera la vida.

No hubo respuesta.

—¿Qué has dicho? —insistió Arthur, dándose cuenta en seguida de que Ford ya no estaba allí. Lleno de pánico, miró en torno y entonces se resbaló. Comprendiendo que ya no podía sujetarse por más tiempo, tomó todo el impulso que pudo, se lanzó de costado, se hizo una bola al caer al suelo y, rodando, se alejó de las pezuñas que machacaban la tierra.

Vaya día, pensó mientras tosía furiosamente para desalojar el polvo de los pulmones. No había pasado un día tan malo desde que la Tierra fue demolida. Tambaleándose, se puso de rodillas y luego de pie y salió corriendo. No sabía de qué ni adónde, pero salir pitando le pareció buena medida.

Se dio de bruces con Ford Prefect, que estaba allí parado, contemplando la escena.

—Mira —dijo Ford—. Eso es precisamente lo que necesitamos.

Arthur tosió otra vez, escupiendo y quitándose polvo del pelo y los ojos. Jadeando, se volvió a ver lo que miraba Ford.

No se parecía mucho a los dominios de un rey, ni de El Rey, ni de ninguna clase de rey. Pero tenía un aspecto tentador.

En primer lugar, el panorama. Era un mundo desértico. El polvoriento suelo era duro y había amoratado concienzudamente hasta la última parte del cuerpo de Arthur que no estaba ya morada por la jarana de la noche anterior. A cierta distancia se veían grandes colinas que parecían de arenisca, erosionadas por el viento

y por la escasa lluvia que presumiblemente caía en la comarca, hasta adquirir caprichosas y extravagantes configuraciones que hacían juego con las fantásticas formas de los cactus gigantes que brotaban aquí y allá en el árido y anaranjado paisaje.

Por un momento, Arthur tuvo la osada esperanza de que de buenas a primeras hubiesen ido a parar a Nuevo Méjico, Arizona o quizá Dakota del Sur, pero había muchos indicios de que no era así.

Para empezar, las Bestias Completamente Normales seguían galopando con estrépito. Aparecían majestuosamente a decenas de miles por el lejano horizonte, desaparecían completamente durante un kilómetro o así, y luego volvían a aparecer desbocadamente hacia el horizonte contrario.

Luego estaban las naves espaciales aparcadas delante del
Bar & Grill.
Ah.
«Bar & Grill
Los Dominios del Rey». Vaya chasco, pensó Arthur.

En realidad, delante del
Bar & Grill
Los Dominios del Rey sólo había una nave. Las otras tres estaban en el aparcamiento de al lado. Pero fue la de delante la que le llamó la atención. Era una maravilla. Fantásticas aletas por todos lados, coronadas de una excesiva cantidad de cromados, y con la mayor parte de la carrocería pintada de un chocante color rosa. Allí estaba, agazapada como un enorme insecto caviloso y a punto de saltar sobre algo a un kilómetro de distancia.

El Bar & Grill Los Dominios del Rey se encontraba en plena trayectoria de los Animales Completamente Normales, pero las bestias habían tomado una insignificante desviación transdimensional en el camino. Estaba en su sitio, sin que lo molestaran. Un
Bar & Grill
corriente. Un restaurante de camioneros. En los confines del mundo. Tranquilo. Los Dominios del Rey.

—Voy a comprar esa nave —anunció Ford con voz queda.

—¿Comprar? —dijo Arthur—. No es tu estilo. Creía que solías mandarlas.

—A veces hay que mostrar cierto respeto —repuso Ford.

—Probablemente tengas que mostrar también un poco de dinero. ¿Cuánto costará una cosa así?

Con un leve movimiento, Ford se sacó del bolsillo la tarjeta de crédito Nutr-O-Cuenta. Arthur observó que le temblaba un poco la mano.

—Ya les enseñaré a nombrarme crítico gastronómico… —jadeó Ford.

—¿A qué te refieres? —preguntó Arthur.

—Te lo voy a mostrar —contestó Ford con un desagradable brillo en los ojos—. Vamos a hacer algunos gastos, ¿te parece?

—Dos cervezas —pidió Ford—. Y no sé, dos rollitos de panceta, lo que tenga. Ah, y esa cosa rosa de ahí fuera.

Soltó la tarjeta encima de la barra y miró en torno como si nada.

Hubo un silencio cargado.

Antes no había habido mucho ruido, pero ahora reinaba un silencio especial. Hasta el trueno lejano de las Bestias Completamente Normales, que evitaban cuidadosamente Los Dominios del Rey, parecía de pronto un poco apagado.

—Hemos venido cabalgando —dijo Ford, como si no hubiese nada raro en eso ni en ninguna otra cosa. Estaba recostado en la barra, en una postura excesivamente relajada.

En el local había unos tres clientes sentados delante de unas mesas, bebiendo despacio sus cervezas. Unos tres. Algunas personas dirían que eran tres exactamente, pero no era esa clase de sitio, no era de esos locales en los que se tienen ganas de ser tan específico. Además, había un individuo alto que estaba instalando material en el pequeño escenario. Una batería vieja. Un par de guitarras.
Country & western,
o algo así.

El camarero no se apresuraba en servir a Ford. En realidad, no se había movido.

—No estoy seguro de que la cosa rosa esté en venta —dijo al fin, con un retintín de los que perduran.

—Seguro que sí —repuso Ford—. ¿Cuánto quiere?

—Pues…

—Diga una cifra. Yo la doblaré.

—No es mía, no puedo venderla —anunció el camarero.

—¿De quién es, entonces?

El camarero señaló con la cabeza al individuo alto que estaba colocando el escenario.

Ford asintió y sonrió.

—Muy bien —dijo—. Ponga las cervezas y los rollitos. No haga la cuenta todavía.

Arthur se acomodó en la barra. Estaba acostumbrado a no saber lo que pasaba. Se encontraba a gusto así. La cerveza era bastante buena y le dio un poco de sueño, pero no le importó. Los rollos de panceta no eran tales. Sino rollos de Animal Completamente Normal. Intercambió con el camarero algunas observaciones profesionales sobre el arte de hacer rollitos y dejó que Ford se dedicara a lo suyo.

—Muy bien —dijo Ford, volviendo a su taburete—. Está hecho. Tenemos la cosa rosa.

—¿Se la vende? —exclamó el camarero, muy sorprendido.

—Nos la regala —contestó Ford, dando un mordisco al rollito—. Oiga, no, no haga la cuenta todavía. Vamos a pedir más cosas. Buen rollito.

Bebió un largo trago de cerveza.

—Buena cerveza. Buena nave, también —añadió, mirando a la cosa cromada y rosa semejante a un insecto, partes de la cual se veían por las ventanas del bar—. Buena tarde, muy buena. ¿Sabes una cosa? —inquirió, recostándose en el taburete con aire pensativo —. En ocasiones como ésta se pregunta uno si vale la pena preocuparse por el tejido del espacio-tiempo, la integridad causal de la matriz multidimensional de la probabilidad, la posible disolución de todas las configuraciones de onda del Toda Clase de Revoltijo General y todas esas cosas que me han estado fastidiando. A lo mejor tiene razón el individuo alto. Déjalo todo. ¿Qué importa? Déjalo.

—¿Qué individuo alto? —preguntó Arthur.

Ford se limitó a indicar el escenario con un movimiento de cabeza. El individuo alto dijo «uno, dos» un par de veces en el micrófono. Ahora había otros dos individuos en el escenario. Batería. Guitarra.

El camarero, que había guardado silencio durante unos momentos, dijo:

—¿Dice que les ha regalado su nave?

—Sí —contestó Ford—. Hay que dejarlo todo, ésas fueron sus palabras. Coge la nave. Llévatela, con mi bendición. Trátala bien. Y eso haré.

Dio otro trago de cerveza.

—Como iba diciendo —prosiguió—, en ocasiones como ésta es cuando se piensa: déjalo todo. Pero luego se recuerda a tipos como los de Empresas Dimensinfín y uno dice: No van a salirse con la suya. Van a sufrir. Es mi sagrada y santa misión hacer que esos individuos lo pasen mal. Oiga, permítame darle una propina para el cantante. Le he hecho una petición especial y hemos llegado a un acuerdo. Pero tiene que ponérmelo en la cuenta, ¿vale?

—Vale —repuso con cautela el camarero. Luego se encogió de hombros—. Muy bien, como quiera. ¿Cuánto?

Ford dijo una cifra. El camarero se desplomó entre las botellas y los vasos. Ford saltó rápidamente por encima de la barra para ver si estaba bien y lo ayudó a ponerse en pie. Se había hecho unos pequeños cortes en el dedo y en el codo y estaba un poco atontado, pero por lo demás se encontraba perfectamente. El individuo alto empezó a cantar. El camarero se alejó cojeando con la tarjeta de crédito de Ford para pedir conformidad.

—¿Hay algo en todo esto que yo no sepa? —preguntó Arthur a Ford.

—¿Es que no suele haberlo?

—No tienes que ponerte así —repuso Arthur, empezando a despertarse. De pronto, añadió: ¿Nos vamos? ¿Esa nave puede llevarnos a la Tierra?

—Pues claro.

—¡Allí es donde irá Random! —exclamó Arthur, dando un respingo—. ¡Podemos seguirla! Pero…, humm…

Ford dejó que Arthur pensara las cosas por sí solo y sacó su vieja edición de la Guía del autoestopista galáctico.

—Pero ¿dónde estamos con respecto al eje de probabilidad? —le preguntó Arthur—. ¿Estará allí la Tierra o no estará? He pasado tanto tiempo buscándola. Y lo único que encontré fueron planetas que se le parecían un poco o nada en absoluto, aunque, a juzgar por los continentes, era evidente que estaban en el sitio justo. La peor versión se llamaba Ahoraqué, donde quiso morderme un funesto animalito. Así es como se comunicaban, ¿sabes?, mordiéndose unos

a otros. Muy doloroso. Y luego, claro, la mitad del tiempo la Tierra ni siquiera está ahí porque la demolieron los malditos vogones. ¿Me explico un poco?

Ford no hizo ningún comentario. Estaba escuchando algo. Pasó la Guía a Arthur y señaló a la pantalla. El artículo activo decía: «Tierra. Fundamentalmente inofensiva».

—¡Quieres decir que está ahí! —exclamó Arthur, lleno de excitación—. ¡La Tierra existe! ¡Allí es donde irá Random! ¡El pájaro le estaba mostrando la Tierra en plena tormenta!

Ford le hizo un gesto para que gritara un poco más bajo. Estaba escuchando.

Arthur estaba perdiendo la paciencia. Ya había escuchado antes «Love Me Tender» interpretada por cantantes de bares. Le sorprendía un poco oírla allí, justo en aquel condenado sitio de los confines del mundo, que desde luego no era la Tierra, pero en aquellos días las cosas no tendían a sorprenderle lo mismo que antes. El cantante era bastante bueno, para ser cantante de bar y si a uno le gustaban esas cosas, pero Arthur ya estaba inquieto.

Miró el reloj. Eso sólo sirvió para recordarle que ya no tenía reloj. Lo tenía Random, o al menos lo que quedaba de él.

—¿No crees que deberíamos irnos? —repitió, en tono de urgencia.

—¡Chsss! —repuso Ford—. He pagado por oír esta canción.

Tenía lágrimas en los ojos, lo que a Arthur le pareció un poco desconcertante. Nunca había visto a Ford emocionado por nada que no fuese una bebida muy, pero que muy fuerte. El polvo, probablemente. Esperó, tamborileando irritadamente con los dedos, a destiempo con la música.

La canción terminó. El cantante siguió con «Heartbreak Hotel».

—De todas formas —musitó Ford—, tengo que hacer una reseña del restaurante.

—¿Qué?

—Tengo que escribir una reseña.

—¿Escribir una reseña? ¿De este sitio?

—Al presentar la reseña se confirma la petición de gastos. Lo he arreglado para que todo ocurra de forma automática y no deje rastro alguno. Esta cuenta va a necesitar una buena autorización —añadió en voz baja, mirando la cerveza con una desagradable

sonrisita.

—¿Por unas cervezas y un rollito?

—Y una propina para el cantante.

—¿Por qué, cuánto le has dado?

Ford repitió la cifra.

—No sé cuánto es eso —dijo Arthur—. ¿A qué equivale en libras esterlinas? ¿Qué se podría comprar con eso?

—Con eso se podría comprar más o menos…, Pues… —Ford parpadeó rápidamente mientras hacía algunos cálculos mentales—. Suiza —dijo al fin. Cogió su Guía del autoestopista y se puso a teclear.

Arthur asintió con aire de inteligencia. Había veces que deseaba entender de qué demonios hablaba Ford, y otras, como ahora, en que tenía la impresión de que era más seguro no intentarlo siquiera. Miró por encima del hombro de Ford.

—No vas a tardar mucho, ¿verdad? —le preguntó.

—No. Es una bobada. Sólo mencionar que los rollitos eran muy buenos, la cerveza buena y fría, la fauna de la comarca simpática y excéntrica, el cantante del bar el mejor del universo conocido, y eso es todo. No se necesita mucho. Sólo una autorización.

Tocó una zona de la pantalla que tenía el letrero ENTER y el mensaje desapareció en la red
Sub-Etha.

—¿Entonces el cantante te parece muy bueno?

—Sí —contestó Ford.

El camarero volvió con un papel que parecía temblarle en las manos.

—Qué curioso. Al principio, la red la rechazó dos veces. No es que me sorprendiera —aseguró el camarero, con gotas de sudor en la frente—. Y de pronto, que sí, que todo está bien, y la red…, bueno, pues da la autorización. Sin más. ¿Quiere… firmarlo?

Ford examinó el resguardo rápidamente. Silbó entre dientes.

—Esto va a hacer mucho daño a Dimensinfín —dijo con aire de preocupación y, con voz suave, añadió—: Bueno, que se jodan.

Firmó el resguardo, lo rubricó y se lo volvió a entregar al camarero.

—Más dinero —anunció— del que el Coronel ganó en toda su carrera haciendo malas películas y contratos para actuar en casinos.

Sólo por hacer lo que mejor le sale. Subir al escenario y cantar en un bar. Y lo ha negociado él personalmente. Me parece que está en un buen momento. Dígale que se lo agradezco e invítele a una copa.

Lanzó unas monedas sobre la barra. El camarero las rechazó.

—Me parece que esto no es necesario —dijo con voz un poco ronca.

—Para mí, sí —repuso Ford—. Bueno, nos vamos.

Se quedaron parados a pleno sol, envueltos por el polvo, mirando la nave rosa y cromo con asombro y admiración. O al menos, Ford la contemplaba con asombro y admiración.

Arthur sólo la miraba.

—¿No te parece un poco ostentosa?

Lo repitió cuando subieron a bordo. Los asientos y buena parte de los mandos estaban tapizados de ante o piel fina. En el panel de mando principal había un gran monograma dorado que decía simplemente: «EP».

—¿Sabes una cosa? —dijo Ford mientras ponía en marcha los motores de la nave—. Le pregunté si era cierto que le habían secuestrado unos extraterrestres, ¿y sabes que me contestó?

—¿Quién? —quiso saber Arthur.

—El Rey.

—¿Qué rey? Oh, ya hemos mantenido esta conversación, ¿verdad?

—No importa —repuso Ford—. Por si te interesa saberlo, me dijo que no. Se marchó por su propia voluntad.

—Sigo sin estar seguro de quién estamos hablando —comentó Arthur.

—Mira —dijo Ford, sacudiendo la cabeza—. En el compartimento de tu izquierda hay unas cintas. ¿Por qué no eliges una y pones música?

—Vale —dijo Arthur, rebuscando entre las cajas—. ¿Te gusta Elvis Presley?

—A decir verdad, sí. Bueno, espero que esta máquina sea capaz de saltar tanto como su aspecto indica.

Activó la propulsión principal.

—¡Siiiií! —gritó Ford mientras salían disparados a una velocidad demoledora.

Era capaz.

23

A las cadenas de noticias no les gustan esas cosas. Las consideran una pérdida de tiempo. Una inconfundible nave espacial aparece de pronto en pleno Londres y se convierte en una noticia sensacional de primera magnitud. Tres horas y media después aparece otra completamente distinta y, por lo que sea, no es noticia.

«¡OTRA NAVE ESPACIAL!», decían los titulares y los anuncios de los quioscos. «ÉSTA ES ROSA». De haber sucedido un par de meses después podrían haberle sacado más partido. Media hora después, la tercera nave, la pequeña Hrundi de cuatro literas, salió únicamente en las noticias regionales.

Ford y Arthur salieron gritando de la estratosfera y aparcaron pulcramente en Portland Place. Era poco después de las seis y media de la tarde y había sitio libre. Se mezclaron brevemente con la multitud que se había congregado a mirar y luego dijeron bien alto que si nadie iba a llamar a la policía ellos lo harían, y salieron a escape.

—Mi casa… —dijo Arthur con un tono ronco insinuándose en su voz mientras miraba a su alrededor con ojos nublados.

—Bueno, no te pongas sentimental ahora —le soltó Ford—. Tenemos que encontrar a tu hija y a esa especie de pájaro.

—¿Cómo? —repuso Arthur—. En este planeta hay cinco billones y medio de personas, y…

—Sí —convino Ford—. Pero sólo una de ellas acaba de llegar del espacio exterior en una nave grande y plateada y en compañía de un pájaro mecánico. Propongo que busquemos una televisión y algo para beber mientras la vemos. Necesitamos un hotel en condiciones.

Se registraron en el Langham, en una amplia *suite* de dos habitaciones. Misteriosamente, la tarjeta Nutr-O-Cuenta de Ford, expedida en un planeta a más de cinco mil años luz de distancia, no

pareció presentar problemas al ordenador del hotel.

Ford se lanzó inmediatamente hacia el teléfono mientras Arthur trataba de localizar la televisión.

—Bien —dijo Ford—. Quisiera encargar margaritas, por favor. Un par de jarras. Dos ensaladas del chef y todo el *foie gras* que tengan. Y también el Zoológico de Londres.

—¡Está en el telediario! —gritó Arthur desde la otra habitación.

—Eso es lo que he dicho —dijo Ford al teléfono—. El zoo de Londres. Cárguelo a la cuenta.

—Ella es… ¡Santo cielo! —gritó Arthur de nuevo—. ¿Sabes quién le está haciendo una entrevista?

—¿Es que le resulta difícil entender la lengua inglesa? —continuó Ford—. Es el zoo que está un poco más allá, en esta misma calle. No me importa que esté cerrado esta tarde. No quiero una entrada, quiero comprar el zoo. No me importa que usted esté ocupado. Éste es el servicio de habitaciones, yo estoy en una habitación y quiero que me presten un servicio. ¿Tiene papel? Perfecto. Voy a decirle lo que tiene que hacer. Todos los animales que puedan reintegrarse tranquilamente a la naturaleza, que se devuelvan a su ambiente. Organice unos buenos equipos de gente para vigilar los progresos que hagan en el medio natural y ver si están bien.

—¡Es Trillian! —gritó Arthur—. ¿O es…, humm…? ¡Por Dios Santo, no soporto todo este rollo de universos paralelos! Es jodidamente complicado. Parece una Trillian diferente. Se llama Tricia McMillan, que es el nombre que Trillian utilizaba antes de… Bueno… ¿por qué no vienes a ver si te enteras tú?

—Un momento —gritó Ford, volviendo a sus tratos con el servicio de habitaciones—. Entonces necesitaremos algunas reservas naturales para los animales que no puedan adaptarse a la selva. Organice un equipo para investigar los sitios más adecuados. Quizá haga falta comprar un sitio como Zaire y quizá algunas islas. Madagascar. Baffin. Sumatra. Esa clase de sitios. Necesitaremos una amplia variedad de hábitats. Oiga, no veo por qué le parece un problema. Aprenda a delegar competencias. Contrate a quien quiera. Ponga manos a la obra. Ya verá que tengo buen crédito. Y la ensalada aliñada con queso azul. Gracias.

Colgó y se dirigió a la otra habitación, donde estaba Arthur,

sentado en el borde de la cama viendo la televisión.

—He pedido *foie gras* —anunció Ford.

—¿Qué? —dijo Arthur, completamente absorto en la televisión.

—He dicho que he pedido *foie gras*.

—Ah —repuso Arthur en tono vago—. Humm, siempre me he sentido un poco a disgusto con el *foie gras*. Me parece una crueldad con las ocas, ¿no?

—Que se jodan —dijo Ford, tirándose sobre la cama—. No puede uno preocuparse por todas las puñeteras cosas.

—Pues me parece muy bien que digas eso, pero…

—¡Déjalo! —exclamó Ford—. Si no te gusta me tomaré el tuyo. ¿Qué pasa?

—¡El caos! —contestó Arthur—. ¡El caos total! Random no deja de gritar a Trillian, o Tricia, o quien sea, que la abandonó, y luego exige ir a un buen club nocturno. Tricia se ha puesto a llorar y asegura que en la vida ha visto a Random, y menos aún recuerda haberla dado a luz. Entonces, de pronto, ha empezado a lamentarse de alguien llamado Ruperto, que ha perdido la cabeza o algo así. Para ser franco, no he entendido muy bien esa parte. Entonces Random ha empezado a tirar cosas y han cortado para poner publicidad mientras trataban de arreglar las cosas. ¡Ah! Ya han vuelto a conectar con el estudio. Calla y mira.

En la pantalla apareció un presentador bastante convulso que pidió disculpas a los telespectadores por la interrupción anterior. Dijo que no había verdaderas noticias de qué informar, sólo que la misteriosa muchacha, que se llamaba a si misma Random Frequent Flyer Dent, se había marchado del estudio para, humm, descansar. Esperaba que Tricia McMillan estuviese de vuelta al día siguiente. Entretanto, llegaban noticias de nuevos movimientos de ovnis…

Ford saltó de la cama, cogió el teléfono más cercano y marcó un número.

—¿Conserje? ¿Quiere ser dueño de este hotel? Es suyo si dentro de cinco minutos me averigua de qué clubs es miembro Tricia McMillan. Cárguelo todo a esta habitación.

24

Lejos, en las negras profundidades del espacio invisible había movimiento.

Invisible para cualquiera de los habitantes de la extraña y temperamental zona Plural en cuyo foco residen las posibilidades infinitamente múltiples del planeta llamado Tierra, pero no sin consecuencias para ellos.

En el extremo mismo del sistema solar, acurrucado en un sofá verde de imitación de cuero, con aire malhumorado y la vista fija en una batería de televisores y pantallas de ordenador, estaba el jefe de los grebulones, que parecía muy preocupado. Movía las manos nerviosamente. Hojeaba su libro de astrología. Manipulaba la consola del ordenador. Cambiaba las imágenes que continuamente le enviaban los demás aparatos grebulones de grabación, todos ellos enfocados al planeta Tierra.

Estaba afligido. Su misión era vigilar. Pero vigilar en secreto. Para ser sincero, estaba un poco harto de su misión. Tenía la completa seguridad de que su misión debía consistir en algo más que sentarse a ver televisión durante años y años. Sin duda contaban con un montón de equipos diferentes que debían de tener algún objetivo, de no haber perdido accidentalmente toda idea de para qué servían. El jefe necesitaba tener una finalidad en la vida, y por eso se dedicaba a la astrología, para colmar el bostezante abismo que existía en su mente y su alma. Eso le diría algo, sin duda.

Bueno, ya le estaba diciendo algo.

Le decía, en la medida en que era capaz de descifrarlo, que iba a tener un mes muy malo, que las cosas irían de mal en peor si no afrontaba los problemas, tomando medidas positivas y resolviéndolos por sí mismo.

Era cierto. Se desprendía con toda claridad de su carta astral,

que había levantado con ayuda de su libro de astrología y del programa informática que la simpática Tricia McMillan le había preparado para la triangulación de todos los datos astronómicos pertinentes. La astrología basada en la Tierra tenía que volver a calcularse enteramente para que pudiese aplicarse a los grebulones en aquel planeta, el décimo de los situados en los helados extremos del sistema solar.

Los nuevos cálculos mostraban con absoluta claridad y sin ambigüedades que efectivamente iba a tener un mes muy malo, y eso a partir de aquel mismo día. Porque aquel día la Tierra empezaba a pasar sobre Capricornio, y eso, para el jefe de los grebulones, que poseía todos los signos caracterológicos de ser un Tauro clásico, era verdaderamente muy mal augurio.

Aquél era el momento, decía su horóscopo, de tomar medidas positivas, de adoptar decisiones implacables, de ver lo que había que hacer y ponerlo en práctica. Todo aquello le resultaba muy difícil, pero era consciente de que nadie había dicho jamás que lo difícil fuese fácil. El ordenador ya estaba siguiendo y adelantando, segundo a segundo, la posición del planeta Tierra. Ordenó dar un giro a las grandes torretas grises.

Como todo el equipo de vigilancia de los grebulones estaba centrado en el planeta Tierra, no descubrió que ahora había otra fuente de datos en el sistema solar.

Por otra parte, las posibilidades de que descubriese esa otra fuente de datos —una inmensa nave constructora de color amarillo — eran prácticamente nulas. Estaba tan alejada del sol como Ruperto, pero en una dirección diametralmente opuesta, casi oculta por el astro rey.

Casi.

La inmensa nave constructora de color amarillo pretendía vigilar los acontecimientos del planeta Tierra sin ser descubierta. Lo había conseguido completamente.

Había muchas otras formas en las cuales esa nave era diametralmente opuesta a los grebulones.

Su jefe, su Capitán, tenía una idea muy clara de cuál era su propósito. Era muy sencillo y corriente, y hacía un considerable período de tiempo que lo estaba persiguiendo a su sencillo y corriente modo.

Todo aquel que conociese su propósito, lo habría calificado de absurdo y desagradable, añadiendo que no era de los propósitos que enriquecen la vida, ponen contenta a la gente o hacen cantar a los pájaros y florecer a las plantas. Más bien lo contrario, en realidad justo al revés.

Pero a él no le correspondía preocuparse por eso. Su trabajo consistía en hacer su trabajo, que era hacer su trabajo. Si eso conducía a cierta estrechez de miras y a un razonamiento tortuoso, no era su trabajo preocuparse por esas cuestiones. Cuando se le presentaban, tales asuntos se encomendaban a otros que, a su vez, disponían de otras personas a las que asignar ese género de cosas.

A muchos muchos años luz de allí, y en realidad de cualquier sitio, se halla un planeta sombrío y hace mucho abandonado, la Vogonesfera. En alguna parte de ese planeta, en un fétido cenagal envuelto en bruma, se yergue un pequeño monumento de piedra rodeado por los sucios caparazones, rotos y vacíos, de los últimos y escurridizos cangrejos enjoyados, que indica el lugar donde, según se cree, apareció en un principio la especie vogón vogonblurtus. En el monumento hay una flecha grabada en dirección a la niebla, y debajo, en letras sencillas y corrientes, se lee la inscripción: «El macho cabrío se detiene aquí».

En las entrañas de su invisible nave amarilla, el capitán vogón gruñó al alargar la mano hacia un papel arrugado y un tanto descolorido que tenía delante. Una orden de demolición.

Si hubiera que descifrar dónde empezaba exactamente el trabajo del Capitán, que consistía en hacer su trabajo, que era hacer su trabajo, todo se reduciría en último término a aquel trozo de papel que su inmediato superior le había confiado hacía mucho tiempo. Contenía una orden, y el propósito del Capitán era llevarla a cabo y rellenar el recuadro adyacente con un grueso trazo cuando la hubiera cumplido.

Ya había realizado antes esa orden, pero una serie de molestas circunstancias le habían impedido tachar la casilla.

Una de esas circunstancias molestas era la naturaleza Plural de aquel sector galáctico, donde lo posible interfería continuamente con lo probable. La simple demolición no requería más esfuerzo que el de aplastar una burbuja de aire en un rollo mal puesto de papel de empapelar. Todo lo que se demolía, volvía a surgir de nuevo. Eso

pronto se arreglaría.

Otra consistía en un pequeño grupo de gente que constantemente se negaba a estar donde tenía que estar justo en el momento debido. Eso también se arreglaría pronto.

La tercera la representaba un irritante y anárquico aparatito llamado Guía del autoestopista galáctico. Eso ya estaba perfectamente arreglado y, en realidad, mediante la fenomenal energía de la ingeniería temporal inversa, ahora era la propia agencia quien se ocuparía de arreglar todo lo demás. El Capitán había ido simplemente a contemplar el acto final de aquel drama. En cuanto a él, ni siquiera tenía que levantar un dedo.

—Muéstremelo —ordenó.

La oscura forma de un pájaro abrió las alas y se elevó en el aire cerca de él. El puente quedó sumido en la oscuridad. Tenues destellos saltaron brevemente de los ojos del pájaro mientras, en lo más hondo de su espacio direccional, iba cerrándose un corchete tras otro, finalizaban cláusulas hipotéticas, se detenían circuitos repetitivos, se llamaban por últimas veces las funciones recurrentes.

Una deslumbrante imagen se iluminó en la oscuridad, una visión azul verdosa cubierta de agua, un tubo que fluía por el aire en forma de una ristra de salchichas.

Con un flatulento ruido de satisfacción, el Capitán vogón se retrepó en el asiento para contemplar el espectáculo.

25

—¡Ahí es, número cuarenta y dos! —gritó Ford Prefect al taxista —. ¡Ahí, justo!

El taxi se detuvo con una sacudida y Ford y Arthur bajaron de un salto. Por el camino habían parado frente a varios cajeros automáticos y Ford tiró un puñado de dinero por la ventanilla.

La entrada del club, elegante y severa, estaba oscura. El nombre sólo se veía en una placa diminuta. Los socios sabían dónde estaba y, si no se era socio, el saber que estaba allí no servía de mucho.

Ford Prefect no era miembro del club Stavro’s, aunque una vez había estado en el otro Stavro’s de Nueva York. Tenía un método muy sencillo para entrar en establecimientos de los que no era socio. Simplemente entró a toda velocidad en cuanto se abrió la puerta, señaló a Arthur, que iba detrás, y dijo:

—Está bien, viene conmigo.

Bajó a saltos los oscuros y lustrosos escalones, sintiéndose muy ligero con sus zapatos nuevos. Eran de gamuza y eran azules, y estaba muy contento de que, a pesar de todo lo que estaba ocurriendo, hubiera tenido la agudeza visual de localizarlos en el escaparate de una zapatería desde un taxi lanzado a toda velocidad.

—Creí haberte dicho que no vinieras por aquí.

—¿Cómo? —dijo Ford.

Un hombre delgado, de aspecto enfermizo, que llevaba ropa holgada italiana, subía las escaleras y al cruzarse con ellos, encendiendo un cigarrillo, se detuvo bruscamente.

—Usted no —dijo—. Él.

Miró de frente a Arthur y entonces pareció un poco confuso.

—Disculpe —dijo—. Me parece que le he confundido con otra

persona.

Siguió subiendo la escalera, pero casi al momento se volvió de nuevo, aún más perplejo. Miró fijamente a Arthur.

—¿Y ahora, qué? —inquirió Ford.

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho y ahora qué —repitió Ford con irritación.

—Sí, eso es —dijo el desconocido, tambaleándose ligeramente y dejando caer una caja de cerillas. Esbozó una débil mueca y se llevó la mano a la frente—. Disculpe. Estoy tratando desesperadamente de acordarme de qué droga acabo de tomar, pero debe ser de ésas de las que uno no se acuerda.

Sacudió la cabeza, dio otra vez la vuelta y subió en dirección al servicio de caballeros.

—Vamos —dijo Ford, bajando deprisa la escalera.

Arthur lo siguió nerviosamente. El encuentro le había inquietado bastante, y no sabía por qué.

No le gustaban aquellos sitios. A pesar de los años en que había soñado con la Tierra y con su hogar, ahora echaba mucho de menos la cabaña de Lamuella, con sus cuchillos y sus bocadillos. Incluso echaba en falta al Anciano Thrashbarg.

—¡Arthur!

Gritaban su nombre en estéreo. Era un efecto de lo más pasmoso.

Se volvió a mirar a un lado. A su espalda, en lo alto de la escalera, vio a Trillian que bajaba corriendo hacia él con su Rymplon. De pronto pareció sobresaltarse.

Arthur se volvió del otro lado para ver por qué se había sobresaltado súbitamente.

Al pie de la escalera estaba Trillian, que llevaba… No, ésta era Tricia. La Tricia que acababa de ver en la televisión, histérica y confusa. Y detrás de ella estaba Random, con la mirada más furiosa que nunca. Al fondo del elegante club tenuemente iluminado, la clientela de la noche formaba un cuadro inmóvil, mirando expectante la confrontación que se producía en la escalera.

Durante unos momentos todo el mundo se quedó petrificado. Menos la música, que siguió vibrando detrás de la barra.

—La pistola que tiene —anunció Ford en voz baja, señalando a Random con la cabeza— es una Wabanatta 3. Estaba en la nave que

me robó. Es muy peligrosa, en serio. Que no se te ocurra moverte ni por un momento. A ver si todo el mundo se queda tranquilo y averiguamos por qué está tan enfadada.

—¿Dónde encajo yo? —gritó Random de pronto. Le temblaba mucho la mano con que empuñaba el arma. Se metió la otra mano en el bolsillo y sacó los restos del reloj de Arthur. Los agitó delante de todos.

—¡Creí que encajaría aquí! —exclamó—. ¡En el mundo que me creó! ¡Pero resulta que ni siquiera mi madre sabe quién soy!

Tiró violentamente el reloj, que se estrelló contra los cristales de detrás de la barra, desperdigando sus entrañas.

Todos permanecieron quietos unos momentos más.

—Random —dijo Trillian con voz suave desde la escalera.

—¡Tú te callas! —gritó Random—. ¡Me abandonaste!

—Random, es muy importante que me escuches y me entiendas —insistió pacientemente Trillian—. No tenemos mucho tiempo. Tenemos que marcharnos. Todos.

—Pero ¿qué dices? ¡Siempre estamos marchándonos! Ahora empuñaba la pistola con ambas manos, las dos le temblaban. No apuntaba a nadie en particular. Sólo apuntaba al mundo en general.

—Escucha —prosiguió Trillian—. Te dejé porque tenía que cubrir una guerra para la emisora. Era sumamente peligroso. O eso pensaba, al menos. Cuando llegué, la guerra había dejado súbitamente de declararse. Se produjo una anomalía en el tiempo y… ¡escucha! ¡Por favor, escúchame! Resulta que una nave de reconocimiento no apareció y el resto de la flota se dispersó en un absurdo desorden. Son cosas que ahora pasan todo el tiempo.

—¡No me importa! ¡No quiero saber nada de tu puñetero trabajo! —gritó Random—. ¡Quiero un hogar! ¡Quiero encajar en alguna parte!

—Éste no es tu hogar —dijo Trillian sin perder la calma—. Tú no tienes hogar. Ninguno lo tenemos. Ya casi nadie lo tiene. La nave perdida de que hablaba antes. La gente de esa nave carece de hogar. No saben de dónde son. Ni siquiera tienen recuerdo alguno de quiénes son o para qué sirven. Están absolutamente perdidos, muy confusos y asustados. Están aquí, en este sistema solar, a punto de cometer un gran… desaguisado por el hecho de sentirse tan perdidos y confusos. Tenemos… que… marcharnos… ahora mismo.

No sé decirte adónde. Quizá no haya parte alguna. Pero éste no es el sitio donde estar. Una vez más. ¿Podemos marcharnos?

Random se tambaleaba de pánico Y confusión.

—Todo está bien —dijo Arthur con voz suave—. Si yo estoy aquí, estamos a salvo. No me pidas que te lo explique ahora, pero como yo estoy a salvo, vosotros también. ¿Vale?

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Trillian.

—Tranquilicémonos todos —repuso Arthur. Se sentía muy tranquilo. Su vida estaba encantada y nada de aquello parecía real.

Despacio, poco a poco, Random empezó a tranquilizarse, y, centímetro a centímetro, fue bajando la pistola.

Ocurrieron dos cosas a la vez.

Se abrió la puerta del servicio de caballeros en lo alto de la escalera y, sorbiendo por la nariz, salió el desconocido que se había encarado con Arthur.

Sobresaltada por el repentino movimiento, Random volvió a levantar la pistola justo cuando un hombre que estaba a su espalda se lanzaba por ella.

Arthur se precipitó hacia adelante. Hubo un estallido ensordecedor. Se inclinó torpemente mientras Trillian se arrojaba sobre él. El ruido cesó. Arthur alzó la cabeza hacia lo alto de la escalera para ver al desconocido, que lo miraba con absoluta estupefacción.

—Tú… —dijo. Entonces, despacio, horrorosamente, se derrumbó.

Random arrojó la pistola al suelo y cayó de rodillas, sollozando.

—¡Lo siento! —exclamó—. ¡Lo siento mucho! Lo siento tanto, tanto…

Tricia se acercó a ella. Trillian se aproximó a ella.

Arthur se sentó en la escalera con la cabeza entre las manos, sin la menor idea de qué hacer. Ford estaba sentado en el escalón de abajo. Recogió algo del suelo, lo miró con interés y se lo pasó a Arthur.

—¿Te dice algo esto? —le preguntó.

Arthur lo cogió. Era la caja de cerillas que antes había dejado caer el muerto. Llevaba escrito el nombre del club. Así, más o menos:

Stavro Mueller
BETA

Se quedó mirándolo durante un rato mientras las cosas empezaban a ordenarse en su mente. Se preguntó qué debería hacer, pero sólo vagamente. La gente empezaba a precipitarse y a gritar a su alrededor, y de pronto se dio cuenta con toda claridad de que no había nada que hacer, ni ahora ni nunca. A través de la nueva extrañeza del ruido y la luz, sólo distinguió la forma de Ford Prefect que, echado hacia atrás, se reía a carcajadas.

Una inmensa sensación de paz se apoderó de él. Sabía que al fin, de una vez por todas, todo había acabado definitivamente.

Prostetnic Vogon Jeltz se encontraba solo en la oscuridad del puente de la nave vogona. Unas luces oscilaron brevemente por las pantallas de visión exterior alineadas contra un mamparo. Sobre su cabeza danzaban la discontinuidades de la forma de salchichas de color verde azulado. Las opciones se descomponían, las posibilidades se plegaban entre sí, y el conjunto se disolvía finalmente, dejando de existir.

Descendió una profunda oscuridad. Durante unos momentos, el capitán vogón quedó envuelto en ella.

—Luz —ordenó.

No hubo respuesta. El pájaro también se había contraído, fuera de toda posibilidad.

El vogón dio la luz personalmente. Volvió a coger el papel y trazó un pequeño signo en la casilla.

Bueno, ya estaba hecho. Su nave entró calladamente en el negro vacío.

Pese a haber tomado lo que consideraba una medida sumamente positiva, el jefe grebulón acabó teniendo un mes muy malo. Fue muy parecido a los meses anteriores, salvo que ya no había nada en la televisión. En su lugar, puso un poco de música.



DOUGLAS NOËL ADAMS. (Cambridge, Inglaterra, 11 de marzo de 1952 - Santa Bárbara, Estados Unidos, 11 de mayo de 2001) fue un escritor y guionista radiofónico inglés, famoso principalmente por su serie *La guía del autoestopista galáctico*. En el momento de su muerte la serie había vendido más de quince millones de ejemplares. También era conocido por sus iniciales DNA, o —debido a su firma ilegible— como Bop Ad o Bob.

A la edad de siete años, Adams se mudó a Brentwood (Essex) con su madre tras el divorcio de sus padres. Allí creció junto a su hermana Sue. En 1964, su madre volvió a casarse. De ese matrimonio nacieron los medio hermanos de Adams, Heather, Jane y James.

En 1969 ingresó en la Brentwood-School en Essex, donde comenzó a interesarse por las ciencias naturales. Más tarde estudió filología inglesa en la Universidad de Cambridge.

En 1977 consiguió firmar un contrato decisivo para su futuro para la emisión de un programa de radio sobre ciencia ficción. La emisión se llamó The
Hitchhiker's
Guide to the Galaxy y fue emitida por primera vez en 1978 por la cadena británica BBC Radio 4.

En 1991 se casó con Jane Belson, en 1994 nació su hija Polly Jane. Al principio vivía con su familia en Londres, pero en 1999 se mudó a California, para el rodaje de la versión cinematográfica de *La guía del autoestopista galáctico*.

Adams murió repentinamente el 11 de mayo de 2001 de un infarto que le sobrevino mientras estaba en un gimnasio.

Notas

[1] Cresta de plumas de adorno. < <

[2] Conjunto desordenado. <<

[3] Dignidad eclesiástica inferior a la de obispo. < <